

EL ESPAÑOL

2'50 Ptas.

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 3 - 9 octubre 1954 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - Il Epoca - Número 3

DE OCTUBRE
A OCTUBRE



Este aspecto de ruinas ofrecía la ciudad de Oviedo a la llegada de las fuerzas que restablecieron el orden después de la revolución de octubre de 1934

ASTURIAS CAMBIA DE CARA

GUIA DE URGENCIA PARA NO EXTRAVIARSE EN LA CONFERENCIA DE LONDRES

Comentario del momento internacional (página 11)

EL ULTIMO VIAJE DE EUGENIO D'ORS

Semblanza por Enrique Ruiz García (página 53)
 Carta del Director a don Juan Aparicio Jalón (pág. 9) ● «Engsis», una palabra griega que se le atraganta a Inglaterra, crónica de Blanco Tobió sobre la cuestión de Chipre (pág. 14) ● Entrevista con Federico García Sanchiz, por Jiménez Sutil (pág. 18) ● La expedición «Isabela» en el Africa Negra, por Tomás Blanco Flores (pág. 22) ● España y Europa, por el doctor Richard Jalger, vicepresidente del Parlamento alemán (pág. 27) ● Apuntes para las memorias de un reactor político, por Francisco Casares (pág. 28) ● El Ferrol del Caudillo, por nuestro enviado especial Castillo Puche (pág. 32) ● Misioneros para el Japón, entrevista de E. Salcedo con el padre Roca (pág. 44) ● El libro que es menester leer: «El Quijote del microscopio», por Harley Williams (página 48)

EL REGRESO, novela por Josefina Rodríguez

1934:

LA UNIVERSIDAD DE OVIEDO
INCENDIADA Y DESTRUIDA

1954:

Francisco Franco levanta la
Universidad Laboral de Gijón

LA SIDERURGIA DE AVILES
TRIPLICARA
LA PRODUCCION DE ACERO
NACIONAL

VEA LA PAGINA 3.

DESPUES DEL Verano

La retina conserva aún la impresión de los erguidos pinos, las agitadas olas y los horizontes dilatados. Todavía nuestros pulmones guardan el aire puro de la sierra o el mar. Y no obstante el otoño, ahora, y, después, el invierno nos amenazará

La única forma de prolongar los beneficios del verano y defender la salud conquistada en los meses de asueto, es seguir la buena costumbre de tomar ENO para combatir las indisposiciones propias de la estación.

Desde hace 86 años "Sal de Fruta" ENO viene demostrando su utilidad contra todas esas molestias que, sin constituir enfermedades propiamente dichas, alteran la salud. El hecho de reunir en forma concentrada y conveniente muchas de las propiedades de la fruta fresca y madura es garantía de su higiénica y saludable acción orgánica.

"SAL DE FRUTA" ENO
MARCAS REGIST

**DEPURATIVA, SEDANTE,
DESCONGESTIVA**



Adquiera el frasco grande. Resulta más económico

DE OCTUBRE A OCTUBRE

ASTURIAS CAMBIA DE CARA

1934: La Universidad de Oviedo es incendiada.
1954: Francisco Franco levanta la Universidad Laboral de Gijón



La calle Fruela, de Oviedo, en octubre de 1934

A los veinte años de la Revolución de Octubre, apagada la hoguera, crecida la siembra y dorados los trigos, España puede ofrecer la fecundidad de una victoria auténtica: la de haber sabido dar al régimen político la genialidad necesaria para que sobre las tierras que fueran hoguera, sobre los caminos que fueran cosecha para el cráter, haya sido posible levantar la arquitectura de obras permanentes. Donde se quemó una Universidad se reconstruyó, y además se puso la piedra, el pupitre y el libro para una Universidad Laboral. Donde se incendiaron las cruces se han levantado iglesias y Seminarios. Donde los senderos de España dormían bajo el temor de la pistola, Francisco Franco, el Caudillo pacificador, ha levantado el Derecho. Y para que Dios nos recuerde a todos que la paz nuestra, esta paz que se disfruta como si brotara de una fuente, es fruto de la sangre y del esfuerzo, bueno sería que cultiváramos, con la alegría que nace de la paz, la memoria que nace de la vida.

UNA LLAMADA TELEFÓNICA

Una llamada telefónica que llegó a Berlín puso en condiciones de hacerle regresar a España a Ramón Casanellas para participar en el Congreso comunista de Sevilla que se iba a celebrar en marzo de 1932. Casanellas había huido a Rusia hacía muchos años, con motivo del asesinato de don Eduardo Dato en 1921, del que fuera cómplice directo. En la frontera le esperaban los amigos. El traía, con la noticia de subsidios para la revuelta, la no menos importante de comunicar que la Sección XI de la Internacional Comunista pasaba por completo al control directo e inapelable de Moscú.

Todo ello bajo la indiferencia del Gobierno español. Hasta el «Times», siempre cauteloso al dar y recibir las noticias de sus responsables en España, decía: «Uno de los principales líderes del comunismo español es An-

drés Nin, un catalán que ha sido en Moscú uno de los lugartenientes de Trotsky.»

Durante dos años las huelgas eran, más que paralizaciones del trabajo, situaciones bélicas. Estados de alarma sucesiva que iban poniendo a punto la máquina.

LA TEMPESTAD

En la tarde del 4 de octubre de 1934, Lerroux resolvía la crisis que se había planteado tres días antes, incorporando al Gobierno a tres ministros de la C. E. D. A. Eso fué, como todo el mundo sabía, la señal de la revuelta. En la noche del 4 los enlaces de la Casa del Pueblo ponían en marcha la huelga general.

«Madrid se despierta el día 5 —según las exactas palabras de un observador—arropado en un hondo y largo silencio: ni rodar de coches, ni campaneos de tranvías, ni pregones de los vendedores matutinos. A las casas no llega el pan ni la leche de los desayunos.» Todavía en las aceras, de cara a las tiendas, encubierto el temor por el deber, mucha gente se pregunta si se abrirá o no el comercio.

Como no hay periódicos, las noticias más fabulosas ruedan por los mentideros. En un corro, una mujer dice que todos los tejados están llenos de fusiles. La mujer hace levantar a todos, imperceptiblemente, las cabezas.

Las patrullas de la Policía desfilan por las calles con los «¡Alto! ¡Sin bajar las manos de la cabeza!» En la madrugada se entabló batalla a tiro limpio en la calle de Eugenio Salazar, donde se sabía existía, en los locales del Círculo Socialista, toda clase de armas. En la Casa del Pueblo se recibía un mensaje de Alcalá Zamora suplicando paciencia. La entrada de los ministros de la C. E. D. A., según su explicación oficial, no tenía otro objeto que desacreditarlos. Pero no hubo remedio. Desde dos años antes estaban tomadas todas las medidas, ajustadas todas las piezas. Meses antes, Azaña había anunciado la revolución en un discurso en el cine Pardiñas.

Las noticias que se reciben en Gobernación son graves. En todas partes la huelga general ha traído actos de barbarie. Han comenzado a arder las primeras iglesias. En Barcelona, Companys ha declarado el Estado catalán. Hacia las ocho de la tarde del día 6 lo proclama públicamente desde el balcón principal del Palacio del Gobierno. Después, como si se tratara de un hecho protocolario, invita al general Batet a sumarse a la República Federal. Pero los términos son lo más interesante. El documento que le dirige termina así: «... requiero a V. E. para que, con la fuerza que mande, se ponga a mis órdenes para servir a la República Federal que acabo de proclamar.—Palacio de la Generalidad, 6 de octubre de 1934». El general Batet pidió una hora de plazo y conferencia con el Gobierno de Madrid. Alrededor



El patio de la Universidad de Oviedo en octubre de 1934

de las diez y media de la noche le entregaba la contestación: un ejemplar de la declaración del estado de guerra.

No pasó mucho tiempo sin que el presidente de la Generalidad, asustado de las proporciones que tomaba el asunto al tener en frente la decisión del Ejército, enarbolase bandera blanca. La detención del señor Companys y de sus ayudantes se llevó a cabo por el comandante del primer regimiento de Artillería, don José Fernández Znué.

LA PUERTA DEL SOL, BAJO EL FUEGO DE LOS FUSILES

Por la Guindalera se inició el ataque revolucionario. Ya en el centro, en la calle de Carretas, desde un balcón se disparó un tiro y, como si se esperara una consigna, comenzó un tiroteo violento contra el Ministerio de la Gobernación. Hubo mucha gente que se tiró al suelo, y los pocos que se encontraban desamparados corrieron—dice un testigo—a refugiarse en los portales. Esa misma noche, cumpliendo las viejas leyes que Trotsky había implantado, se intentó el asalto a la Telefónica. Nadie en absoluto dormía. Los tiros se despertaban en todas las direcciones. Una mujer fué muerta por una bala que entró por su balcón.

En el Ministerio de la Gobernación, reunidos en el Gabinete Telegráfico, se sigue, en medio de la ineficacia más completa, el desarrollo de la revuelta. De todas partes llegan noticias desalentadoras. El Ministro de la Guerra sabe desde el día 6 que la situación es gravísima en Asturias. Uno de los secretarios señala sobre un mapa la cuenca minera. Nadie dice nada. El Ministro, don Diego Hidalgo, vuelve a preguntar por el paradero del general Franco. Le busca desde hace muchas horas. Sabe que está en Madrid, pero no ha habido forma de localizarle en el caos.

UN HOMBRE DE PAISANO EN EL MINISTERIO DE LA GOBERNACION

Y en esos momentos, cuando lo peor parece que está ya trazado y no se ve claramente ninguna solución, un hombre cruza, casi sin mirar las bayonetas que cierran Gobernación, la puerta del Ministerio. Va de paisano y un centinela le detiene, pero un oficial le reconoce: es el general Franco.

Directamente se fué al despacho del Ministro de la Guerra. Don Diego Hidalgo se levantó para estrecharle la mano. El Ministro, con su bigote negro y el aire desmadejado de dos días de insomnio, le acogió cálidamente. Han quedado recogidas históricamente las primeras palabras:

—Le esperaba con verdadera impaciencia. He mandado varios emisarios en su busca... Le necesito.

—Estoy a sus órdenes.

Don Diego Hidalgo ha contado en un largo escrito lo que significaron para él y la importancia que tenía para España el poder encontrar al general Franco. Sigamos sus palabras: «Conoci a este general en el mes de febrero de 1934. Le traté por primera vez en mi viaje a Baleares, y en aquellos días pude convencerme de que su fama era justa.» Todo eso que escribía después quizá lo pensara en aquellos instantes del día 6. Y quizá lo pensara porque desde el Ministerio se oye perfectamente la batalla de Madrid. Las ráfagas de ametralladora golpean las paredes y cierran las calles.

El Ministro le puso en conocimiento de todas las noticias que tenía. Los telegramas y los partes militares desfilaron ante los ojos del general. Sus palabras apuntaron inmediatamente, como si todo el plano militar y político de la nación estuviera en su memoria, los puntos en peligro. Miró de frente al Ministro y le dijo:

—En Oviedo no hay fuerzas suficientes para hacer frente a la insurrección.

Escasamente, y esto era lo fantástico en el punto clave de la tragedia, Oviedo y Gijón podrían reunir 1.600 hombres. Era algo así como una gota de agua en el mar. ¿Por qué? ¿A cuánto ascendía el efectivo revolucionario? La población minera de Asturias era, poco más o menos, de unos 30.000 hombres. Del Sindicato Minero de la U. G. T. formaban parte 20.000, y del Sindicato Minero Comunista, 6.000. El órgano de difusión, el periódico «Avance», dirigido por Javier Bueno. La orden de huelga fué cursada el día 2 para el día 4, a las doce de la noche. En las instrucciones confidenciales se exigía que «en el menor tiempo posible debía quedar cancelada, por rendición o muerte, la fuerza pública. Los Comités locales quedaban autorizados para hacer justicia revolu-

cionaria... Esta justicia iría desde la prisión a la muerte». Quedaban así inaugurados los Comités de la Sangre.

Franco, que conocía muy bien Asturias, previó los acontecimientos, así que, sin dudar un momento, advirtió que se necesitaba la ayuda de las fuerzas de Africa. Se comunica con Yagüe y le propone ponerse al mando de esas tropas. Y Yagüe, sin dudar un instante, por el camino del aire, que es el más corto, se desplaza a Gijón. Aterrizó en la playa, y suyas son las siguientes palabras: «Aparecí por allí como caído del cielo.»

Mientras tanto, sin nervios, un hombre de paisano, con gesto impasible, empieza a distribuir las pocas fuerzas, a rectificar posiciones, a hacer avanzar y retroceder columnas militares de refuerzo desde el Gabinete Telegráfico. Sorteando como puede, pero con enorme decisión, todas las dificultades que le ponen en los despachos a los que su sola presencia desazona. Pero en las calles de Madrid la noticia penetra los burladeros y los vivacs de las bayonetas para tener una plena extensión de confianza: Franco está en el Ministerio de la Guerra.

A LAS SEIS Y MEDIA DE LA MAÑANA

Con Oviedo no hay comunicación directa. Un muro de silencio detiene las noticias. Pero los hay, sin embargo, de Barcelona. A las seis y media de la madrugada, cuando hace ya algunas horas que el sueño ha dormido al Ministro de la Guerra, se recibe el primer gran comunicado: «General jefe cuarta división a Ministro de Guerra: Este momento, seis horas treinta minutos, presidente Generalidad solicitó cese hostilidades, entregándose incondicionalmente a la autoridad...» La verdad era que a las seis menos veinte un mantel blanco que hasta aquel momento—dice un testigo—había servido para la comida, aparecía en el balcón central. En el mismo desde el que, hacía pocas horas, proclamara Companys su bellaquería. «Mis labios—dijo poco después el general Batet en una alocución radiada—, que no se han manchado nunca con la mentira, os dirán ahora la verdad: nosotros somos dueños en absoluto de la situación.»

Mientras tanto, Franco, sin perder un instante, disponía que en las terrazas y lugares más altos de Madrid, se instalaran patrullas de tiradores con equipos reflectores para dominar con su espejismo todos los tejados. El Consejo Nacional de la Falange, que precisamente esos días se reunía en Congreso, ofrecía su colaboración leal al Gobierno. En las calles, establecido el abierto vivero de la sangre, se ofrecía el pueblo para toda clase de trabajos y servicios. Con una emoción deslumbrante, un grupo de muchachos que comenzó a gritar y a cantar el nombre de España desde la calle del Marqués de Riscal, con José Antonio a la cabeza, se veía aumentado por miles de personas. El abogado bat



La escena es en noviembre del 34. Desfilan los legionarios por las calles de Oviedo después de restablecida la normalidad

colónes Roberto Barrás sostenía un cartelón que decía: «¡Viva la unidad de España!» Sólo que el pintor, para hacerla más efectiva y real, había situado al comienzo y final de la frase tres ardorosos signos de admiración.

José Antonio, que primero estuvo al frente del gentío, se vió envuelto por éste en la Puerta del Sol. Ruiz de Alda aparecía separado unos pasos ante él. Las gentes daban vítores a España y miraban incesantemente hacia los balcones. Por fin apareció en uno de ellos Lerrucx. Llevaba un traje oscuro y una corbata a rayas finas. Su enorme bigote blanco caía desmadejado sobre la boca. Toda su figura respiraba un gran dramatismo. Los ojos tenían dos grandes bolsas. Levantó el brazo muy emocionado. Mientras tanto, José Antonio, subido en unas obras que se reallizaban en el Metro cercano, dejó correr su palabra: «En un 7 de octubre se ganó la batalla de Lepanto, que aseguró la unidad de Europa; en este otro 7 de octubre nos habéis devuelto la unidad de España. Nosotros, primero un grupo de muchachos y luego esta muchedumbre que veis, teníamos que venir, aunque nos ametrallaran—y al llegar aquí su voz sobrecogió el silencio de la multitud—, a daros las gracias.»

El día 9 de octubre, cuando hacía su entrada en el hemicírculo el jefe del Gobierno, la Cámara, puesta en pie, vitoreaba a España y a la Cataluña española. Es entonces cuando, ante el silencio de José Antonio Aguirre, Calvo Sotelo se volvió para decirle: —Grite usted «¡Viva España!» —Yo no necesito directores de orquesta—respondió Aguirre.

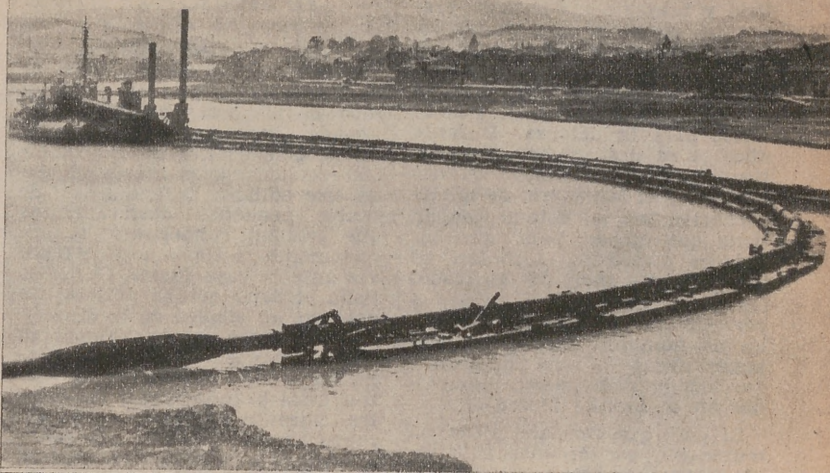
Calvo Sotelo, vuelto hacia él, como si tuviera consigo toda la indignación de las calles, le propinó una bofetada mayúscula. Se organizó un hermoso barullo.

Pero la paz de Madrid comenzaba a estar ganada. Todos los esfuerzos del general Franco, el hombre de paisano del Ministerio, se dirigieron a sofocar la hoguera de Asturias. Un hilo invisible unía aquellas mañanas el pensamiento y el corazón de los mozos que habían venido desde la calle del Marqués del Riscal: Franco estaba dentro. Franco, el fundador de la Academia Militar de Zaragoza.

EN EL CEMENTERIO DE SAN ESTEBAN DE LAS CRUCES

«Un grupo de 48 personas, jóvenes en la mayoría, fuimos los primeros en llegar, cumpliendo la consigna de la huelga general, al cementerio de San Esteban de las Cruces. Desde él podíamos ver el horizonte hasta Oviedo. Aguardábamos con los que iban leyendo—dicen las notas de un carnet que se recogiera mucho más tarde—a que desde el monte Naranco nos hicieran unas señales con luces. Pero el verdadero momento era cuando se apagara la luz general al estallar los petardos que estaban destinados a la central de energía eléctrica, que estaba en El Fresno. Nuestra columna tenía una ametralladora y toda clase de elementos de combate...»

Los petardos de El Fresno estallaron en la central, como dice el carnet y las notas anterior-



Una vista parcial de las obras industriales que se realizan actualmente en Avilés



Gijón ahora: En primer término, el gran edificio de la Universidad Laboral, creada por el Caudillo

res, pero por una casualidad no rompieron los cables, que, de una forma u otra, siguieron enviando corriente a la capital. Pero la alarma estaba ya dada. Bu no, la alarma estaba ya dada muy anteriormente. Toda Asturias es un volcán. «La dinamita—dicen las notas del mismo—no han debido producir el efecto esperado y las luces siguen brillando»

Desde Olloniego llega el repiquetear de las ametralladoras. La dinamita comienza a dejarse sentir a cada instante. En la Venta del Escamplero 600 mineros de Mieres mandados por González Peña aguardan la llegada de los primeros grupos. Son las seis de la tarde del día 5 de octubre. A las siete treinta se da orden de formar por columnas.

A esas mismas horas el Ministro de la Guerra, buscaba al comandante general de Baleares, Francisco Franco Bahamonde, soldado de España.

EL PLAN DE OPERACIONES DE LA INSURRECCION

Antes de ponerse en marcha camino de Oviedo, que es la presa

definitiva, se procede a dejar sin raiz la defensa escasa que tienen los pueblos. Uno a uno, arrastrados por una ola de gente, que estaba perfectamente preparada y armada, van desapareciendo los islotes verdosos de la Guardia Civil. Hay puesto como el que manda en Ciaño-Langreo un cabo recién casado, con unos pocos hombres que sobrecogen por su desesperado y tenaz heroísmo. En ese puesto, a la hora de la evacuación de las mujeres, la esposa del cabo se niega a seguirlos. Y allí se queda, con su marido, hasta que la muerte se hace cargo de los dos. La defensa hasta el último aliento. La barbarie no se detiene ante nada: comienza la estela de los asesinatos salvajes. Arden en Asturias, como si las torres tuvieran yesca y la paja de la rada del verano, las iglesias y las casas. El heroísmo de las débiles guarniciones, acorraladas y sin la menor esperanza de salvación, es inenarrable. El día 5 el Gobernador Civil resigna el mando en la autoridad militar, Oviedo comienza a ser ciudad para el martirio. Las calles Magdalena,

Uría y tantas otras parecen prepararse para su aniquilamiento. Pero ¿cuál es el plan auténtico de los insurrectos? Por todas partes que se mire es fácil. No hay guarniciones ni los hombres necesarios para la defensa. Durante años se va destruyendo, sistemáticamente al Ejército. Franco mismo, en el Ministerio de la Gobernación, en el Estado Mayor, tiene que luchar para que las órdenes atraviesen el cordón de la masonería incluida en todas las Armas por Azaña. ¿Cabe mayor milagro que levantar los miles de hombres necesarios para poner freno a una hecatombe que nos hubiera puesto maniatados en manos de Moscú?

El plan que González Peña comunicaría, por órdenes superiores a sus hombres, apenas varía de éste: Una columna de Mieres entraría en Oviedo por San Esteban de las Cruces, donde como hemos visto, esperaban para actuar los primeros grupos de choque, y desde allí se descolgarían hasta el barrio de San Lázaro. Una segunda columna, la de Sarna de Langreo, llegaría por Colloto y la última, por último, dirigida por González Peña llegaría por el Naranco para dominar la ciudad desde la altura. ¿Era todo esto una improvisación? ¿Cómo no se vió, nada más terminar los terribles sucesos, que la revuelta por sus características y dimensiones excedía completamente las posibilidades de la vida española, y se transformaba y tomaba todo el carácter de una conjura internacional? Porque todo ese inmenso Ejército estaba armado. Y, por ende, el material que faltaba se iba a encontrar en las fábricas militares apenas defendidas. Con guarniciones ridículas en medio de tremendas presiones que les aniquilaron desde los primeros momentos. En Olloniego, el asalto al cuartel de la Guardia Civil revistió caracteres de ferocidad. Con dinamita derribaron los tejados. Luego se prendió fuego a las paredes. Cuando se terminó con el último defensor alguien advirtió: «quedó libre el camino de Laviana a Oviedo». Sólo que la ciudad se hizo fuerte. Sólo que la ciudad defendió palmo a palmo sus calles y se hizo invulnerable en el Gobierno Civil y la torre de la catedral. Desde ella los mejores tiradores, día y noche, vigilaban las calles que venían a morir ante ella. El día 6, que amaneció diáfano, veía que toda la parte sur de la ciudad estaba en manos de las huestes de González Peña. Pero la torre que ocupara el teniente Plaza se convirtió en bastión. No hay forma de acercarse hasta ella. Disparaban ya, porque guerra abierta era, los cañones que el comunismo había tomado en Trubia. El 15 dejaba oír su gravísima voz. No había tiempo para el sueño. La calle Uría, con sus bellos miradores y la estrecha de la Magdalena aparecían desoladas. Comenzaban a faltar en todas partes los cristales. Entonces es cuando comienza la vida impresionante, la vida terrible, de la parte de Oviedo que vive bajo la invasión. La Cámara Santa, orgullo de Oviedo parece bajo la dinamita. Igual ocurriría con la Universidad.

EL SAQUEO DEL BANCO DE ESPAÑA

Un episodio aleccionador y culminante de la semana terrible es el que culmina con el asalto y robo de las arcas del Banco de España. Parece ser que una de las preocupaciones de los Comités revolucionarios fué el saqueo de este edificio. Defendía uno de tantos pequeños destacamentos que estaban condenados, anticipadamente, a la muerte. Una vez ante la caja fuerte, González Peña, ordenó que se abriera. Se optó por el empleo de la dinamita. Un minero experto se encargó del asunto. En medio de la inmensa emoción de todos se vieron unos grandes fajos de billetes. Durante un momento se paralizó toda otra tarea. Los pocos testigos presenciales, envueltos en la prisa, deseando escapar con la presa, dejaron olvidado un arcón conteniendo más de un millon de pesetas oro y numerosas joyas. El botín robado ascendió a catorce millones de pesetas en billetes de Banco. Un año después, en un informe oficial, la República hacía constar que habían «aparecido» tres millones. Todo lo demás desapareció. En el barrio de San Lázaro se reúne González Peña y el srgento Vázquez. Por el cielo, los aviones del Ejército anuncian con proclamas el avance de las fuerzas liberadoras. La ciudad tiene momentos en los que, en medio de las fiebres, descansa. El hotel Inglés arde y arde, también, el teatro Campoamor.

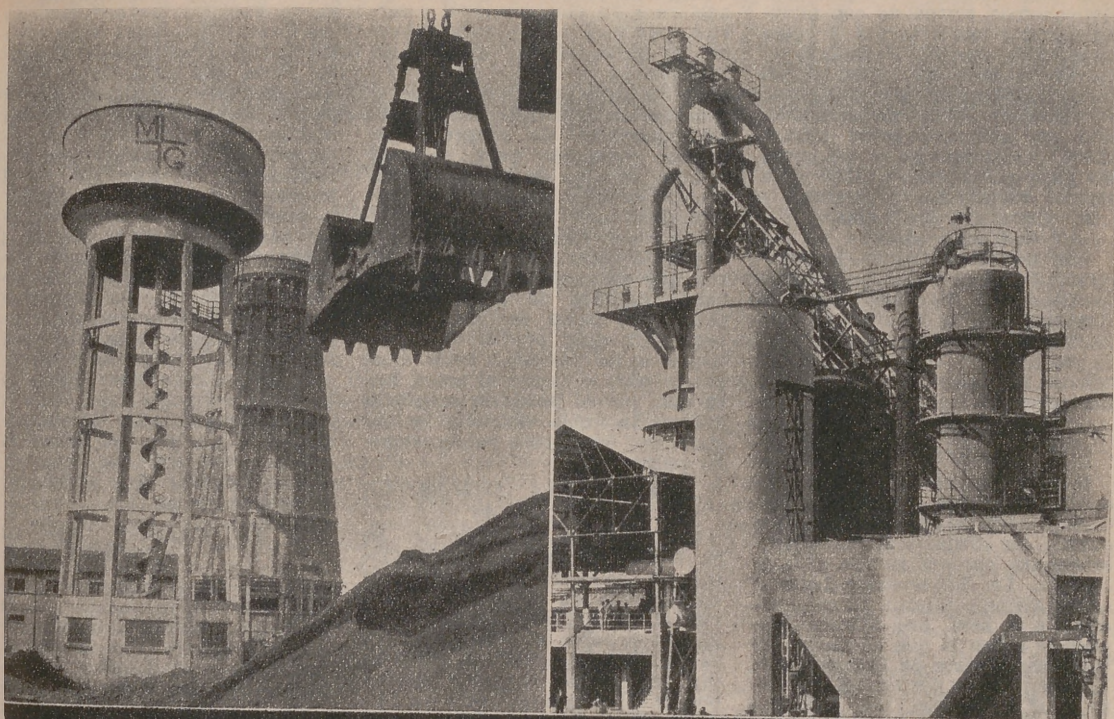
LOS ALIJO DE ARMAS. EL CASO FAMOSO DEL «TURQUESA»

El alijo de armas que se descubrió en San Esteban de Pravia ocurrió en la mañana del 11 de septiembre. Vieron los carabineros movimientos sospechosos de lanchas y se dirigieron al punto de los Muros, donde se hicieron cargo de una camioneta de la Diputación Provincial de Oviedo, bajo cuya máscara oficial se desarrollaba todo el tinglado. Se hallaron en ella 116.000 cartuchos de máuser del 7,5. Poco después se supo que el 5 de septiembre se había despachado de Cádiz para Burdeos el vapor «Turquesa» con carga de fusiles, ametralladoras, bombas y bombas de gases. Pero dejemos hablar a Indalecio Prieto de todo aquel tinglado que iba poniendo armas y municiones en manos de la anti-España: «El barco se llamaba «Turquesa», nombre célebre a partir del episodio nocturno que voy a narrar, pues el «Turquesa» convirtióse en buque fantasma hasta ser descubierto tiempo después tranquilamente atracado en el río francés Adour, cerca de Bayona. El «Turquesa»—sigue Prieto—, según referencias que se dieron para su despacho reglamentario, transbordaría en Francia el cargamento al buque que lo llevara hasta Jibuti, puerto por donde se efectúa el comercio marítimo con Abisinia. Sin embargo, subiendo por el Atlántico, no llegó entonces al litoral francés, echando anclas en el fondeadero gallego de Estaca de Vares, donde Amador Fernández, diputado socialista, y Manuel Atejada, capitán del barco, convinieron lugar y hora del primer desembarque. Estaba acordado, desde luego, que parte de la mercancía se destina-

ra a Asturias y parte a Vizcaya.» Claro que la explicación que da al asunto es todavía más estremecedora. Al hablar de cómo las armas estaban en Cádiz, dice lo siguiente: «En 1931, a poco de instaurarse la República, varios revolucionarios portugueses que vivían en París se trasladaron a Madrid para conspirar contra su país, y se las arreglaron para comprar una partida de armas cortas y comprometer otra mucho más importante de armas largas con sus correspondientes municiones. Las pistolas las tenían ocultas en Madrid, pero los fusiles no llegaron a poseerlos porque no pudieron pagarlos, por lo cual quedaron almacenados en Cádiz dentro de cajas señaladas con el supuesto destino: Jibuti. «Debíamos—dice—satisfacer los vehementes deseos del cándido Gobierno respecto a que el nuevo comprador sacara a toda prisa el armamento puesto en Cádiz; mas sin elementos propios de transporte sería difícil no dejar rastro de su verdadero destino. Alguien, comisionado por nosotros, le compró uno de sus mejores barcos a un armador andaluz, diputado monárquico, que no quiso detenerse en averiguar qué uso haríamos de la nave. En esa forma, el Gobierno proporcionaba las armas y un enemigo acérrimo nos facilitaba su transporte. ¿Cómo sospecharía nadie de tales auxiliares?» Creo que nada mejor que este texto puede darnos idea del rumbo que llevaba España. Del caos interno que hacía posible ponerlo todo en manos del enemigo.

LA LLEGADA DE LAS COLUMNAS DE SOCORRO. OVIEDO, LIBERADO

Las columnas de socorro: la de Borsch, que viene de León; la de López-Ochoa, que viene de Lugo, y la de las fuerzas de Africa, desembarcadas en Gijón, tienen que pasar por la dureza de numerosos combates. Cada paso que dan está registrado, casi idénticamente al pulso, por el Gabinete Telefónico de Franco. Es él quien corrige en pleno camino la dirección que llevan las fuerzas del general López-Ochoa, que iban a caer en una emboscada, y quien, previniéndolo por sus poderosos conocimientos de la zona, desvía su ruta antes de llegar a Grado, embarca hasta Avilés, restablece el orden en esta ciudad, y después de este rodeo llega a la capital por nuevos caminos. A esta columna se une la que manda Yagüe. El último manifiesto del Comité revolucionario es el del día 15. Después la batalla sigue por sí misma. Belarmino Tomás, días después, y en nombre del Comité provincial constituido en Sama, entabla negociaciones con las fuerzas gubernamentales. La exaltación de la ciudad fué impresionante. Las calles, al paso de las tropas, estaban ocupadas materialmente, muchas de ellas, por el ajuar familiar de centenares de familias sin vivienda. Las sillas y las mesas, apiladas, daban una sensación de catástrofe. Ardian todavía muchas casas. Ante las tiendas de comestibles, donde se había organizado por los invasores ventas «por vales», aparecían cantidades gigantescas de desperdicios, si eran de comestibles, o de cajas vacías, si eran zapaterías.



Por todo el ámbito asturiano han surgido potentes instalaciones industriales. Torres, depósitos, altos hornos siderúrgicos —como estos gijoneses que aquí vemos— se recortan en el cielo de Asturias

Por la calle Uría había zonas, manzanas, que no conservaban nada más que las paredes y el vacío y hermoso esqueleto de sus famosos y esbeltos miradores y balcones de hierro. En la Universidad, de su claustro arruinado había quedado indemne, sentado impasible en su sillón, la estatua de su fundador. El Instituto, hundido por la gigantesca explosión de centenares de kilogramos de dinamita, parece ser la cristalización y el fin de la catástrofe.

Los generales desfilan con sus tropas por las calles, que, para recibirlos, han adornado, en medio del caos, sus balcones. López-Ochoa lleva en la mano un bastón de mando. El aire de todos es el de campaña. Los niños rompen el protocolo del desfile y reñen a los primeros. Después de este primer grupo vienen los soldados. Muchos de ellos con barba de ocho días. En una estranada batalla por España. La emoción a su paso es inmensa.

ASTURIAS HACIA ARRIBA

Recorrer hoy Asturias, dieciocho años después, desde su parte más montañosa, desde Covadonga, pura latitud de la emoción asturiana-española, hasta aparecer bajando por los «puebline» como Posada y como los otros más altos del famoso queso de Cabrales, para coger la costa y la emoción fantástica y maravillosa de sus «bufones», de su agua pulverizada por la tormenta y la fuerza, es uno de los espectáculos más hermosos que pueden darse. Más, cuando hay que seguir la ruta y la vena del carbón y aparecer en Sama de Langreo, en San Esteban de Pravia, que lleva el carbón en sus

aguas, para apreciar y sentir ese maravilloso contraste de mar, montaña y vena negra que atesora la tierra del primer Reino hispánico.

Hay que oír el acento y el calor de sus gentes y el «ya» clásico de las conversaciones; hay que recorrer sus huertas dedicadas a la pomarada, entrar en sus cocinas y en los desvanes, para sentir la fabulosa impregnación que van dejando, como un rastro de oro fino, esos cien millones de kilogramos que hoy arroja su cosecha de manzana.

En un viaje por Asturias, en esta manera de recorrerla con la pluma y los ojos, lo que primero sorprende es su vitalidad. Su reverdecida estampa de pueblo nuevo.

El cambio se refleja, de un lado, por el gigantesco complejo industrial de Avilés, en cuya nuevas factorías se producirán 1.400.000 toneladas de lingote de acero anuales, cerca del doble de la producción actual y total de España. Se pondrán en el mercado, de igual modo, fertilizantes, sulfato amónico y una serie de subproductos, cuyo valor en la riqueza de Asturias será incalculable. Y no digamos en la econo-

mía nacional. Pero las obras para su realización son verdaderamente fabulosas: hay que traer a Avilés ferrocarriles, carreteras y un puerto seguro. Una obra de una envergadura tan importante y decisiva que ha motivado interpelaciones en las Cámaras de Inglaterra, Francia y Alemania para instar a los respectivos Gobiernos a movilizar para ofrecer la gigantesca maquinaria necesaria. Con todo ello varía y variará completamente la vida de la villa. Avilés es un pueblo tradicional, un pueblo con sus casonas y su aire de estar clavado en el tiempo, y que, sin embargo, ahora siente en sus espaldas la trepidación del esfuerzo, que quiere ponernos en posición de repartir una nueva riqueza. Y esto es lo que pasará con Avilés. Que dentro de unos pocos años abrazará, con su nueva fuerza y potencia, una población diez o más veces mayor. Se acabó, pues, Avilés, la pequeña paz de la huerta y el manzano. Ahora hay que saber ganar esta bella paz nueva y prometedora.

CRECER Y CRECER

Hemos preguntado en un corro de hombres por las caracte-



Uno de los muelles de carga y descarga del Musel, puerto de Gijón

ísticas más claras de ese movimiento que hacia arriba, y como la espuma, empuja a Asturias.

—En materia de viviendas, el Instituto Nacional de la Vivienda tiene un plan de construcción que abarcará estas cifras: 16.900 viviendas para mineros; 500 para pescadores y 3.600 para obreros varios, nos contestan.

Se queda uno sin habla.

—¿Y qué más cosas?

—Se ha reconstruido la Universidad y construido una nueva Facultad de Ciencias, Colegios Mayores, Instituto de Enseñanza Media. El censo escolar infantil ha aumentado con relación al mismo del año 1936 en 24.000 asistentes.

LA CIUDAD UNIVERSITARIA DE GIJÓN

El valle de Somio, en las cercanías de Gijón, es centro de un paisaje perfecto. Ahora, ya casi a punto, la Universidad Laboral terminará por ser rumbo para el turismo. La Universidad Laboral «José Antonio Girón» es en principio, o lo será, una inmensa superficie sobre la que se ha levantado una especie de Escorial para la enseñanza y perfección del trabajador asturiano. Los hijos de los trabajadores de las minas cantarán en sus pupitres y se establecerá, de una vez para siempre, una corriente de perfección que borraré todo otro recuerdo. Que el libro es un arma.

En torno a un gran patio central se van levantando las edificaciones de la gigantesca Universidad. La población de Gijón la formarán así: 1.750 personas, con profesorado, auxiliares, etc. Los muchachos serán seleccionados entre los más capacitados y forzosamente hijos de trabajadores. Si el alumno demuestra dotes especiales podrá pasar a la Universidad en cualquiera de sus disciplinas.

Las enseñanzas en los talleres se realizarán con la maquinaria más moderna. La Granja ocupará una extensión de 65.000 metros cuadrados: servirá de escuela a los agricultores y ganaderos, incluyendo todas las técnicas y

adelantos en esos servicios, y servirá, por otra parte, para subvenir al sostenimiento de la Universidad.

Un ánimo, pues, profundo y ejemplar va poniendo, al lado de los imperativos del progreso económico necesario para mejorar el nivel de vida de nuestras gentes, un espíritu de generosa preocupación por la dignidad humana: ese espíritu no es otro que el de dotar a los 52.000 mineros que extraen anualmente los ocho millones de toneladas de carbón, el techo, la paz y el libro. Para que, por el techo, se llegue a la familia. Para que, por la paz, se llegue al amor. Para que, por el libro, no se pueda utilizar la noble violencia de los generosos y fuertes, en el engaño político.

«ES PARA FUMAR EN CASA»

Como la transformación lo es en todas los sentidos y direcciones ha comenzado a tener su importancia en la economía provincial el cultivo del tabaco. A los agricultores asturianos les era ya familiar este cultivo antes de ser implantado en esta región, por haber conocido antes en Cuba, a donde se dirigieron con preferencia las corrientes emigratorias de distintos puntos de Asturias. Pero sea o no sea un gran motivo de riqueza lo que importa desde el punto de vista humano es el gran impacto imaginativo y creador que todo ello significa. A un productor de tabaco con quien hablamos sobre tan hermoso milagro, nos responde con buena sonrisa: «Es para fumar en casa».

Y ríe con una risa sana que deja advertir claramente, que se fumará en algún sitio más. La producción de tabaco que era escasa y una curiosidad en el año 1935 ha arrojado al mercado español nada menos que 72.000 kilogramos. Y allí, cerca de la lluvia, en ese mundo verde y tierno de la región de las minas.

LOS VALLES, EL GANADO

La guerra y los desastres que acompañaron las últimas décadas españolas antes de la Cruzada habían esquilmo casi completamente la «cabaña». No existía el estímulo y el valor necesario para enfrentarse con una empresa de mejora y de selección. El ganado de muerte asturiano es famoso en las mesas españolas por su sabor y calidad y, en general, puede decirse que todos los productos de sus tierras, con su «fabadada», con su caliente ración de alubias y sidrina, componen el fondo alegre y cantarino de su alma. ¿Y por qué no? Hay que tener en cuenta que, solamente, el censo de ganado vacuno viene a significar una riqueza que alcanza, en números redondos, los dos mil millones.

Y de los valles y de las minas bajan a la costa, fluyendo como un río, este enorme rosario de riqueza. Doscientas cuarenta kilómetros de litoral cantábrico

abren sus puertas de espuma a sus barcos. La pesca alijada en los puertos asturianos alcanzaba en el año 1953 los 29 millones de pesca capturada. Sólo el puerto local de Gijón, matrícula marinera por excelencia de Asturias, parece arrojar enormes cantidades. Y hay que ver el puerto «das parejas» navegantes y marineras, los días de temporal cuando el mar no permite el juego. Centenares de palos acometen, por sus flancos, los muros de piedra que les separan de las calles. Pero la ciudad que parece hecha para el agua tiene allí sus barrios pintorescos y hermosos. Y por el mismo camino de la espuma ha plantado Gijón su nuevo espigón para trasatlánticos. Que siempre el mar y la aventura tentaron la impaciencia de Asturias. Que por el mar vienen sus hijos.

EL CARBÓN, PAN DE ASTURIAS

No se puede hablar de Asturias sin hablar, aunque sea de paso, precipitadamente, del carbón. El crecimiento en este aspecto es verdaderamente asombroso. El incremento de producción, exactamente como el del empleo de su mano de obra, ha superado en un cien por cien las cifras del año 36. Siete millones y medio de toneladas ha puesto al servicio de España una población trabajadora que supera las 50.000 personas, contra las 22.000 del año 1936.

Sólo la Duro Felguera abarca más del 25 por 100 de esta producción, que pasa por todo un ciclo completo de producción: desde los tajos extractivos a los hornos del cock, hornos altos, acerías y laminación para terminar en los talleres de transformación.

Y sobre ese fondo de trabajo y de recuperación, Asturias, cabeza un día y heredera del mundo visigótico, ofrece una nueva psicología de trabajo. La paz rueda por todos los caminos.

QUEDA EL «AMERICANO»

Tiene además Asturias, por entre todos sus valles y aupados a lo más alto de sus montes, una estirpe de hombres ejemplares, de caballeros ilusionantes, que son sus indios. Los indios —los «americanos», como se les llama en la tierra—, que cada año, Llanes arriba, regresan, como los pájaros firmes, a traer su alegre llave de oro a sus pequeños «pueblines» de origen. Y aquí una escuela, y allá otra noble y mágica ayuda, el indiano no es sólo el amigo y el hilo que es Asturias a la riqueza del mundo, sino que es sobremanera el nombre de Asturias en Cuba y en Méjico, en La Habana dulce y morena y en el Méjico doide la colonia asturiana tiene la mejor voz. La más ancha y recia sonrisa.

Porque ellos ahora, cuando vienen y marchan, llevan, viendo la nueva Asturias, un nuevo y ferrosos amor a España que cristaliza mar allá, fuera del marco de la espuma, en la carnadura sensible de los hijos, los españoles que vendrán a buscar novia, como vienen a las tierras fronteras del carbón y del cielo.



Bajo los típicos soportales del mercado del Fontán, en Oviedo, unas mujeres se proveen de madreñas

CARTA DEL DIRECTOR PARA LOS VIVOS

SEÑOR DON JUAN APARICIO JALON

Siempre han enseñado la Historia de su patria, la historia de su tiempo los padres a los hijos, aunque el ritmo vital de los hijos no coincide con el «tempo» vital de sus progenitores; pero, sin embargo, la Patria es creación de los padres para su descendencia. Tu abuelo, que ni siquiera pudo conocer la Dictadura paternal de don Miguel Primo de Rivera, pues murió entre el asesinato de Dato y la catástrofe de Annual, me mostraba la desproporción entre una España coherente, cuya nostalgia sólo aprendíamos en los libros, y el caos español de los partidos políticos que de cuando en cuando perdían por homicidio violento un presidente del Consejo de Ministros, mientras que la Nación era una cabila esteparia o montañosa, tan semejante a las cabillas insurrectas de Marruecos. Las huelgas y las crisis, los crímenes y los sufragios que llenaban nuestras escuelas de urnas electorales, arrojándonos al arroyo, constituían el panorama público de mi niñez; así como a la anarquía y al marxismo, como único paisaje de mi juventud, tuvimos que combatirlos duramente, irremediamente, para nuestra simple supervivencia. Muchos amigos y camaradas sucumbieron, pero otros quedaron, entre los cuales yo para darte fe, para ofrecerte la diferencia que hay entre la España de mi padre y la España de Francisco Franco, que es la tuya. Si hojeamos un ejemplar de cualquier Historia española que presente los episodios con dibujos, con grabados, gráficamente, veremos cómo se saturan de dinamismo trágico y tético a partir de 1808, ensanchándose ese diapasón macabro durante más de una larga centuria que produce a troche y moche motines, pillajes, incendios y fusilamientos. Contrastan las épocas que se expresan mediante la reproducción artística de las batallas, a modo de óperas con una sinfónica melodía, con esa época de nuestro siglo XIX, tan pertinaz y tenebroso, en la que los Caínes derraman una vez y otra vez sangre de Abel, se incendian los templos y se violan las sepulturas. Ciertos númenes malignos se apoderaron frenéticamente del país para empobrecerlo (él, que estaba en los puros huesos) y desmembrarlo metiendo el puñal por las coyunturas, para que no fuese una desconcertante bravata la canción que entonces se cantaba, o sea, este fratricida estribillo: «Muera quien quiera moderación — y viva siempre y siempre viva y viva siempre — la exaltación».

Tales exaltados no habían puesto más alto a España, sino sólo a las hercas y los patibulos. Ya no se levantaban banderas hacia el exterior, los estandartes militares de nuestra tropa en el mundo universal, sino las cucañas, las torres de las iglesias calcinadas o la lanza hundida en torno de la cual se subastaban nuestras minas, nuestros puertos, nuestras mujeres, nuestra sangre al extranjero. Hijo mío, todo ese vilipendio se acabó un 18 de Julio, refrendado en un 1 de Octubre. Franco vino a restaurar la Historia de España desde la hora y el minuto en que se salió de su cauce histórico, a devolverle su primitivo ser y a henchirla de permanencia y futuro. No hay misterio ni secreto en Francisco Franco, sino que su clave es la que está registrada en el gran secreto y misterio de España. La continuidad y la duración en la fe católica y en el heroísmo, que practicados cotidianamente le quitan énfasis y le ponen cristiana y prudente eficacia. Hacer el bien todos los días no es una cosa retórica, sino una cosa difícil a la que los bienaventurados y los santos no le dan importancia. Si miramos hacia atrás, en un espacio de quinientos años, hallarás, hijo mío, que 1454 es el año en que sube al trono Enrique IV el Impotente; pero un siglo después, en 1554 (visperas de su abdicación),

es Rey de España y Emperador del sacro Imperio aquel Carlos I que tanto pudo. En 1654 no se ha ganado la batalla de Rocroy y tampoco se va a ganar la batalla de las Dunas, porque los agentes de Francia han sublevado a Nápoles, a Portugal, a Cataluña y hasta a la fidelísima Andalucía. En el año 1654, dentro de la España barroca, es el Rey Don Felipe IV, como en la España neoclásica e invadida por los Borbones de 1754 es un Rey melancólico y emprendedor, progresivo, don Fernando VI; pero sin los ribetes masónicos y esquinados de la propia fisonomía de Carlos III. Pasa un siglo después, y el que no continuó la Historia de España, sino que más bien la pervirtió don Antonio Cánovas del Castillo, hubo de redactar en 1854 el Manifiesto de Manzanares, que trajo la revolución liberal a las gradas del Trono para reptar y encumbrarse. A partir de 1854 estaban predestinados el Frente Popular de 1933, la primera y segunda República, el partido socialista, el separatismo y la F. A. I. Si Francisco Franco no es elegido por el Ejército, por la juventud, por el pueblo y por la Providencia Caudillo de los españoles, y no hubiera asumido su poder con tanto riesgo y con tanto tino, con tan moderado triunfo, hijo mío, yo no podría enseñarte alrededor del 1 de octubre las razones de la Historia de España porque España entera y cabal ya no existiría. Esta sistole y esta diástole, este flujo y reflujo de magnitud y desencanto, de desilusión y poderío, que va desde el incipiente reinado maderístico de Enrique IV a la madurez del caudillaje del Caudillo al cabo de la mitad de mil años, no lo podría mostrar ante ti con orgullo de padre y de español que ha trabajado un poco a las órdenes de Franco. Nuestro país se hubiese anegado, encenagado en la penúltima fase, en la etapa soez surgida del Manifiesto de Manzanares de 1854. Y acaso fuéramos una más entre las varias Repúblicas socialistas y soviéticas. Un país humillado y ofendido tras el «telón de acero».

No es cuento lo que te cuento, hijo mío; porque nuestra Historia parecía fatídicamente condenada a una suerte irreversible y trágica, sin que la salvara un hombre tan audaz y animoso como el marqués de Estella o la reacción de hace veinte años en favor de la unidad y de la familia españolas. Vosotros no tenéis recuerdos tristes, y no voy a entenebrecerte con la remembranza personal de aquella madrugada del mes de octubre de 1934, en que no me separé de un aparato de radio hasta que oí la medrosa rendición de Companys. En aquel octubre estábamos acosados por la presión de fuera, que hurgaba en el resorte de Cataluña y derramaba sobre la Asturias generosa una mala sidra. Ya entonces, como siempre, Francisco Franco estuvo en su puesto y cumplió con su deber, de la misma manera que nosotros, dispuestos en seguida a proclamarle Caudillo de España y de la juventud, pronunciamos, encabezados por José Antonio, la palabra Lepanto. Lepanto es una palabra taumaturgica, talismánica; pero delante de los oídos necios que la escucharon desde un balcón de la Puerta del Sol era una palabra sorda. La Puerta del Sol había sido el escenario de algaradas, de reyertas y hasta de pronunciamientos, actos antagónicos e incompatibles con la palabra Lepanto. Lepanto quedó en el aire; pero ninguna semilla ni ninguna voz germinativa se extraviaron o se pierden. El fruto de la palabra Lepanto se recoge el 1 de octubre y todos los primeros de octubre. Feliz tú, hijo mío, que has nacido a la paz de esta fecha y en una restauración de la Historia de España, que puede ser que dure la mitad de otros mil años.

CAUDILLO DEL FUTURO

LA España de Francisco Franco no es tan sólo la España actual, sino la España futura. Para una política de creación no solamente existe y cuenta lo que es, sino que existe y cuenta lo que será. Lo que será se halla envuelto, implícito, incoado en lo que es. Pero esa vida en potencia de un futuro preparado por nosotros mismos podría perderse, fracasar, ser aniquilado por circunstancias imprevisibles. He aquí por qué todos aquéllos que por razón de temperamento, de responsabilidad, de patriotismo, o bien por causas más egoístas, como podrían ser la preocupación por los hijos o nuestra edad joven, nos sentimos irrevocablemente desprecados con ese futuro, tengamos cierta propensión a reflexionar sobre qué instituciones y qué hombres descansa esa vida en crisálida, de todo lo que será o de todo lo que debería ser. No creemos que esto sea una simple ensoñación, una tarea de profetas y visionarios, sino más bien un quehacer de hombres realistas, en cuanto al presente, el hoy, no solamente marcha impulsado por todo lo que ocurrió, por las tradiciones y los hechos del pasado, sino también por el mañana a que se dirige.

Permítenos ahora, querido lector, para seguir nuestras divagaciones, escribir una verdad de Perogrullo: el futuro está en quien tenga la juventud. Y podríamos preguntarnos inmediatamente, ¿pero la juventud actual sigue a alguien o a alguna idea? Son numerosos los estudios publicados en el extranjero sobre la denominada juventud del medio siglo. Recientemente un profesor del Instituto Superior de Pedagogía de Turín acaba de publicar una extensa encuesta titulada «Gioventù di Metà Secolo», sobre la juventud universitaria italiana. Esa información y las ya aparecidas hace tiempo sobre las juventudes de otros países europeos, no son realmente optimistas. Los jóvenes de hoy en su mayoría se sienten fatigados, desilusionados, lanzados a un mundo y a un orden social que no consideran realmente suyo. Esto ocurre, a nuestro entender, por diversas causas. Una de ellas, la más evidente, es lo que Juan Aparicio denomina «incolocación». La prolongación de la vida media de los hombres, prolongación mucho más intensa si se considera que los nuevos procedimientos de la medicina y el deporte más que retrasar la muerte física, han alargado considerablemente los años de vida activa, contribuye a ese fenómeno de «incolocación» juvenil. Las jóvenes generaciones se encuentran con todos los cargos dirigentes ocupados por hombres

que en otras épocas ya se hubiesen retirado de toda actividad gerencial, de los puestos que suponen un desgaste cotidiano de voluntad, constancia y energía. Pensemos que Bonaparte se hizo cargo del mando de todo el Ejército de Italia a la edad de veintisiete años, que a los treinta años Cambó era una gran personalidad política, o que Juan Prim y Prats, en la misma edad había alcanzado el generalato y constituía por sí mismo una fuerza nacional, etc., etc. Además, la complejidad creciente de las funciones administrativas y técnicas, retrasa considerablemente la edad en que cada uno puede hacerse cargo de los puestos de dirección.

Pero hay otras circunstancias que apartan a los jóvenes de las responsabilidades dirigentes. La principal es que vivimos en una época de crisis ideológica. El mundo occidental ha perdido la fe en las ideas y en las concepciones coherentes y fuertes. En cualquier ciudad de Europa todos los valores locales son discutidos, la división de los espíritus es total y completa, nadie se siente identificado y representado por el amigo o el vecino, la comunidad de ideas no constituye ya ningún lazo. Entonces, únicamente datos objetivos como la experiencia, la ancianidad, el prestigio, pueden ser argumentos suficientes para que un grupo de personas se pongan de acuerdo sobre quién ha de ser su representante y su gestor. Este acuerdo, como es natural, es efímero, porque los valores de la prudencia y del buen sentido son siempre menos unitivos que la fe en unas ideas comunes, la capacidad de acción al servicio de esas ideas, la concepción de programas generales y de empresas para realizar en común. El envejecimiento de los cuadros, por su parte, produce en los hombres jóvenes como una sensación de asfixia y la falta de identificación con un mundo que ha abierto fronteras, sin continuidad, entre el escepticismo prudente de las viejas generaciones y un posible entusiasmo, muchas veces aun sin destino, sin ideal, de los hombres que van surgiendo por su edad a la vida profesional, social y pública.

Pero si eso está ocurriendo en Europa, hemos de reconocer que algo distinto sucede en España. Es cierto que hay en nuestra juventud grandes zonas de escepticismo. Los hombres mediocres pierden rápidamente el entusiasmo, maduran y envejecen en un tiempo relativamente breve. Pero los hombres con personalidad, los que llevan en sí una capacidad de jefatura y de liderazgo, conservan su entusiasmo, mantienen

la fe, están constantemente en su puesto y casi nunca adquieren eso que vulgarmente se denomina «mundo». A nosotros nos interesan esos jóvenes inteligentes que tienen una voluntad superior a los demás lo suficientemente valiosos y sinceros para poder vivir sin hipocresías, sin simulaciones, sin astucias, sin todo el innoble juego de ese «mundo», que en el mejor de los casos no es sino una forma negativa de la inteligencia. Pues bien; ¿existen esos jóvenes?, y si existen, ¿dónde están?

Todo aquel que sepa mirar sin falsos prejuicios puede contestar las dos preguntas anteriores. Porque los jóvenes a que nos referimos existen y están en las más diversas organizaciones juveniles del país: en lo político, en el Frente de Juventudes—nunca lo bastante loado—y en el S. E. U.; en lo religioso en las J. A. C. E. y en las Congregaciones Marianas. Pensemos, aparte de insignias y uniformes, de cargos y presidencias, en los jóvenes valiosos de esas organizaciones y comprobaremos que una de sus características es la ilusión y el ideal que dilata y enriquece sus vidas al servicio de una causa y de un liderazgo realmente superiores. Este liderazgo se llama hoy, en 1954, como en 1944 o en 1964, Francisco Franco. El caudillaje de Franco es un caudillaje de la juventud. Tenemos experiencia de cómo piensan los jóvenes procedentes de los más diversos sectores. La Escuela Oficial de Periodismo es como un microcosmos de toda la juventud española actual. A nuestras aulas llegan jóvenes procedentes de los semanarios de combate, de la vida confortable y burguesa de nuestras familias industriales, de los cuadros dirigentes del denominado apostolado seglar, campeones deportivos, sacerdotes, religiosos, etc. Por eso, como director de la sección de Barcelona de la mencionada Escuela—Escuela de formación humana, política y técnica—, creemos que tenemos cierta autoridad para decir que sería un error excluir de la comunidad de fe en el caudillaje de Franco a alguno de los grupos mencionados. La fe en el caudillaje es patrimonio de toda la juventud que piensa, que cuenta y ha de contar por sus valores personales en España. En tal sentido el caudillaje de Franco es caudillaje del futuro, y si bien hay personas que pueden sentirse escépticas, porque la fe es un don del espíritu, resulta evidente que las nuevas generaciones—los hombres más auténticos y sinceros de las nuevas generaciones—se sienten ligadas a todo el contenido sustancial de la Cruzada por la figura indiscutible de nuestro Caudillo. Y cuando algunas veces se manifiesta en nuestra juventud una cierta inconfidencia y rebeldía, actitudes propias de la edad juvenil, usted, amigo lector, reconocerá conmigo sin gran esfuerzo, que es contra la sociedad y contra las viejas convenciones y entidades que tienen en algunos aspectos atenuada la labor política y educadora de nuevas organizaciones juveniles, hacia quien va la indignación y la réplica juveniles, tantas veces justas, educadoras y necesarias.

Claudio COLOMER MARQUES

EL REARME ALEMAN, salario del miedo

**RUSIA, DECIMO PARTICIPANTE
(FANTASMA) EN LA CONFERENCIA
INTERNACIONAL DE LONDRES**

**GUIA DE URGENCIA
PARA NO EXTRAVIARSE
EN LANCASTER HOUSE**

EL suplemento semanal del «New York Times» publicaba el otro día una caricatura muy divertida: Representaba al globo terrestre surcado en todas direcciones por atrafagados caballeros de rostro bien conocido. Foster Dulles corría, amarrado a una maleta, que llevaba la siguiente inscripción: «Otro viaje de Dulles». Eden volaba con sus largas piernas, y su maleta decía: «Jira por las capitales europeas». Nehru, el hindú, se precipitaba a toda velocidad sobre la China comunista. Yoshida, el japonés, emprendía rápida carrera hacia los Estados Unidos, y, finalmente, un grupo de parlamentarios ingleses, enarbolando sus paraguas, se dirigían presurosamente a Moscú. Encima del «cartoon» del «Times» se leía: «But are they getting anyplace?»: «Pero, ¿es que van a alguna parte?»

¿DONDE ESTABAMOS?

Poco más o menos, ésta es la imagen que nos presenta hoy el mundo de la política internacional. Puede decirse que cada cinco minutos llega a alguna parte un ministro de Asuntos Exteriores, o se va de ella. Los cancilleres trabajan en los aviones, comen en los aviones y duermen en los aviones. No se dan punto de reposo, y el resultado es que hemos perdido, o estamos a punto de perder, el hilo de la Historia. Después de abrirnos camino a machetazos, como en la jungla, entre los bosques de siglas que esconden tratados, alianzas, comuniones y organizaciones—O. T. A. N., C. E. D., S. H. A. P., O. E. C. E., etc., etc.—, hemos asistido a una rápida sucesión de conferencias internacionales—Berlín, Ginebra, Bruselas, etc.—, y ahora nos encontramos, con la lengua fuera, en Londres, ante la Conferencia de los Nueve, que anteaer eran seis, que ayer eran siete, que hoy son nueve y que mañana pueden ser doce. Previamente, Eden estuvo en Bonn, en Bruselas, en La Haya, en París; Dulles, en Londres, en Bonn...; detengámonos. Todos estuvieron en todas partes, y así acabamos antes.



LA HISTORIA COMIENZA EN BRUSELAS

El lector se habrá preguntado con angustia, como el caricaturista del «Times», si con tantos viajes se va a alguna parte o, como el fabulista, si tantas idas y venidas son de alguna utilidad. Difícil respuesta. Pero ya nos enteraremos, aunque también esto resulte inútil.

Y como tenemos la sospecha de que el lector, a estas horas, no sabe a qué carta quedarse—¿lo sabe alguien?—, y si ha hecho algún esfuerzo en este sentido estará al borde de la meningitis, es por lo que hemos pensado en suministrarle una guía de urgencia para no perderse, al menos en la Conferencia de los Nueve, en Londres, que comenzó el lunes y que no se sabe cuándo ni cómo terminará.

Reanudemos el hilo de esta historia de «faire l'Europe», de hacer Europa, como dicen los franceses cada vez que deshacen algo de Europa. Hemos dejado a Mendes-France en Bruselas hace sólo unas semanas, con sus reformas de la C. E. D. (Comunidad Europea de Defensa, cuya sigla hoy ya no es C. E. D., sino R. I. P.), rechazadas por los otros cinco del Tratado de París (Alemania, Italia y Benelux—Bélgica, Holanda, Luxemburgo—). El «premier» francés se encontró terriblemente solo. Los otros cinco le habían hecho el vacío. El anciano Herriot, metiendo las narices en un micrófono, pues su voz no tiene más radio de acción que el cuello de su camisa, había de recordár-

**Un desfile por las calles de
Berlín, hace tan sólo unos
días. Los niños, al lado de la
formación, aprenden a lle-
var el paso**

selo en el palacio Borbón, durante el histórico debate que había de expedir el certificado de defunción de la C. E. D., que ya sabemos lo que es. Herriot dijo: «Señor presidente, se ha presentado usted en Bruselas «dans le plus simple appareil». Con el más sencillo aparato—traducción demasiado literal, porque en realidad quiere decirse: En cueros.

Bueno. Decíamos que Mendes-France se encontró acorralado en Bruselas. Vió a Francia aislada y sola ante el peligro, que no es Rusia, como pudiera sospechar el lector, sino Alemania. ¿Qué hacer? ¿A quién dirigirse en aquella hora de incertidumbre? Debíó darse una fuerte palmada en la frente cuando, de repente, descubrió que lo que procedía era salir volando para Londres. Recordó que, después de todo, la idea del Ejército Europeo se le había ocurrido al viejo tío Winston en Estrasburgo; evocó el reciente cincuentenario de la Entente Cordiale, y no lo pensó más: «Puesto que Winston nos ha metido en este fregado, que nos saque de él». Y allá se fué Mendes-France en el primer avión. Churchill, que estaba descansando en Charwell, salió a su encuentro en Londres, acompañado por su delphin, Anthony Eden. La Prensa británica aprovechó la ocasión para hacer leña del tronco caído: «He aquí una bonita oportunidad que se nos ofrece para re-



El mariscal Juin, que no hace mucho expresó su opinión contraria a la C. E. D.

euperar la jefatura de Europa, una vez que Francia no puede con la carga».

Churchill conversó unas horas con Mendes-France en busca de una fórmula de recambio para la C. E. D., dándose por descontado que ésta dejaría la cabeza, como así fué, en el palacio Bourbon. Se barajaron todas las siglas de uso corriente, se buscó un hueco por donde meter el rearme alemán, necesario para la defensa de Europa, pero, claro está, con las suficientes garantías para los franceses. Churchill sugirió la O. T. A. N. (Organización del Pacto del Atlántico Norte) como refugio del problema. ¿Había otro? Mendes-France replicó: «Debe haber otros, y hemos de encontrarlos».

EXHUMACION DE UN TRATADO

En Washington no se habían perdido del todo las esperanzas de que la C. E. D. superase el colapso previsto. Y cuando llegó la noticia de que el enfermo era ya difunto, sólo se trasladó en la Prensa una mínima parte de la cólera que estalló en el departamento de Estado y en otros departamentos. Los portavoces, muy graves, declararon: «La C. E. D. ha muerto, pero hay que devolverle la soberanía a la Alemania occidental».

Era de sentido común. Los protocolos de Bonn establecían que Alemania comenzaría a disfrutar de su plena soberanía en cuanto fuese ratificado el Tratado de París. Como éste no fué ratificado, una de dos: O se ratificaba, o la expresada condición de los protocolos citados desaparecería. «De acuerdo», contestaron los ingleses, y todos los seis, incluida Francia, aunque con la reserva de sus garantías.

Llegados a este punto entra en escena Anthony Eden. Toma el avión y se va a hacer su jira por las capitales europeas interesadas en la fórmula de recambio. ¿Qué fórmula de recambio? La O. T. A. N. En todas partes el titular del Foreign Office encuentra a sus colegas bien predispuestos. Están de acuerdo en que Alemania occidental debe ingresar en la N. A. T. O., en pie de igualdad

con las restantes potencias y devolviéndosele la plena soberanía. Adenauer, el más directamente interesado en la cuestión, también está de acuerdo con el Plan Eden.

Hasta Bonn todo marchó bien. Quedaba la última etapa, la más difícil. París-Mendes-France. Pero Eden llevaba consigo su arma secreta. Sabía que Francia se opondría a la integración de Alemania en la O. T. A. N. con plenos derechos. En consecuencia, había que encontrar un vehículo de acceso a la Organización atlántica que permitiese a Francia vigilar más estrechamente a Alemania; más estrechamente de lo que especificaban las cláusulas de la citada Organización y que al mismo tiempo dejase una puerta abierta, por angosta que fuese, a una futura integración de los Ejércitos europeos.

El arma secreta de Anthony Eden era—¿quién iba a imaginárselo!—el Pacto de Bruselas. Ha sido ésta una genial «salida» de los ingleses, porque el Pacto de Bruselas había sido completamente olvidado, y nadie tenía la menor sospecha de que todavía pudiese servir para algo. Se había firmado el 17 de marzo de 1948, cuando los seis eran solamente cinco (los tres del Benelux, Francia e Inglaterra), y cuando nadie podía pensar en el rearme de Alemania, donde todavía proseguían los desmantelamientos. Es más: El Pacto de Bruselas se había concebido como un instrumento de seguridad contra un eventual resurgimiento del militarismo alemán.

No obstante no hay que dejarse engañar por las apariencias. Eden sabía muy bien lo que hacía; en el fondo, el Pacto de Bruselas, en su nueva versión corregida y ampliada, viene a significar lo mismo: Al admitir a Alemania, lo que se persigue es vigilarla más de cerca, controlando su necesario rearme. Anthony Eden debió pensar: «Si en virtud de este Pacto nos comprometíamos a vigilar a Alemania desde fuera, en la nueva versión podremos hacerlo desde dentro». Esto era lo que quería Francia, después de todo.

En síntesis, el plan Eden queda dibujado así: Alemania ingresa en la O. T. A. N. por la puerta grande, pero a condición de que se deje registrar los bolsillos en el ropero. De esto se encargará Mr. Bruselas.

«NECESITO MAS GARANTIAS»

Eden llegó a París con su ungüento amarillo. Mendes-France lo olió, lo tanteó, lo examinó con lupa, lo probó y finalmente dijo: «No contiene las garantías suficientes. necesito más garantías».

Anthony Eden apareció en una foto mesándose los cabellos. ¿Dónde diablos encontrar más garantías si están todas agotadas?

—No están todas agotadas: Acepto la combinación O. T. A. N.-Pacto de Bruselas a condición de que Inglaterra «participe más activamente en ellas». Le recuerdo a usted que una de las razones por las que la C. E. D. murió fué la de estar ausente de ella Inglaterra. No queremos una adhesión inglesa platónica, sino real y verdadera.

Eden contestó que el Gobierno de Su Majestad estudiaría el caso.

DULLES NO FUE A CANOSA

En este preciso instante aterrizaba en Alemania el avión de Foster Dulles, el cual, en el plazo brevísimo de una semana había creado un nuevo tratado, la S. E. A. T. O., en Manila; había conversado con Chan Kai Chek en Taipei y había asistido a la reunión del Consejo Nacional de Seguridad de los Estados Unidos, en Denver.

—Traigo los días contados—explotó Dulles—. Me detendré unas horas en Bonn y unas horas en Londres. No tengo tiempo para detenerme en París.

Francia sintió como una patada en la espinilla. Los periodistas corrieron a Marly a preguntarle a Mendes-France cuál era la reacción francesa ante el gravísimo insulto. El «premier» replicó con cara de cálculo en el ríñon:

—No hay reacción. Pero la hubo. Una reacción en cadena, desde el simple apóstrofe al artículo—rió de considerandos.

Dulles fué a Bonn a decirle a Adenauer que los Estados Unidos estaban al lado de Alemania, con o sin Francia, y dispuestos a concederle la soberanía con absoluta igualdad de derechos, independientemente de lo que pensasen los franceses. Después saltó a Londres. Le suplicaron que no volviese a Washington sin pasar por París, donde todo el mundo estaba desolado. Pero Dulles siguió en sus trece. No fué a Canosa, y veinticuatro horas más tarde se sentaba en el palacio de las Naciones Unidas para asistir a la apertura de la IX Asamblea General de la O. N. U. Ahora le tenemos de nuevo en Londres, y sólo Dios sabe dónde estará mañana.

EN LA LINEA DE SALIDA

Estos han sido, en líneas generales, las principales escenas y personajes que precedieron a la «premiere» de la Conferencia de los nueve en Londres. En el mo-

mento en que redactamos esta crónica no podemos anticipar nada decisivo sobre su probable resultado. En la línea de salida, las actitudes de las principales potencias participantes en este «marathon por Europa» son las siguientes:

Estados Unidos: No traen una fórmula nueva. Foster Dulles dijo al llegar: Mi programa consiste en paciencia y buena voluntad. «Wait and see»; esperar y ver. Pero ya es sabido que los Estados Unidos favorecen el ingreso de Alemania en la O. T. A. N. en pie de igualdad con las restantes naciones.

Francia: Acepta el ingreso de Alemania en la O. T. A. N., pero a través de un Pacto de Bruselas reformado y con una más amplia responsabilización inglesa.

Inglaterra: Cree que son conciliables los puntos de vista suyos y los franceses, pero nadie sabe, por ahora, en qué medida aceptaría mayores compromisos en el Continente.

Alemania: Ingreso en la O. T. A. N. con derechos plenos; rearme hasta 12 divisiones; soberanía total. Ninguna discriminación.

¿VUELTA DE «NEW-LOOK»?

Si estas actitudes tan diversas encuentran un denominador común y se logra un acuerdo de compromisos (Beaumarchais dijo una vez que el tratado perfecto es aquel en que ninguna de las partes queda plenamente satisfecha), se habrá solucionado el problema del rearme alemán, a escala reducida, y se habrá puesto el primer ladrillo al edificio de Eu-



Un aspecto de la Asamblea Nacional francesa durante un debate sobre la C. E. D. Obsérvese la actitud somnolienta de muchos de sus miembros

ropa: el ladrillo de la supranacionalidad futura.

Si la Conferencia de los nueve fracasa, toda la política internacional del llamado mundo libre tendrá que ser revisada a fondo. Las variantes posibles son tantas como las que ofrece un tablero de ajedrez. Como de costumbre, se dice que los Estados Unidos, en este último caso, retirarían sus tropas de Europa y organizarían la defensa periférica, volviendo al «New Look» estratégico que tuvieron que abandonar a instancias de sus aliados europeos, hace un año.

En cualquiera de los dos casos, Europa pierde, Rusia gana. Gana en el primer caso porque un rearme limitado y controlado de los ex seis equivale, en realidad, a un desarme, a una carrera de los armamentos, pero al revés. Gana en el segundo caso porque entonces Europa queda virtualmente a su merced, con una Alemania que caería totalmente en sus brazos. Rusia es, en realidad, el décimo participante en el coloquio de Marilbre-Hall. Hablará por boca de Francia, para la que el rearme alemán es el salario del miedo que exige Europa.

FRANCO, PRINCIPE CATOLICO

LOS dieciocho años de Gobierno de Franco quizá no puedan tener otro título y otra definición mejor que la que encabeza estas cuartillas: «Franco, princeps catholicus». Fórmula tan vieja que se subrayaba ya en un concordato que se estableció entre la Santa Sede y Jaime de Aragón. Fórmula cuyo proyecto y cuyo esquema no es superior a ese destino profundo que ha venido a encontrar su mandatario y servidor en Francisco Franco. Porque es príncipe católico aquel que ha regulado la materia y la forma, la letra y el espíritu, el río y la tierra en el sentimiento de la doctrina de la Iglesia. Y a ese servicio a la verdad, a esa verdad que no se resume sólo en razones secas, ha dedicado Francisco Franco la voluntad, que es manera de hacer, y la inteligencia, que es manera de entender y alumbrar.

Por eso, a la hora amarga de las vacas flacas, a la hora en que todo el mundo encontraba, midiéndose por su propia falta de valor, el modo y el cálculo para salvar la balsa, era sólo Franco quien establecía con su pulso ingravido, con su manera de vivir un poco ya de cara al bronce de la resurrección, que no podían ser los cálculos los que nos devolvieron al universo de los protocolos y de los reconocimientos, sino el vivir y saber vivir aquella nuestra formal anticipación de veinte años. Y en sus hombros se quebrantaron las presiones que de todos los horizontes se le hicieran. Parecía que su vida, máscara simple para la carnadura y el paso de la sangre, se había sometido anticipadamente para la ascesis de saber que la verdad, como la paz, son jornadas de lucha y no de sueño.

De ahí que Franco haya visto volver a nues-

tros caminos, sin que su sonrisa aumentara ni disminuyera ese su pálido reflejo de siempre, a los que se marcharon porque tenían dieciocho años de retraso y han vuelto simplemente porque han envejecido. Y porque al envejecer han aprendido lo que aquellos muchachos españoles sabían ya por la sustancia misma de su espíritu. Que esa y no otra es, al fin y a la postre, esta singladura de una España que es, otra vez como siempre, costillar y pulso de las fronteras amenazadas.

Por eso, como llegaba la hora de la destrucción de las verdades que albergaba el esquema de una Cruzada, Franco, gobernante para el asombro, supo encontrar en Salamanca, en la Universidad que sabe que Gobierno es igual a medida, las palabras exactas. La separación entre la Iglesia y el Estado, vino a decir Franco, es contraria a la razón. Si la vida es sólo manera de servir esa otra verdad sobrenatural que es la permanencia en Dios, el Estado no puede sentirse al margen de esa contribución a los valores permanentes. Han separado la Iglesia del Estado, diríamos nosotros, los que han separado también al hombre de su espíritu. De ahí que en estos momentos de caos, cuando los hombres y los Gobiernos se hacen para un día, para una sola hora de placer o de fuerza, Francisco Franco pueda servir de «espejo de príncipes» a los que, sin más, buscan hoy no sólo aquí sino allá, en el crucero de todas las fronteras, la confluencia viva del gobernante cristiano. A su exacto paso de soldado que sabe arrodillarse.

EL ESPAÑOL

"ENOSIS", una palabra griega que se le atraganta a Inglaterra

Setenta y seis años de dominación inglesa han hecho de Chipre la isla más miserable del mundo

Si la O. N. U. no resuelve:
Desobediencia civil

Los niños chipriotas ignoran la historia de Grecia, pero conocen todas las glorias del Imperio británico

EN el mes de abril de este año, el mariscal Papagos, jefe del Gobierno griego, declaró que si Inglaterra no accedía a celebrar conversaciones bilaterales enderezadas a devolver Chipre a Grecia, esta nación presentaría el caso ante las Naciones Unidas. Inglaterra, no accedió. Grecia ha planteado su demanda. Y el asunto de Chipre ha sido incluido en el orden del día de la IX Asamblea General de la O. N. U.

Los argumentos del delegado heleno, Alexis Kyron, llevaban dentro una poderosa carga de lógica: «No creemos ni por un momento que el representante del Reino Unido adelante el argumento de que los chipriotas, muy educados, necesitan de un largo periodo de educación para poder autodeterminar su destino. Esto equivaldría a una ofensa contra el Reino Unido, bajo cuya dominación lleva Chipre setenta y seis años.»

Los argumentos del delegado británico Selwyn Lloyd fueron lamentablemente poco convincentes: La isla, nunca perteneció a Grecia, «salvo durante un corto periodo en el siglo IV antes de Jesucristo», y además de eso los 500.000 chipriotas que pueblan la isla incluyen una minoría de 100.000 turcos de raza y musulmanes de religión.

Dicho en otras palabras: 400.000 chipriotas pesan menos en el ánimo de los ingleses que 100.000 turcos. Si aquéllos desean que Inglaterra se marche, éstos desean que se quede, y de acuerdo con el demográfico principio del sufragio universal, 100.000 votos deben valer más que 400.000.

No obstante, Selwyn Lloyd fue lo suficientemente prudente para



Una mujer besa al jefe de los veinte oficiales griegos que donaron su sangre en el Pireo como símbolo de voluntad de lucha por Chipre, a su llegada a Atenas, tras recorrer 211 millas a pie

no «adelantar el argumento» de que los chipriotas no están lo suficientemente educados para regir sus propios destinos. Si lo hubiese hecho Alexis Kyron podría haberle preguntado qué hacían los ingleses cuando cuatro siglos antes de Cristo en Chipre florecía una de las más esplendorosas civilizaciones de la tierra. Selwyn Lloyd sólo habría podido responder: «Nos dedicábamos a correr detrás de ciertos animales prehistóricos con nuestras hachas de sílex.»

«PACTO ENTRE LADRONES»

En efecto, setenta y seis años llevan los ingleses instalados en esta isla dorada, de la espuma de cuyas aguas nació Venus Afrodita y donde Shakespeare situó el escenario de su sombrío «Otelo». Inglaterra puso el pie en Chipre en 1878 en virtud de lo que el propio Disraeli llamó «a thief's bargain» con el Sultán de Turquía. «Thief's bargain» significa literalmente «pacto entre ladrones». Expresión ésta muy semejante a la que empleó recientemente sir Charles Petrie para juzgar la acción del almirante Rooke al ocupar por su cuenta el Peñón de Gibraltar, aunque en nombre de la Reina Ana: «a piece of very sharp practice»; o sea: «Una manera de actuar muy desvergonzadamente.» Como puede verse, la historia de Inglaterra está llena de jerga pícaras. Conviene anotar que tanto Disraeli como sir Charles Petrie, son ingleses.

Chipre ha tenido, desde luego, una historia muy agitada. Está

situada en un lugar de tránsito en el Mediterráneo, en la ruta de los pueblos que unas veces progresaban hacia el Oeste y otras se replegaban hacia el Este. Fue colonizada por los arcadios, primero, y después por los jonios; fué escenario de batallas contra los persas; uno de sus reyes tomó parte en la guerra de Troya y en el decurso de la Historia pasaron por ella los romanos, los turcos, los venecianos, los cruzados y finalmente los ingleses. Paralelamente a la Historia pasó sobre la isla de Venus todo el mundo de la mitología clásica e incluso hay un Olimpo chipriota, en el que los dioses conviven con los gobernadores ingleses. Esta tierra fabulosa nos ha ofrecido el espectáculo único de levantar una fábrica de Coca-cola sobre el que fué solar de un templo de Apolo. Sencillamente fascinador, porque Chipre produce quizá los vinos más exquisitos del mundo, que fueron regalo del paladar de los emperadores romanos y bizantinos. La mitad de las borracheras que han pasado a la historia se «laboraron» con vino de Chipre, que hoy se vende en Inglaterra a 14 chelines la botella en virtud del Sistema Preferencial, inventado generosamente por los ingleses y que les permite beber un caldo que ordinariamente debía costarle, por lo menos una libra esterlina, la botella. Como compensación, los chipriotas beben Coca-cola.

Sin embargo, apresurémonos a decirlo, Chipre siempre ha sido griega; si los chipriotas llevan siglos sin vincularse a lo que con-

sideran como su madre patria, no ha sido, ciertamente, por culpa de ellos. De la misma manera que tampoco nosotros los españoles tenemos la culpa de que Gibraltar no sea nuestro. Es cuestión de más cañones o de menos cañones. Un pueblo que habla en griego, que piensa en griego, que reza en griego a un mismo Dios y que además desea unirse a Grecia, ofrece pocas dudas en cuanto a su filiación, por muchas vueltas que le den los ingleses. En todo caso, lo que nunca ha sido Chipre es inglesa, y los propios ingleses lo han reconocido de buena gana en cuanta ocasión se ha presentado. Sólo que esos ingleses honestos eran arqueólogos, historiadores — como Toynbee, por ejemplo— y en general hombres versados en historia y geografía de Grecia. En cambio, los políticos—el último Selwyn Lloyd—se obstinan en no ver estas realidades en cuanto van contra los intereses imperiales británicos.

CUESTION DE CANONES

El «thief's bargain» o pacto entre ladrones se consumó en 1878 como queda dicho. Eu Sultán de Turquía permitió entonces que Inglaterra izase la Unión Jack sobre la isla. Pasaron los años, y en la primera guerra mundial Turquía luchó al lado de Alemania. Naturalmente, al ser derrotados los Imperios Centrales y su aliado el Sultán, Inglaterra se quedó definitivamente con Chipre, y en 1925 pasó a formar parte de la Corona. En aquella ocasión les importó a los ingleses un rábano el que hubiera en la isla 80.000 turcos de religión musulmana. Esa preocupación les acomete ahora, cuando se trata de poner a esos turcos bajo la bandera blanquiazul helénica.

Los chipriotas tuvieron que aceptar el hecho consumado porque Inglaterra tenía poderosos argumentos a su favor: Los cañones de la Home Fleet, por ejemplo. Pero antes y después de pasar a depender de la Corona la palabra «Enosis» estaba en todas las bocas. «Enosis» quiere decir Unión. Unión con Grecia. Es ésta una de las palabras que más fastidiosamente suena en el ministerio de Colonias británico. Es también la primera palabra griega que aprenden los gobernadores ingleses que llegan a la isla con aire de virreyes desterrados. «Enosis» es una palabra más fuerte que Anschluss, pero en definitiva vienen a decir lo mismo, en el vocabulario de la política internacional.

Los chipriotas la pronunciaron con especial violencia en 1931, año en que se registró la primera revuelta seria contra la dominación británica. Fué quemado el edificio del gobernador, un sátrapa implacable, y tres obispos fueron desterrados a perpetuidad. Han sido los sacerdotes y los obispos de la Iglesia ortodoxa griega los que tradicionalmente han capitaneado el movimiento «Enosis», desde los tiempos de la dominación turca. Hoy es el arzobispo de Nicosia, Makarios, el que dirige este impetuoso



Aspecto de la plaza de la Constitución de Atenas durante la gigantesca manifestación patriótica en protesta de la retención británica de la isla de Chipre

movimiento patriótico, lo cual no impide que los ingleses atribuyan a los comunistas—que son unos 200—el manejo de todos los hilos de la sedición. En cambio, se oculta que Chipre disfruta de uno de los niveles de vida más bajos del mundo, cosa que explicaría no la existencia de 200 comunistas en la isla, sino de 200.000. Pero de esto ya hablaremos más adelante.

Al principio, Inglaterra testó a los chipriotas diciéndoles que poco a poco, progresivamente, irían alcanzando su derecho a la «autodeterminación». Los chipriotas en seguida descubrieron este viejo truco. Los progresos hacia la autodeterminación consisten en cada veinte años aumentar en uno el número de representantes del pueblo colonizado, en el Consejo Legislativo. Cada vez que ocurre esto, la Prensa inglesa canta el panegírico del sistema colonial británico. Así, los chipriotas pasaron, con los años, de tener nueve representantes en el Consejo Legislativo, a tener doce. Para que este importante progreso no fuese demasiado precipitado, los nueve representantes angloturcos pasaron también a ser doce. Resultado: En cincuenta años, este Consejo Legislativo sólo rechazó una ley, una sola, que «coincidió» con la insurrección de 1931.

Decíamos que los chipriotas

pronto descubrieron el truco. Hicieron sus cuentas y calcularon que para el año 2.000 todavía Inglaterra seguiría vigilando paternalmente sus progresos hacia la autodeterminación. Y renunciaron a este privilegio. Las palabras del delegado griego en la O. N. U., no exentas de mordacidad, atrajeron a los ingleses con sus propios argumentos. Si en setenta y seis años los «educadores» británicos no han sacado de su «ignorancia» a los discípulos chipriotas, hay que comenzar a dudar de la eficacia del sistema pedagógico en vigor y de la capacidad de los «maestros».

PROMESAS INGLESA

Después vinieron las promesas; grandes y solemnes promesas, hechas en momentos críticos y que después mueren en el mar de la amnesia británica. Así, en 1915, sir Edward Grey prometió a Grecia la entrega de Chipre a cambio de que aquella entrase en la guerra al lado de los aliados. Grecia entró en la guerra; pero la promesa no se cumplió. ¿No les recuerda a ustedes este «episodio» las promesas que nos hizo Inglaterra de devolvernos Gibraltar si permanecíamos neutrales en la pasada contienda? Sí, es la misma historia. Más tarde, en 1919, Venizelos recibió en París garantías de que el asunto de Chipre se arreglaría favorable-

mente para Grecia. Otra promesa que se llevó el viento...

Vino la segunda guerra mundial. El Ejército griego dejó al mundo entero estupefacto parándole los pies a las legiones italianas. Tuvo que intervenir Alemania para doblar a aquellos soldados helenos que mandaba el mariscal Papagos. Y la Prensa inglesa sacó su lira heroica para cantar en todos los metros el amor de Grecia a la libertad. La recompensa a tanta lealtad y sacrificio no podía ser otra que el devolver Chipre a los griegos.

En Nueva York, en 1946, con ocasión de reunirse la O. N. U., el entonces titular del Foreign Office, Ernest Bevin, declaró: «Estoy absolutamente en favor de la unión de Chipre con Grecia». Cuando pronunció estas palabras, estaba presente Tsaldaris.

Esto fué en 1946. En 1954 la misma O. N. U. —¿quién lo diría!— tiene que ocuparse del caso de Chipre, porque los compatriotas del fallecido mister Bevin se niegan a cumplir sus promesas, prefiriendo el «thief's bargain» al «gentlemen agreement» (acuerdo entre caballeros).

LAS FACTURAS DE SELWYN LLOYD

A fuerza de apurar la imaginación, Inglaterra ha encontrado varios argumentos para seguir en Chipre: a) La «Enosis» provocaría una crisis en las relaciones anglo-turcas; b) En Chipre viven 100.000 turcos musulmanes, cuyos intereses hay que proteger; c) Esa isla es en la actualidad de gran valor estratégico.

A estos tres argumentos contestan los griegos con una lógica de apisonadora: Grecia combatió al lado de Inglaterra en las dos últimas guerras mundiales. Turquía fué aliada de Alemania en la primera y neutral en la segunda. ¿Es esto lo que podemos esperar de nuestra querida aliada?

Los intereses de 100.000 turcos son muy respetables. Pero, ¿cáscaso no lo son los intereses de cuatro veces más griegos?

Finalmente: De acuerdo en que Chipre tiene un gran valor estratégico. Pero, ¿no nos hemos cansado de repetir a los ingleses que les permitiríamos instalar en la isla todas las bases aéreas y navales que deseen? ¿Es que nuestra lealtad a Inglaterra en dos guerras mundiales no garantizan suficientemente nuestra adhesión a la misma causa que ella defiende?

El lector se hará cargo de las torturas cerebrales que habrá padecido Selwyn Lloyd en Nueva York para esquivar estos mazazos del sentido común.

«PROSPERITY» (?)

Hay otro argumento inglés: la prosperidad de Chipre. Londres sostiene que los chipriotas viven mejor bajo la dominación inglesa de lo que vivirían después de la Enosis.

Un escritor inglés, Thomas Anthem, ha escrito en un folleto titulado «Enosis»: «Chipre tiene hoy unos salarios y un nivel de vida que figuran entre los más bajos del mundo». ¡Diablo con la «prosperity»!

El balance económico de los setenta y seis años de «protección»

británica en la isla es para cortar la respiración a cualquiera. En el citado folleto de Thomas Anthem (no se olvide que es inglés) se dan unas cifras sorprendentes.

En primer lugar, Chipre no tiene ferrocarriles. Para trasladarse de una a otra localidad, hay que tomar un autobús y siempre, según el autor británico, encontrar un autobús en Chipre es tan difícil como encontrar un camello en Londres. El señor Anthem dice que recorrió la isla de punta a punta, y en que todo el trayecto sólo consiguió ver dos tractores.

Las casas se alumbran con keroseno.

En 1946, el Gobierno británico lanzó un programa para Chipre de siete millones de libras esterlinas. Pero en un campamento militar construido cerca de Dekhelia invirtió diez millones de libras: tres millones más.

La mayor parte de la población chipriota vive de la agricultura. Sin embargo, la suma dedicada al fomento agrícola, según un plan de diez años, es de 100.000 libras esterlinas anuales, siendo los ingresos del Gobierno local de 9.578.440 libras (para 1953), y los gastos de 8.696.536 libras, con un superávit presupuestario de 881.911 libras.

Desde 1896 los principales productos agrícolas de la isla han descendido en las cifras de producción.

El 38,5 por 100 de las viviendas de las ciudades, sólo tienen una habitación. Cerca de 3.000 de estas viviendas amontonan a siete personas (en cada habitación) y únicamente el 18,1 por 100 disponen de agua corriente.

Las minas están explotadas por ingleses. Sus propietarios pagaron en concepto de salarios en 1951, 1.120.000 libras. El valor del mineral extraído se calculó en 8.000.000 de libras. Lo que se dice una explotación en regla.

Los salarios son tres veces inferiores, en general, a los ingleses. Pero los precios son sensiblemente iguales a los que imperan en Inglaterra...

Los superávits presupuestarios que constituyen un saneadísimo capital, son «exportados» a Inglaterra, sin que los chipriotas vean de ellos una libra. A no ser que pidan un empréstito, cosa que hace el Gobierno de Su Majestad cobrando un interés de un 5,5 por 100.

Consecuencia: los chipriotas se mueren de hambre o emigran. En 1951 más de 2.600 se fueron a Australia y a otros países.

Lo que se dice «prosperity».

EDUCACION (?)

Otro aspecto de la colonización británica: la educación de la infancia. Muy curioso es lo que ocurre aquí.

Los niños chipriotas no conocen la historia de su país, que es la más bella y fascinadora de todas las historias de los pueblos. Los maestros —ingleses—, sólo les enseñan la historia de Inglaterra, las glorias del Imperio. Nada de Jencfonte y mucho de Gibbons; nada de Alejandro Magno y mucho de Nelson. Y en literatura, lo mismo; todo el Shakespeare que se quiera, pero nada de Esquilo o de Sófocles.

Gracias a este sistema de educación, verdaderamente filisteo,

esos niños chipriotas saben que pertenecen «al más glorioso Imperio de la historia», e ignoran que sus antepasados fueron los creadores de una de las más brillantes culturas de la humanidad, cuando todavía Inglaterra estaba poblada por trogloditas.

De esta forma se evita que los escolares chipriotas se sientan demasiado orgullosos de su estirpe y de su fabulosa herencia.

Por si el lector, ante semejante barbaridad, sospecha que nos hemos inventado esta ídem, le remitimos a la página 16 del folleto de Thomas Anthem. Reconocemos que cuesta trabajo creerlo.

EL «CADILLAC» DE MAKARIOS

En cuanto al trato que Inglaterra dispensa a los chipriotas, nos bastaremos con una anécdota.

El año pasado, el arzobispo Makarios estuvo en los Estados Unidos. Un emigrado chipriota de New Jersey, Mr. Teodoro Lappas, le regaló un magnífico «Cadillac», de 6.500 dólares, que fué embarcado para Limasol (Chipre). Al llegar aquí, los aduaneros ingleses contra toda ley y toda razón, se incautaron del automóvil, depositándole en un almacén de la Aduana, donde permanecerá hasta que se desmorone pieza a pieza. A guisa de «Compensación», el legítimo propietario del «Cadillac», monseñor Makarios, tiene que pagar un chelín a la semana en concepto de almacenamiento!

DESOBEDIENCIA CIVIL

Bien. El asunto de Chipre ya está en el orden del día de la O. N. U. Lo que pueda resolver la O. N. U. es cosa que ni siquiera podemos imaginárnosla. Una votación adversa a Inglaterra produciría probablemente los mismos resultados que una votación favorable. Si juzgamos por las palabras de Selwyn Lloyd, todo parece indicar que Inglaterra no está resuelta, de ninguna de las maneras, a arriar su bandera en la isla.

¿Qué vendrá después? El arzobispo Makario, líder de la Enosis, tiene su arma secreta: la desobediencia civil y la negativa de los chipriotas a pagar impuestos.

Es un arma que conocen muy bien los ingleses, porque cuando consiguieron los hindúes arrojables de la India. La peor de las armas, porque nunca da pretexto para una de esas represiones cruentas que antaño organizaban los gobernadores británicos en sus colonias.

Sea como quiera, al final Inglaterra tendrá que marcharse de Chipre y de todas partes; es el signo de los tiempos, inexorable y en una sola dirección. A los ingleses sólo les queda la opción de irse por las buenas o irse por las malas, dejando detrás a un amigo o a un enemigo. Como sienten una morbosa inclinación a dejar detrás enemigos, quiere decirse que se irán por las malas. En la India les venció Gandhi, un santón ensabanado y en Chipre les vencerá un arzobispo ortodoxo. «Sic transit gloria... Britannia.»

M. BLANCO TOBIO

Frajes para **CABALLERO**



Confeccionados con arreglo a la más depurada artesanía y manteniendo en todos los modelos líneas y estilos de gran elegancia, presentamos desde hoy las colecciones de otoño

775 ptas.

850 ptas.

950 ptas.

1.200 ptas.

EN FRANELAS, CHEVIOTS,
MELTONS, ESTAMBRES IN-
GLESADOS... CON LOS DIBU-
JOS MAS ACTUALES

PLANTA TERCERA

El Corte Inglés



García Sanchiz cuenta cómo adquirió esta cayada de pastor en Delfos, junto a la fuente Castalia. Es el mismo báculo de la Grecia clásica, todavía en uso al pie del Parnaso

Las «Charlas en la Plaza Mayor» de las dos Castillas no han quedado recluidas a pesar de su modestia inicial, entre los soportales de Villalpando, El Toboso y Madrigal de las Altas Torres. Porque en lo humano, por humano, hay unos valores y dimensiones sólo mensurables por el espíritu. Y tales valores no respetan ni la distancia ni el tiempo. Naturalmente, el contenido de los monólogos en las tres villas castellanas habría de volatizarse, chocar y despegarse de aquellos muros cargados de evocación, y difundirse hasta ser captado por los que físicamente estábamos lejos.

Al introducir su fascinante palabra en los tres símbolos hispanos, García Sanchiz partió con España entera de alma a alma. Porque, ¿qué significan si no la «mostolada» católica de Villalpando adelantándose, la primera y con varios siglos de antelación, a la definición oficial del dogma de la Inmaculada, y la cuna de Isabel la Católica, y la sede del mito alucinante de Don Quijote?

Humildes y silenciosas, las tres villas entrañan el catolicismo, la plenitud nacional y el idealismo andariego del pueblo español. Cada una de ellas guarda un elemento esencial del concepto de lo español.

Y García Sanchiz, pregonero de España, llegó a ellas, cami-



Madrigal de las Altas Torres, El Toboso, Villalpando..., en todas partes escuchaban con la encantada atención que este grupo de viejos, prendidos en la palabra de Federico García Sanchiz

nante del siglo XX, para entablar diálogo en voz alta.

Por ello aceleré mi propósito de charlar con el charlista. Por ello y para curiosear un poco alrededor de esta faceta singular de su personalidad. Analizarla, si fuera posible. Me parece tan singular, que no conozco otro en el género ni dentro ni fuera de España.

En la misma mañana en que el otoño hacía el relevo al verano, fué nuestro primer saludo, nuestra primera vinculación personal, muy efímera por sólo tener carácter periodístico.

Como charlista por naturaleza y gracia, no dejó de hablar desde el momento de mi autopresentación. Me relató orígenes y autores de un sinfín de esculturas, cuadros y otros recuerdos que llenaban la sala de nuestro primer encuentro. Luego me condujo por un pasillo atestado de más cuadros y recuerdos.

“NO ME CUESTA E
MENOR TRABAJO
HABLAR”, nos dice
Federico García Sanchiz

Sus “Charlas en la Plaza Mayor” de las dos Castillas le han hecho sentirse hombre del siglo XVII

“Quiero parecerme a San Vicente Ferrer aquel hombre de las multitudes...”



—Un recuerdo de Entreviñas, provincia de Zamora — reveló mientras lo contemplaba.

«VEO EL TORO Y VEO INMEDIATAMENTE SU LIDIA»

Tantas cosas me parecían testimonios de mucho andar, y el andar cansa y requiere tiempo. Y le pregunté, casi sin querer, por la edad.

—Pues una edad en que no siento las impaciencias juveniles ni tengo las reservas seniles.

—Con esa medida subjetiva de los años veo que usted se resiste a salir de la actualidad. Pero ¿no siente cansancio?

—No.

—¿Y nota que todo marcha bien, que nada le falla?

—Todas las facultades me responden. No me falla ni una en las dos horas que suele durar una charla.

—¿No advierte ni el más ligero entorpecimiento?

—No me cuesta el menor trabajo hablar. Apenas me planteo un tema, en seguida lo veo ordenado. Veo el toro y veo inmediatamente su lidia. Ahí estriba precisamente mi confianza en que aún puedo. Por ello me guío.

—Ni soy médico ni pretendo hacerle un examen psíquico. Tan sólo quiero dar a conocer sus posibilidades futuras. Pero acaba usted de darme pie para otra pregunta: ¿Improvisa o sale al público con algún pequeño viático mental? Tal vez ahí radique uno de los secretos de las charlas.

—Nunca improviso, aunque podría. Y no improviso porque no me gusta. Además, la experiencia me ha llevado a una conclusión: no hay cosa mejor que rumiarse el tema y luego usar las palabras que da el momento.

EL SECRETO DE LA CHARLA: CORDIALIDAD, ARTE Y TENER UN OBJETIVO POR DELANTE

—Habrá que ir entonces a otra cosa en busca del secreto de la charla, al sector subjetivo. ¿Qué cualidades ha de reunir quien quiera ser charlista?

—Cordialidad, arte y tener un objetivo por delante. Hay que ser hombre efusivo. Hace falta una inclinación al proselitismo, una especie de unión de apostolado.

—¿Y objetivamente? La charla en sí.

—Claridad. El más grande error es llevar cosas complejas a la palabra hablada. Podría darle una fórmula al modo andaluz: tem- plar y ligar. Y dentro de una

Gestos y actitudes de don Federico ante el periodista

gran variedad, que no esté ausente la amenidad y también la honradez.

—En su enumeración de las cualidades subjetivas del charlista me parece que hay mucha generalización. Lo mejor sería que, si le parece bien, nos revele su secreto. Como hay pocos charlistas en el mundo, hacemos en usted la máxima encuesta.

—Estoy solo. No hay otro charlista. Mi secreto es: hay quien habla mejor que yo; quien, peor; pero nadie como yo. Prescindo inexorablemente de la retórica. Veo unas charlas como color: otras, como música. Tengo algo de pintor levantino y también de señor mediterráneo que se pasa el tiempo hablando y comiendo pescado. Y por mediterráneo, me empuja un espíritu andariego, heredado del abuelo Ulises. Por último, dicción, dicción y dicción.

—Usa una técnica peculiarísima, difícil de encajar en normas. Por tanto, ¿el charlista nace o se hace?

—Nace. Jamás he hecho ejercicios de adiestramiento. Nada de vocalización me ha entretenido tiempo. Pongo en funcionamiento las dotes dadas por Dios.

«SOY AUTOR, COMPAÑIA Y ESCENOGRAFO»

—Para tener una visión completa de su secreto me falta conocer esas dotes en acción.

—Soy teatro. Quiero decir que soy autor, compañía y escenógrafo. Yo mismo me encargo de indicar el lugar y ambiente de mis charlas.

A partir de este momento, García Sanchiz adoptó una postura de charlista algo así como de hipnotizador; pero hipnotizador de masas. Miró fijamente a un rincón. Luego dió tres o cuatro pasos. Se detuvo ante un montón de objetos. Entresacó un largo bastón, muy alto y fino, cuya parte superior, en vez de ser semicircular, tenía forma de la letra «ese».

—Es un bastón de pastor griego, traído de las cercanías de la fuente de Castalia.

Ayudado en el bastón, como un obispo en su báculo, me invitó a dar una vuelta alrededor de su

sala de trabajo. Le seguí, acordándome de su alusión al abuelo Ulises. Y vi un autógrafo del Cardenal Cisneros, cuyo marco estaba orlado con cordón franciscano. Más arriba, un Cristo bizantino. Y más todavía, un cuadro de San Vicente Ferrer, a quien García Sanchiz considera su maestro. Luego, tres cuadros de Sorolla y uno de Gonzalo Bilbao; un panderero de narrador de cuentos, que tiene en gran estima; un saludo del Sultán Azul, bien enmarcado; otro cuadro de Gibraltar; una reproducción, en gran tamaño y bien tallada, del fanal de la galera de Don Juan de Austria en Lepanto; un plano del teatro Odeón, de Buenos Aires, pero dedicado.

—Me lo dedicó el empresario como testimonio y prueba del mayor abono en dicho local, conseguido precisamente con unas charlas mías.

Pasamos luego ante un título de doctor «honoris causa» de la Universidad de Manila. Nos paramos ante un extenso paño chino, de siete siglos de existencia, traído de Shangai; aquellos signos sobre fondo negro me parecieron bacilos de gran tamaño. No comprendo lo chino. Al lado del paño chino, pero más oculto, un trozo de pináculo de la catedral de Oviedo testimonio del martirio de aquella noble capital asturiana. Y luego, pendiente de un alto cofre, un gran cartel con esta cabecera: «El Toboso».

—Es el cartel anunciador de mi charla en su Plaza Mayor. Pero, señámonos.

Y nos sentamos en torno de



Aquí le vemos contemplando el cartel anunciador de su charla de El Toboso

una mesa cuadrangular, situada junto a un balcón. García Sanchiz se hundió en un amplio butacón. Siendo así imposible que pudiera apoyarse en la mesa que, por su cuenta estaba tan atiborrada de objetos, que na había cien centímetros cuadrados libres, semejando un mapa en relieve, me vi forzado a preguntar cómo y dónde trabajaba.

—Aquí, en el sillón. Con una carpeta de cuero colocada sobre las rodillas.

«VIVO LAS IDEAS, NO LAS ESCRIBO»

De García Sanchiz veía poco más de la cara; de su cara, limitada al Norte por una masa de pelos, lisos y con ligero desprendimiento hacia la derecha, y al Sur, por su característico prognatismo y un grueso cuello. Y escondidos, entre una y otros, un par de ojos que me miraban fijamente, como un mago. Este ligero retrato no supone que hubiera habido silencio. García Sanchiz soltaba borbobtones de palabras.

—¿Qué le movió a dar esas charlas en las tres villas simbólicas de España?

—Que sigo haciendo fantasías. No quiero las ideas para escribirlas, sino para vivirlas. Y no paro, ni pararé, mientras pueda.

—Habría para ello una causa ocasional...

—¿Le parece poco el valor del gesto de Villalpando en pro del dogma de la Inmaculada Concepción, cuyo primer centenario vamos a conmemorar? Por otro lado, parece que hay una corriente muy difusa de que los españoles conozcamos España.

—Desde el punto de vista de su fantasía, ¿qué tal resultaron las tres charlas?

—Logré vivir lo que apetecía. Me sentí hombre del siglo XVI. Contemplé y dialogué con aquellos hombres recios de Castilla. Vi acudir de las vecinas villas hombres y mujeres en carros, bicicletas, caballerías y andando. ¡Qué cuadros plásticos! ¡Qué rostros! ¡Cuántas obras pictóricas inmortales me hicieron evocar! En Madrigal de las Altas Torres, cuya iglesia fué incapaz de contener tanto gentío, entre el que

había muchos extranjeros, se me presentaron cuarenta alcaldes.

—¿Y qué captó usted de aquellos hombres?

—Un friso de seriedad, raíz de Castilla. Carácter y sensibilidad, que los tienen en veta oculta.

—Y por los efectos, ¿qué impresión tiene?

—A todos parecieron cortas mis charlas. Y, además, estas tres charlas y la que di sobre Gibraltar son las únicas que no me han proporcionado anónimos insultantes. En las demás si no insultos, por lo menos silencios significativos.

LA REPOSTERIA REFLEJA EL CARACTER

—Puesto que usted ha saltado en poco tiempo por tres regiones naturales de Castilla bien diversas, habrá podido observar los matices diferenciales de sus habitantes...

—He podido observar entre los hombres de las tres villas la misma proporción que entre sus reposteries. En El Toboso predominan como características las «Pilusas», una especie de polvorones con limón; en Villalpando, los «Feos», duros y fuertes, y en Madrigal de las Altas Torres, dulcería varia. Esas mismas diferencias se dan en los caracteres personales: en El Toboso, carácter dulce, Dulcinea; en Villalpando, firme y recio, y en Madrigal de las Altas Torres queda el aire de la Corte que fué. Son matices que va uno oliéndolos al paso, no hace falta escudriñar mucho. En el tránsito de Avila a Toledo la gente pasa a ser más pequeñita.

García Sanchiz hablaba apretando la boca, gesticulaba y a veces movía la mano, como queriendo rebanar el sustrato de los pueblos por él recorridos. Entraba en juego su poder fascinante y usaba el joyero de sus palabras. Pero el tiempo, el mio, era corto bien a mi pesar.

—Aludió usted antes al valor instrumental de sus charlas para lograr un mayor y mejor conocimiento de España por los españoles, ¿no es así?

—Cierto.

—¿Por qué?

—Porque la gente lee poco, y la mayor parte de las veces no comprende lo que lee. En la

charla se da todo digerido, amenzado, adaptado a las mentes receptoras.

—Entonces cabe concluir que las charlas pueden constituir, además, un medio eficaz para la formación y educación popular.

—Así es. Pero yo soy un salto de agua que nadie ha sabido o querido aprovechar.

O por lo menos una presa con muchas palabras-hora de capacidad. Arrastrado por su impetuosa verbosidad, se lanza a románticas aventuras, como estas últimas de las tres villas castellanas. Pero le cabe después rearse en su obra: «Nunca he hecho algo tan fino y bonito como lo de Madrigal de las Altas Torres», me dijo. «Lo atribuyo a mi madurez, conservadas las facultades.» Y a continuación me enseñó, con entusiasmo infantil, fotos y fotos de los oyentes; pero fotos en que sólo se procura recoger matices de gesto.

—Ahora preparo unos cristmas cuyos temas son los distintos oyentes de charlas fuera de los teatros.

Y desfilaron ante mis ojos más y más fotografías, arquetipos de los futuros cristmas. Hombres y mujeres de los más diversos indumentos y expresión en actitud de oyentes, serán este año portadores del mensaje pascual de felicitación.

TREINTA AÑOS HABLANDO

—Usted no ha querido o no ha tenido tiempo de recoger en libros sus charlas. De haber pasado sus millones de palabras por la imprenta, ¿cuántos libros tendríamos a la vista?

—Es cuestión de cálculos. Llevo treinta años hablando. Cada año estreno diez o quince charlas, de dos horas y media de duración cada una. Sobre decir que, además de éstas, cada año repito el tema de algunas.

—Por los temas escogidos, por la ambientación y por su expresión, me resulta usted un verdadero periodista oral.

—Tengo el carnet, gentilmente concedido. Y luego, unánimemente concedido el ingreso en la Asociación de la Prensa de Madrid.

—Puesto que el número de charlistas no pasa de la unidad, usted mismo se habrá escogido Patrono y maestro...

—San Vicente Ferrer, aquel hombre de las multitudes. A él quiero parecerme. Busco, como él, la sencillez y la anécdota. Pero en San Vicente la persona y la palabra estaban vivificadas y enaltecidas por la santidad.

—¿Por qué escribe tan poco?

—Ya le dije que prefiero vivir a escribir mis sueños.

—¿Cobra mucho por sus charlas?

—Estas tres últimas han sido una aventura romántica.

42.000 DUROS POR UNA CHARLA

Aproveché un descanso de su locución para ponernos en Amé-

Angulo del estudio de García Sanchiz. En primer término, el busto de su hijo, muerto en el «Balears»



rica, el continente donde tiene tanta repercusión la palabra de García Sanchiz. Me parece que América es su debilidad.

—¿Hay por allá mucha afición a las charlas?

—La afición la creé yo. Hoy le puedo asegurar que tienen mucha aceptación. Aquel cuadro—me dijo señalando uno que colgaba de la pared—es el plano del Odeón, de Buenos Aires, que testimonia haber conseguido unas charlas más el mayor abono en el local.

—¿Y qué temas suele explicar?

—España. He viajado mucho. He difundido mucho temas españoles. He traído a España muchas novedades. Y no he costado ni un céntimo a España.

—¿Alguna charla significativa por algún motivo?

—En Caracas se recaudaron en una cuarenta y dos mil duros, que entregué a beneficio de unos damnificados por inundaciones. En aquellos momentos no tenía yo ni un céntimo, porque había perdido el dinero, que luego apareció. Me ofrecí para charlar, en vista de que todas las colonias extranjeras habían hecho donativos y la española andaba indecisa y en desacuerdo. En Lima, una charla en que se recaudaron catorce mil cuatrocientos soles, me sirvió para sacarme la espina de mi primera actuación en aquella capital peruana, que tuvo poco éxito. Como el escaso éxito de mi primer viaje a Lima fué ayudado económicamente por las autoridades de allí, dispuse que mi segunda intervención fuese a beneficio de la Basílica de Santa Rosa.

—¿Y en la radio?

—He llegado a cobrar quince mil pesos «nacionales» por una charla radiofónica.

«SE ME ESCAPO ESE TORITO...»

—Don Federico, no creo muy oportuno seguir hurgando por ese lado económico de la cuestión por temor a poner de manifiesto un posible líquido imponible. Así que si le parece bien, volvamos a España, donde hay mucho que hacer. Y concretamente, ¿qué le agradaría hacer?

—Antes quiero aclararle algo: No hay miedo al líquido imponible. En España gana dinero, pero no entra en casa. Casi todas mis charlas suelen ser a beneficio de alguien o de algo. Al segundo he de contestarle que me gustaría dar una charla general sobre toda España. Luego, una serie de charlas locales sobre cosas propias de cada una y al



Don Federico explica con buen humor a Jiménez Sutil uno de los innumerables documentos raros de su colección

mismo tiempo dar a conocer las demás.

—Hay tema sobrado.

—Y mucho que se estropea. A este propósito me refiero particularmente al centenario de Pedro Romero. La conferencia fué encomendada a Alfredo Corrochano, magnífico crítico taurino. Pero el tema se salía de los estrechos límites de una crítica especializada. Pedro Romero fué pintado por Goya y cantado por Moratín. Hacía falta ambientación: la serrería la plaza de toros de Ronda, que es la más bonita del mundo. Es una época de España. En fin, ese torito se me ha ido, y lo siento.

La hora exacta señalada para el cumplimiento de ciertas prescripciones facultativas nos hizo levantar, aunque continuó la charla particular. Charlando, charlando nos separamos de la mesa, atravesamos la sala de trabajo y luego el pasillo. Y charlando abrió la puerta don Federico.

Pero antes de abandonar la casa vi en un amplio salón la efigie de Luis Felipe, su único hijo, muerto gloriosamente en el crucero «Baleares».

JIMENEZ SUTIL



Una fricción diaria
CON
Diploma

ES SUFICIENTE

PARA EVITAR LA CAIDA DEL CABELLO, ELIMINAR LAS MANIFESTACIONES SEBORREICAS Y REGENERAR LAS ZONAS CALVAS



LA VICTORIA DE LA CIENCIA ALEMANA SOBRE LA CALVICIE

EFICACIA
EXTRAORDINARIA

POEMAS PARA ADRIANA

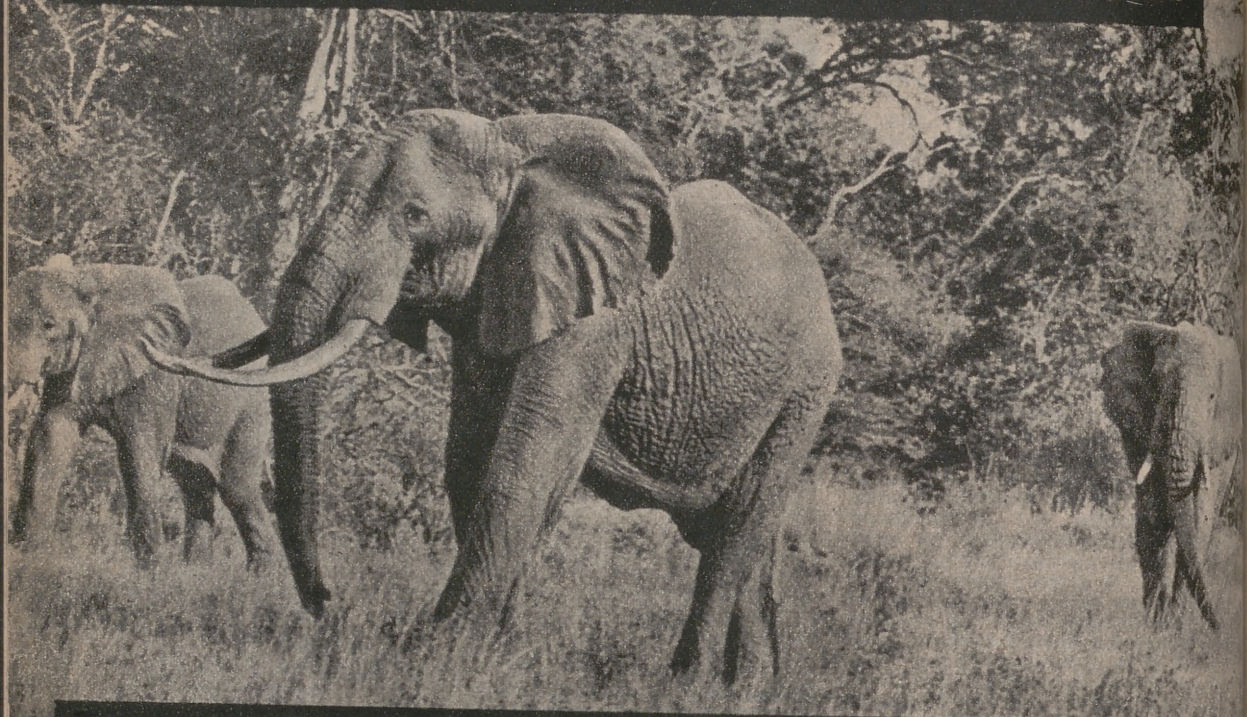
de María del Carmen Méndez,

se ofrecen a los lectores de

“POESIA ESPAÑOLA”

en el número 32 de esta interesante revista

LA EXPEDICION "ISABELA" EN EL AFRICA NEGRA



UN DIA DE CAZA A TRAVES DE LA JUNGLA. - ENCUENTRO
CON NUEVE ELEFANTES. - FUEGO A LOS BUFALOS

ELENA, LA UNICA ESPAÑOLA EN BENGUI.-CRISIS ECONOMICA

Una ciudad moderna adonde bajan los leopardos

CONTINUAMOS nuestra marcha en la expedición «Isabela». Hemos dejado atrás las espesas y pobladas selvas del Africa negra en las inmediaciones de Bertua. La etapa que tenemos que cubrir ahora es dura y peligrosa. Quizá el bosque se ha familiarizado demasiado con nosotros y no se resigne a abandonarnos. Recorrer kilómetros y kilómetros encerrados en una «rubia», sin más horizonte que troncos y ramajes de árboles, es como caminar con los ojos vendados. Donde menos se piensa, salta el león, o el búfalo o el leopardo.

La meta de este recorrido está en la inmensa y rica colonia belga del Congo. La expedición de los cazadores holandeses, con quienes tuvimos el acierto de tropezar en el camino, nos ayuda a convertir esta jornada en una de las más entretenidas, insospechadas y pintorescas. Los holandeses son hombres hospitalarios, de conversación amena, en un francés elegante y expresivo, y con quienes nos hemos compenetrado, como si nos conociésemos desde hace muchos años, de toda la vida. Los encontramos, mediada la etapa Buar-Manguí, cuando nuestras gargantas, casi asfixiadas por la sed, estaban tan resacas como las cantimploras que llevábamos al hombro.

Acampamos con ellos aquella noche.

Ofrecieron su tienda de campaña a doña Isabel, la esposa de don José, el subgobernador de la Guinea española, mientras ellos y nosotros nos envolvíamos en nuestros sacos de dormir, alrededor de la tienda.

UN DIA DE CAZA A TRAVES DE LA JUNGLA

El día siguiente, a las seis de la mañana, levantamos el campamento. Es la hora que se había prefijado la noche anterior. Los holandeses son cazadores empedernidos. También lo es don José, y esta mañana estará completamente dedicada a la caza. Nos acompañan dos cazadores negros que vienen en la expedición holandesa. Cantimploras, rifles, municiones, los bañadores en los macutos y nos ponemos en marcha. Algunos, como yo, vamos de simples espectadores. No hay rifles para todos. David carga con su cámara tomavistas.

El cocinero negro que llevan los holandeses nos prepara para el desayuno en ruta unas suculentas tortillas a la francesa, unos trozos de queso, que nos saben a gloria, y, en unos termos, una buena ración de café con leche.

Nosotros pensamos volver para comer en el campamento. La otra expedición prefiere quedarse hasta el día siguiente, pero en

honor a nosotros, que tenemos que proseguir por la tarde nuestra ruta, deciden acompañarnos.

A las siete y media de la mañana iniciamos la marcha, en dirección Este, hacia el interior.

El terreno es aquí plano, sin ondulaciones; parece como si el asfalto se metiese entre la selva, entre el bosque. Los árboles se van distanciando unos de otros para dejar paso a densos matorrales. La hierba se hace a veces alta, crece y tenemos que ir apartándola con las manos o cortándola con los machetes para poder seguir avanzando. En algunos recodos se nos pierde la mirada al cielo, siguiendo la línea de gigantescos cactus, que se pierden en lo alto.

Algunos de nosotros no llevamos intención de cazar. Nos gustaría, eso sí, ver a las fieras en su propia salsa y comprobar si es verdad aquello de que «no es tan fiero el león como lo pintan». Si aparecen las fieras, David, que siempre va preparado, podrá sacar buenas y vivas fotografías, hará rodar su cámara para el documental. Los holandeses han accedido a no tirar sobre la pieza que se presente hasta que el «cameraman» haya cumplido sus deseos.

Son las once y pico de la mañana. Estamos cansados del camino. Llevamos casi cuatro horas andando. A la sombra espaciosa



de un cacto pomposo nos arriamamos diez minutos para descansar un poco.

ENCUENTRO CON NUEVE ELEFANTES

—¿Han visto ustedes alguna vez un elefante? — nos pregunta un holandés con la mayor naturalidad del mundo.

—En el circo, alguna vez que otra—respondo yo, y que además no miento.

—¡Ah!, pues quizá no tardemos en topar con ellos. Presiento que no están lejos.

De verdad que los cazadores parecen que tienen un olfato especial.

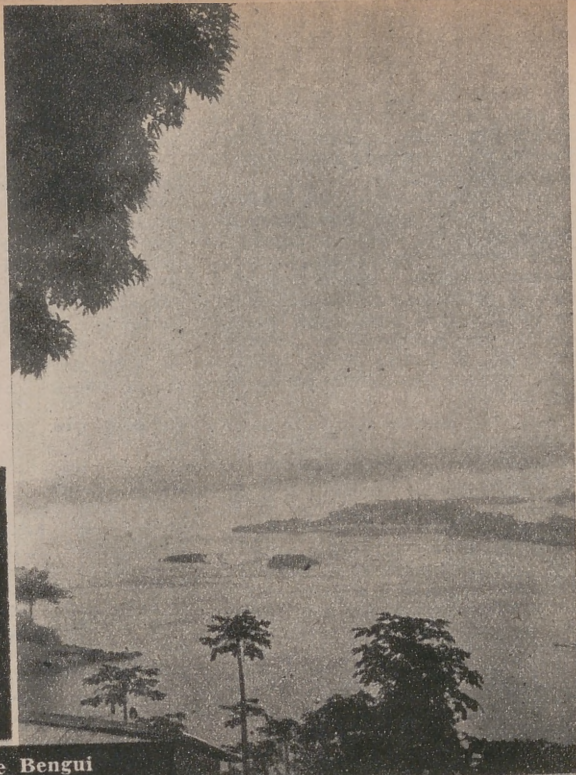
Cuando reanudamos la marcha, entramos en un terreno pantanoso. Se nos hunde el pie a cada paso.

Después de unos minutos de andar penosamente sobre este terreno blando, advertimos unas huellas recientes de león marcadas en el fango. Aun nos parece ver que se mueven a nuestro lado los juncos del camino. Los cazadores preparan sus rifles. Los negros se adelantan unos metros. Ellos conocen mejor las artimañas de estas fieras. Sin duda alguna, el animal, en este preciso momento, ha pasado a muy poca distancia de nosotros, pero no hemos podido verlo.

A las doce y media el terreno desciende bruscamente. Una vertiente escarpada nos lleva de boca al río.

A nuestra vista, y sin esperarlo, un espectáculo maravilloso. Para los que nunca nos habíamos adentrado en el corazón de la selva aquello nos daba la impresión de lo puramente desconocido. Yo me limpiaba una y otra vez los ojos con el pañuelo para convencerme que no estaba cómodamente sentado en un cine cualquiera de Bata, aunque fuese viendo una película de las de tres dimensiones. Unos en la orilla y otros bañándose en el río, a sólo veinticinco metros de nosotros, se encuentran nueve elefantes. Podemos contemplarlos a nuestro gusto y antojo. David hace rodar la cámara tomavistas. No se dispara sobre ellos. Son demasiados para hacer fuego. Los holandeses y los cazadores morenos, entendidos en el asunto, consideran que puede resultar muy peligroso. Nos conformamos sólo con verlos. Cuando transcu-

Miembros de la expedición «Isabela». De derecha a izquierda: David J. Nieves e a meraman; Manuel Dorrego, el autor del reportaje, y un moreno a compañante



Paisaje de Bengui

rren unos minutos, los enormes paquidermos adivierten nuestra presencia. Comienzan a moverse con cierta inquietud. Primero uno, después todos, clavan en nosotros sus descomunales ojos. Una mirada entre recelosa y atrevida.

Los expedicionarios, por precaución, seguimos conservando una posición alta y ventajosa, encima de un promontorio. Los rifles siguen con atención los movimientos de los nueve.

Majestuosamente, los monstruos, chapoteando en el agua, van saliendo del río y en fila india, con lentitud casi estudiada, se van alejando y perdiéndose en la pradera.

Al principio, nosotros, al menos yo, hemos sentido un miedo profundo. Sobre todo cuando nos miraban con aquellos ojos abiertos que parecían tragarnos. Después, al irse alejando, hemos recobrado una serenidad de vencedores sin combate. Es algo tremendo contemplar de cerca, a un tiro de piedra, a estos monstruos de inmensa mole, que andan despacio y con la cabeza gacha, como meditando en algo, que no sería precisamente una lección de zoología.

Es tremendo el espectáculo. Y más si es la primera vez. La jungla tiene para el hombre reservada esta tentación de lo maravilloso, de la emoción profunda, que si a veces cuesta tan barato como el pequeño sacrificio de unos kilómetros, otras se paga con la vida misma.

El río se ha ido quedando desierto. Cuando nos cercioramos que los elefantes se han alejado lo suficiente, mientras en la orilla se apostan los morenos, cazadores profesionales, nosotros nos chapuzamos en el agua. Hace un

sol abrasador, el sol del trópico, y el baño se hace indispensable.

FUEGO A LOS BUFALOS

El agua fresca del río y un descanso reparador nos sirven para recuperar fuerzas. Este río, en puntos muy cercanos a la orilla, alcanza una profundidad insospechada. Nosotros somos buenos nadadores.

Después del baño hacemos viaje de vuelta. El caminar nos ha despertado un hambre feroz. Hay que volver al campamento. Allí nos espera el cocinero negro y una buena comida. Este negro cocina como el mejor cocinero del más elegante restaurante de París.

La vuelta la hacemos sobre nuestros mismos pasos. Un terreno flojo, movedizo y pantanoso. A veces tenemos que virar un poco a la derecha para salvar el fango y los mosquitos.

Llevamos aproximadamente una hora de camino hacia el campamento. Ahora, el regreso se hace más pesado. Doña Isabel comenta animada su primera impresión ante los elefantes. A los holandeses, ya acostumbrados a estas aventuras, parece que la inesperada visita de los paquidermos

David impresionando unos metros de película



no les ha conmovido mucho. Don Alvaro Miralles confiesa que su sensación al ver aquellos enormes monstruos de pesada mole fué de un miedo pavoroso.

La charla es como un lenitivo para nuestros pies, cansados de hundirse en la tierra cenagosa.

De pronto paramos en seco. Maquinalmente nos miramos unos a otros. Los rifles han caído de los hombros y ya están en las manos en posición de defensa. Otra vez el miedo de la jungla. Otra vez el terror de lo desconocido.

Bajo la sombra de un árbol unos bultos grises, que se mueven pesadamente. Estamos a unos 600 metros de ellos, un poco a la izquierda.

Los prismáticos van pasando de mano en mano. Son tres búfalos que reposan tranquilos, resguardándose del calor y del sol intenso. Los cazadores deciden disparar. Los búfalos aun no se han dado cuenta de nuestra presencia.

Nos abrimos en abanico y seguimos avanzando lentamente.

—No, todavía no. Tenemos que acercarnos más.

—Usted, David, puede adelantarse un poco para operar con su cámara. Nosotros le protegemos por detrás y a los lados.

Son las órdenes de don José. El «cameraman» toma posiciones estratégicas. Los búfalos están ahora a unos 500 metros. Ya se puede disparar sobre ellos, pero preferimos esperar. Hay una profunda inquietud en todos. Nuestros ojos están fijos en las fieras. De pronto se levanta una, otra y todas nos miran con la cabeza levantada. Seguimos avanzando en campo abierto.

A unos metros a mi izquierda marcha don José con el rifle fuertemente apretado en la mano. A mi derecha, doña Isabel, que se adelanta tranquila, mientras mira a los búfalos con sus prismáticos.

Hay un silencio casi absoluto, sólo interrumpido por el ruido que hace al rodar la cámara de David. Los búfalos parecen tres estatuas.

Uno de los holandeses pregunta por señas si se puede ya disparar. Don José mueve negativamente la cabeza. Nuestro paso se hace cada vez más lento. Seguimos avanzando hasta ponernos a unos 50 metros. Yo estoy deseando

que se abra el fuego. Me parece que se van a arrancar y entonces quizá no daría tiempo.

Los cazadores se distribuyen, por señas, la pieza sobre la que cada uno tiene que disparar. Se echan los rifles a la cara. Y, a una señal de uno de los holandeses, hacen todos fuego al mismo tiempo.

Instantáneamente, los tres búfalos caen al suelo, mientras lanzan un bramido que nos ensordece. Uno intenta levantarse y alza la cabeza, apoyándose sobre sus patas delanteras. Nuevos disparos y cae para no levantarse más.

Nos acercamos a las fieras. Son enormes. Tres buenos ejemplares, cuyo peso oscila alrededor de los 1.000 kilos cada uno. Los porteadores morenos, que se habían quedado atrás, corren gritando hacia nosotros. Atan las piezas sobre unos palos y volvemos a emprender la marcha hacia el pequeño campamento de los holandeses.

ADIOS A LOS COMPANEROS DE EXPEDICIÓN

Los morenos están contentos. Caminan ahora delante y se acompañan cantando lentas canciones, que nosotros no comprendemos, mientras transportan sobre sus hombros los búfalos muertos. Nosotros regresamos cansados. Pero nos queda la satisfacción de haber asistido a esta excursión, que ha permitido a los miembros de la expedición española «Isabela» vivir unos momentos tan bellos. David no hace más que pronunciar su frase favorita, cuando le salen bien las cosas en su trabajo: «¡Formidable! ¡Esto es formidable!».

A las cinco y media de la tarde llegamos al campamento. Cansados e impacientes por cubrir nuestra etapa a Bengui, último punto del A. E. F., antes de entrar en el Congo Belga.

La comida es rápida, pero la hacemos con buen apetito. Llega la hora de partir. Cambiamos nuestras direcciones con nuestros amigos holandeses. Los invitamos a una excursión por la Guinea española, que ellos nos prometen cumplir.

La «rubia» nos espera. Un fuerte apretón de manos y un largo agitar de pañuelos. Los cazadores holandeses se han quedado ya a unos kilómetros.

CAMINAMOS HACIA BENGUI

La carretera continúa siendo mala. Los baches se suceden con frecuencia. La furgoneta camina despacio, parodiando a la tortuga y consumiendo nuestra paciencia. Vamos silenciosos. En un cuaderno voy apuntando notas sobre las incidencias del día.

La noche, con la rapidez característica del África Central, donde prácticamente no existen cúspides, se nos ha echado encima.

Bengui es nuestra ciudad soñada desde que salimos de Jaunde. La carretera se va convirtiendo de camino vecinal, en una amplia pista de asfalto. A derecha e izquierda vamos dejando pequeños chalets diseminados con profusión, a unos dos kilómetros antes de la llegada. Bengui aparece ya de cerca bañada de luz. A las once de la noche hacemos entrada triunfal.

Estamos contentos. Volvemos a ponernos en contacto con la civilización. Bengui es una ciudad vivaz. Atravesamos sus calles en las que vemos nacer, casi por arte de magia, suntuosos edificios adornados con las mayores elegancias del arte.

Nos dirigimos al hotel, donde ya anunciamos desde Berta nuestra llegada y donde esperamos encontrar habitación reservada, pero todo está lleno y ya nos podemos alojar. La dueña del hotel nos manda, sin embargo, reservar el mismo número de habitaciones en otro y un muchacho moreno nos conduce a él.

Después de este largo viaje y del polvo y del sudor del camino una ducha nos viene como anillo al dedo. Nos cambiamos de ropa y a los pocos minutos nos reunimos en el comedor. Apenas si nos conocemos. Vestimos de traje y comata. Bien distintos a la indumentaria obligada en la jungla. Nos parece mentira que hace sólo unas horas hayamos estado a unos metros de búfalos y elefantes. Así es el África de hoy. La civilización y la selva están a un cuarto de hora de distancia.

BENGUI, UNA CIUDAD MODERNA ADONDE BAJAN LOS LEOPARDOS

El comedor del hotel queda al otro lado de la calle, en una pérgola, frente al río Ubangui. Mientras cenamos, una orquesta de morenos toca una música suave. A la otra orilla del río nos hacen guiños las luces del puesto fronterizo belga, adonde en breve tenemos que pasar. Pero a nosotros ahora se nos ha olvidado todo, hasta que nos encontramos en el mismo corazón de África. Yo me pregunto si no estaré soñando y si es posible que hoy se puedan encontrar todas las ventajas de la civilización donde hace solo unos pocos años no existían más que salvajes y fieras.

Bengui es una ciudad bonita. Para mi gusto, bastante más que Yaunde, aunque de menor importancia y de menos habitantes europeos. Bengui es la capital del Ubangui-Chary.

La región debe su nombre a los ríos Ubangui y Chary, dos grandes afluentes del Congo.

La capital está situada en una zona de incomparable belleza. Se extiende a lo largo del Ubangui. Enfrente, el Congo Belga. Detrás,



Un búfalo de los que pueblan las selvas del Congo Belga



Un aspecto urbano de Benguí, capital del Ubangui-Chary

un monte verde, de vegetación muy espesa, donde abundan los leopardos.

Alguna vez los leopardos se cansan del monte y de los matorrales y quieren pasear por las calles de la ciudad. Hasta en el mismo centro de la capital se han llegado a ver, sembrando, como es de suponer, la natural alarma.

Como decimos, Benguí es más pequeño que Yaunde, pero más moderno. Las casas están muy separadas unas de otras y rodeadas de jardines. Nos encontramos otra vez con una típica ciudad-jardín, característica de las poblaciones europeas del Africa de color. El elemento indígena no vive en el interior de Benguí. La separación entre negros y blancos está aquí más acentuada que en otras ciudades. Sin embargo, no por eso carece la población de aspecto y lugares típicos. El mercado indígena, por ejemplo, se encuentra paradójicamente en el mismo centro de la ciudad. Los vendedores hausas, cubiertos con sus chilabas, extienden sus esteras en cualquier esquina o a las puertas de los hoteles, sobre las que colocan sus mil baratijas, procedentes de todas las partes de Africa.

ELENA, LA UNICA ESPAÑOLA EN BENGUI

Durante los días que permanecemos en Benguí, paseamos por sus calles, anduvimos por sus alrededores y bajamos al río para bañarnos en su playa, muy concurrida de bellas bañistas en bikini. Por las noches asistimos a sesiones de cine, donde se dan las más recientes películas americanas y francesas.

En uno de los más lujosos comercios, en el que entramos a curiosear y doña Isabel a hacer algunas compras, nos encontramos con una grata sorpresa. Elena, la dueña del comercio, es española. La única española que reside aquí.

En correcto castellano, aunque con acento francés, Elena nos dice lo mucho que se alegra de ver

a unos compatriotas en la ciudad.

—Hacia mucho tiempo que no hablaba con españoles.

—¿Lleva usted aquí mucho tiempo?

—Muchísimo. Muchos años.

—¿Hace mucho que no ve a españoles por estas tierras?

—No recuerdo haber visto a ninguno. Ni haber oído que hayan pasado por la ciudad.

Desde este momento Elena se convierte en nuestra compañera inseparable. Nos invita a comer y a cenar repetidas veces en su casa. La expedición española «Isabela» contrajo con ella una deuda de gratitud.

CRISIS ECONOMICA EN EL UBANGUI

La capital del Ubangui - Chary es una ciudad encantadora. Sin embargo, no se observa en ella la vida y el movimiento que en otras ciudades por las que hemos pasado.

Comercios que se han abierto recientemente o durante la pasada guerra europea, cuando la colonia del A. E. F. pasaba por un momento de gran prosperidad económica, arrastran hoy una vida lánguida y mortecina. Todos los comerciantes con los que hemos hablado y a los que hemos preguntado la causa de esta fal-

ta de movimiento comercial nos han respondido del mismo modo: la colonia pasa en la actualidad por una profunda crisis en su comercio.

Algunas razones explican este fenómeno, que tanto está repercutiendo en la vida de indígenas y europeos que habitan estos territorios:

Ante todo, la pérdida de valor



PÍDALA A SU HABITUAL PROVEEDOR
EXLIA ESTA MARCA EN EL SOBRE Y EN LA MEDIA



Avenida del Gobernador Lamblin, en Bengui

de los productos coloniales. En tiempos de la guerra, estos productos, como el café, el cacao, la yuca o el algodón, subieron a altos precios, que se mantuvieron algunos años después, mientras duró la escasez en Europa. Hoy todos estos productos sufren la competencia que se les hace desde otros puntos y otras zonas mejores dotadas y superadas con los adelantos de la técnica, de que aquí se carece en absoluto.

La falta de técnica colonizadora que sigue Francia en sus posesiones del Africa negra se re-

fleja de modo muy especial en una despreocupación total por llevar a estas tierras los adelantos técnicos de que disfrutan hoy la agricultura y la industria de todos los países.

Francia no ha creado todavía una riqueza estable y duradera en el mercado internacional, de sus productos coloniales. El algodón, que es hoy la mayor riqueza con que cuenta el A. E. F., no está sometido a un procedimiento organizado de cultivo. El indígena lleva sobre sus hombros las cargas de algodón desde sus ra-

quiticas plantaciones hasta los centros de compra. Otras veces son los camiones de la propia Cotton-Co., la compañía que, puede decirse, tiene la exclusiva en Camerón y A. E. F. de la compra y venta de esta planta, la que va recogiendo el producto de los poblados.

Después de recorrer estos territorios del coloniaje francés hemos sacado la triste conclusión de que a Francia interesa poco elevar el nivel cultural del indígena. Nuestra expedición ha dejado atrás centenares de kilómetros y no hemos visto una escuela, un hospital o un simple puesto sanitario.

EL CONGO BELGA NOS ESPERA

Los días en Bengui nos han servido a poco. Pero hay que volver a la ruta, al camino.

El día 7, muy de mañana, vamos a recoger nuestra «rubia» en los talleres de la Ford, donde nos la estuvieron reparando y poniendo a punto. Después nos dirigimos al Consulado belga para el previo requisito de visado de pasaporte.

A las diez y media de la mañana del mismo día, gracias a una hábil maniobra de Alvaro, la «rubia» quedó introducida en la balsa que había de cruzarnos el río Oubangui.

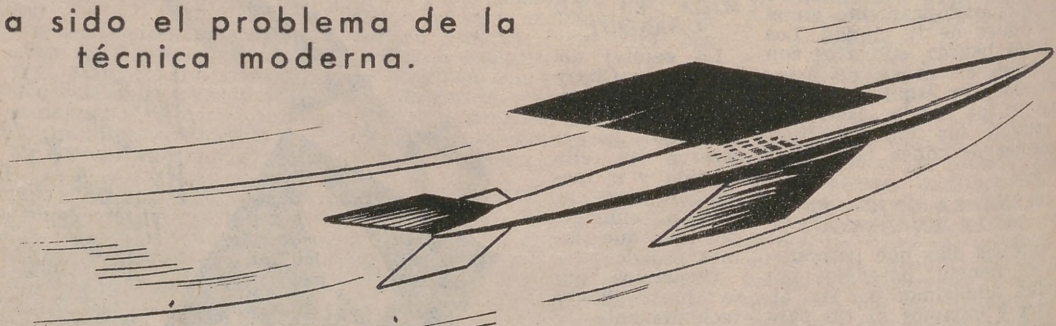
Momentos más tarde ya nos encontramos en tierra firme. Pasamos por vez primera la fértil y rica colonia del Congo Belga.

Tomás BLANCO FLORES

Cortar

con más RAPIDEZ y SUAVIDAD

Ha sido el problema de la técnica moderna.



EN EL AIRE EL AVION A REACCION
EN EL AFEITADO LA HOJA "KRON-VEST"



KRON-VEST

Participe sencillo concurso mensual hojas de afeitar KRON-VEST y fácilmente ganará un reloj todo oro Walter Rover de 8.500 ptas.

ESPAÑA Y EUROPA

Por el doctor RICHARD JAEGER

Vicepresidente del Parlamento alemán

No es ciertamente una casualidad que, en los momentos en que el plan de una construcción europea fracasa por la oposición de la Asamblea Nacional francesa, se intente lograr la unidad continental sobre otros fundamentos de mayor amplitud. Y en estos intentos son muchos los europeos que dirigen sus ojos no solamente hacia Inglaterra, sino hacia Escandinavia y España. Independientemente de si estas consideraciones deben tener consecuencias políticas decisivas para el momento presente, o lo que es más probable para un futuro tardío, es necesario replantearse nuevamente la situación europea y convencerse de que la solución de una pequeña Europa, propugnada por la C. E. D., no ha sido nunca una meta, sino el principio de los esfuerzos para lograr la unidad europea.

No merece la pena crear una «pequeña Europa», la cual excluya el resto del continente, sino el germen de una Europa que pueda ir agrupando en el transcurso de los años a otros pueblos europeos, semejantemente a lo que hicieron los primeros cantones suizos o las trece colonias de ultramar, que dieron origen a los actuales Estados Unidos de América. Esta Europa reducida es un camino, pero el objetivo continúa siendo lograr la unidad de toda Europa.

Es un hecho incontrovertible, demostrado por una larga historia, que España constituye una singular pero esencial parte de Europa. Tanto es así que se puede decir que ningún país europeo ha contribuido tanto a la valoración de Europa como lo hizo precisamente España al comienzo de la Edad Moderna. En los momentos presentes en que Europa, por culpa y destino de su expansión espiritual, económica y militar, se ve forzada a la defensiva, la misión de España dentro de la totalidad de la seguridad europea ha cambiado. Ahora bien: hoy, como en los tiempos de las invasiones de los moros, es decir, en un continente amenazado, España puede en diferentes terrenos desempeñar como en otros tiempos un importante papel.

¿No ha llegado el momento de considerar seriamente por qué a esta Europa que ha experimentado tantas heridas en el Este se la quiere también amputar en el Oeste?

El largo aislamiento moral y diplomático en que ha vivido España durante años no le ha servido a ella para nada ni tampoco al resto de Europa. ¿Qué pensamientos se pueden esconder detrás de la pregunta, hecha prudentemente por un periodista español en una conferencia de Prensa celebrada en Madrid, sobre si España pertenecía a Europa, según la opinión de los asistentes extranjeros? En la catedral de Santiago de Compostela, en la tumba de Carlos V en El Escorial y en el Alcázar de Toledo se encuentra el huésped extranjero con un espíritu europeo tan recio y serio, que, conmovido y sorprendido, se ve obligado a guardar silencio antes de responder afirmativamente a esta pregunta. ¿Pero hay que ir a la historia para llegar al conocimiento de esta comunidad continental? La unidad de Europa es, en la suerte y en la desgracia, un hecho difuso algunas veces, pero indiscutible en el terreno espiritual, político y económico. ¿Y se puede negar —en unos momentos en los que el señor Ollenhauer ha criticado a la C. E. D. por el hecho de que los ejércitos de algunos estados miembros no pueden mantener intactos moralmente sus ejércitos en la lucha contra el bolchevismo— que también lo militar fuerza a un destino común a este continente? Porque sería una contradicción destruir las divisiones de un país porque sus fuerzas de combate carecen de un armamento moderno, problema mucho más fácil de solucionar que los que plantean la carencia de fortaleza moral.

Por otra parte, España a causa de su política próarabe, constituye el puente de Europa con el mundo islámico, pudiendo lograr la colaboración norteafricana para nuestro continente en su disputa con el Este, un hecho muy digno de tenerse en cuenta.

en cuenta, tanto para el presente como para el futuro.

Un destino común histórico y una tarea común política en nuestro continente unen y han unido a España y Alemania con lazos de particular simpatía. ¿No han soportado ambos pueblos en tiempos recientes, aunque bajo diferentes formas, la crueldad del bolchevismo en su propio cuerpo?

España y Alemania están hoy más inmunes que cualquier otro país contra el peligro del bolchevismo a causa de sus amargos conocimientos. Por todo ello pueden contribuir a la reconstrucción espiritual de Europa en un momento de particular estabilidad. Todas estas cosas son muy difíciles de expresar hoy en Alemania, principalmente porque no se acomodan a los modelos de patente democrática que otorga la oposición alemana. Esta no puede comprender la vieja concepción política de que las relaciones exteriores de un país no están determinadas por la constitución estatal y concepción política de los otros pueblos, y que ciertamente Alemania no tiene ningún motivo para rechazar a uno de sus pocos amigos en el mundo, porque éste vive bajo otra forma política distinta a la suya. Es bastante peligroso dirigir la política exterior de acuerdo con las ideologías. Indudablemente, cuando tales ideologías son expansivas, cuando tras ellas se oculta una voluntad potencial de alcanzar una mayor extensión de su poder político, como es el caso de la Unión Soviética y de sus Estados satélites, se deben sacar las últimas consecuencias de las mismas en relación con la política exterior. Pero si un país desenvuelve dentro de él mismo una forma de vida, distinta a las otras, pero que no piensa en absoluto imponerla a los otros, sería miope, teniendo en cuenta todas estas diferencias, hacer fracasar la colaboración. ¿O es que tenemos los alemanes el derecho de jugar con los Gobiernos políticos de los otros pueblos?

Ciertamente, España no es ninguna democracia, pero dentro de su territorio no hay jefes de pelotón, ni campos de concentración, ni racismos, ni idolatrías estatales. España, desde el punto de vista de la política, no es ni un Estado nacional-socialista, ni fascista, ni totalitario. En cierto modo es autoritario, algo que hoy es inconcebible para Europa central, pero que España tiene perfecto derecho a aceptar esta situación, teniendo en cuenta sus circunstancias. Por otra parte, los portavoces de la democracia, que se han arrogado desde hace cinco años, cuando se fundó la República Federal, el derecho de maestros en otros pueblos, han perdido toda la razón para criticar a un país como España, cuando no se privan de viajar por un país comunista como Yugoslavia, que, a pesar de sus intentos prooccidentales, no tiene a menos mantener encarcelados a un cardenal, aparte de que retiene todavía a prisioneros de guerra alemanes y expulsa a ciudadanos alemanes.

En el número 32 de

POESIA ESPAÑOLA

publica CARLOS MURCIANO su
ODA A ANTONIO MACHADO

También en el mismo número:

EDIPO EN MERIDA

por MANUEL PACHECO

LEA TODOS LOS MESES

POESIA ESPAÑOLA

PRIMERA VISITA A ITALIA

Tuve que pronunciar un discurso ante Benito Mussolini, y el Duce me contestó con otro de elogios para España

Por Francisco CASARES



Mussolini y Ciano en un acto oficial

POCAS veces en mi vida habré sentido una emoción tan intensa como aquella mañana en que tuve que pronunciar un breve discurso ante el Duce de Italia, Benito Mussolini. La impresión de hallarme ante una figura de la magnitud que tuvo el creador y conductor del fascismo —la recordación, objetiva, nada tiene que ver con identidad de ideas y credos políticos—, y el trance de hablar y que me escuchara, creo que eran suficientes para intimidar al hombre más dueño de sus nervios. Sobre todo tratándose, como en mi caso, de un modesto periodista y no de un político de la categoría de aquél. Salí bien de la prueba. Y la prueba, por lo que más adelante detallaré en este pasaje de mis Memorias, era difícil, no solo por la personalidad del auditor, sino por otras especiales circunstancias.

El episodio fué de este modo: el Gobierno de Italia dirigió una invitación a la Prensa española para que un grupo de diez o doce periodistas se trasladasen a Roma a fin de mostrarles algunas ciudades de dicho país, y principalmente para que pudieran conocer directamente—y gloriarlas en sus respectivos periódicos—las realizaciones del régimen. Era en junio de 1935, en plena etapa republicana española. La invitación tenía este interesante matiz: no se exigía, ni se sugería siquiera, que los representantes de Prensa que habían de acudir fuesen, por sus diarios o por sí mismos, simpatizantes con el fascismo. Por el contrario, la Embajada en Madrid, al cursar la propuesta del viaje, hizo hincapié en el deseo de que la expedición estuviera compuesta por periodistas de las distintas tendencias políticas. En esta misma forma se habían cur-

sado las invitaciones para los informadores de otros países. Se estableció una rotación, y habían acudido ya a Italia grupos de profesionales de Prensa de Francia, de Alemania, de Suecia y alguna otra nación europea. El plan era que se viese de cerca la situación de Italia bajo el régimen mussoliniano. Y que cuando después, como le viniera en alguna otra nación europea. El

COMISION DE PERIODISTAS ESPAÑOLES A ITALIA

Fuimos designados, si mal no recuerdo, doce periodistas españoles. No cito todos los nombres porque me flaquea la memoria, y no conservo antecedentes. Se que iba con nosotros el corresponsal de periódicos italianos en Madrid, don César A. Gullino, y que entre los componentes de la Comisión figuraban Federico de Urrutia, que era el más afín, por sus antecedentes e ideología, al sistema de la ración que nos invitaba; Manolo Sánchez Camar-

go, de «El Siglo Futuro»; José Morales Darias—no hace mucho fallecido—, de «La Epoca»; Luis Díaz Carreño, de filiación socialista; San Germán Ocaña, de «La Nación»; Alardo Prats, de «La Libertad»; Cavada, Moreno, Munguía y algunos más. Yo iba por el diario «Ya», que, como se sabe, era entonces de la tarde.

Salimos de Madrid, y en Barcelona tomamos un hidro, blanco, impecable, de la Compagnia aérea Alla Litoria, que nos condujo a Ostia. En el mismo viaje iba con nosotros el gran pintor Sert, que acudía a realizar unos trabajos en Roma. Le recuerdo ahora como si le estuviera viendo: grueso, achaparrado, con una pequeña barbita rubia puntiaguda. El viaje fué magnífico. Yo había volado ya, pero nunca sobre el mar. Varios de mis compañeros volaban por primera vez. Hicimos dos escalas: la primera, en Marsella; la segunda, en Génova. Y de esta ciudad, directamente, al aeropuerto de hidros de Roma.



Desfile militar ante el Duce en Roma

Nos recibió un diplomático, funcionario del ministerio de Relaciones Exteriores—del «Estero»—y nos acompañó al hotel *Ambassiatori*, en el que estuvimos alojados. Al día siguiente de la llegada nos recibió el ministro, el famoso conde Ciano, yerno del Duce. Y nos indicó que el presidente del Gobierno nos recibiría en audiencia veinticuatro horas después. El ministro nos repitió la consigna que ya conocíamos por la Embajada:

—No se le pide a ninguno de ustedes que elogie el régimen fascista. No se ha pretendido que vengan sólo los «amigos». Queremos que lo vean todo, con absoluta libertad. Lo único que se les pide es que, aparte sus impresiones personales, digan siempre la verdad. Esto, tratándose de españoles y de periodistas estamos seguros que no ha de fallar.

ME HICIERON «CAPO» DE LA EXPEDICIÓN

Después nos dijo que era costumbre que, en cada uno de los grupos de periodistas, y para el mejor orden del viaje, se designara un jefe de la expedición. Y fui designado «capo» por voluntad de mis compañeros. Aunque los había de significación izquierdista, entendieron amablemente que era el más significativo entre los que allí estábamos. No por prestigio profesional, ni por otros motivos, sino porque, siendo presidente del Sindicato Autónomo de Periodistas, institución a la que ya me he referido en otro capítulo, les parecía que esa jerarquía entre los profesionales madrileños me daba cierta calidad para ostentar la sugerida jefatura. En rigor, ella no representaba ninguna situación de privilegio, sino solamente el estar más en contacto con las autoridades italianas para ir resolviendo los detalles de la excursión.

LA AUDIENCIA CON MUSOLINI.—MI DISCURSO Y EL DEL DUCE

Se celebró la anunciada audiencia con Mussolini. Fuimos al Palacio de Venecia. Un soldado de la guardia nos hizo esperar unos minutos. Salí, por el zaguán, un oficial. Llevaba, en la mano, una lista escrita en un papel. Nos preguntó, a cada uno, los nombres. Los dimos, y los fué confrontando con la relación de que era portador. Cuando comprobó que éramos exactamente los que en ella figuraban, nos hizo subir unas escaleras y llegamos a un gran salón, donde dos porteros uniformados nos saludaron ceremoniosamente. Un secretario del Duce nos dijo que estaba terminando otra entrevista y que, en seguida, nos iba a recibir. En efecto, tras de pasar a otra sala contigua, cuyas ventanas daban a la plaza de Venecia, vimos salir a una señorita. Supimos que era, también, periodista, y que había sostenido una conversación—una entrevista—con el dictador italiano. Inmediatamente, se nos hizo acceder a su despacho.

La muy conocida—se ha hablado y escrito de ella muchas veces—sala del «Mapa mondo», era el despacho de audiencias de Mussolini. Una sala grande, impresionante, suelo y paredes de mármol,



Esta fotografía fué tomada durante el recibimiento de Mussolini al general Balbo, cuando llegó triunfalmente a Ostia al frente de su escuadra aérea

tono oscuro, sin muebles. Solo al fondo, una gigantesca mesa, sin papeles, delante de la cual, en pie, se hallaba el Duce. Vestía uniforme del fascio, blanco. Llegamos hasta cerca de él, formando corro. Nos saludó con el rito fascista, alzando la mano derecha. Nos estrechó la nuestras. Gullino hizo las presentaciones. Dijo los nombres y los periódicos que representábamos. Al citar el mío, y decir: del diario «Ya», Mussolini sonrió y puso esta apostilla: «Giornale democristiano...». De otro, dijo que era «neo-liberal». Nos dió la sensación de estar perfectamente enterado.

Entonces, el conde Ciano, que acompañaba a su suegro y jefe, se dirigió a mí y me dijo:

—La costumbre es que el «capo» pronuncie unas palabras. ¿Quiere usted decir algo?

Y tuve que pronunciar mi breve peroración ante el Duce. Como he dicho antes, difícil paleta. Yo hablaba en nombre de una docena de periodistas españoles, de todas las ideologías. No podía expresar mi admiración—ya que no hablaba sólo por mí—para el fascismo. Pero, tampoco, podía eludir la alusión al hecho de una Italia renovada, en marcha, y a la gentileza, expresiva de auténtica libertad, de habernos invitado y señalar, en la invitación, que los partidismos no importaban. Poco más o menos, mis palabras fueron éstas:

«Excelencia: Estamos ante V. E. los periodistas de España que hemos sido designados a virtud de la amable invitación que su Gobierno nos ha hecho. El significado de nuestros periódicos y el de nuestro modo de pensar, personalmente, no es de absoluta coincidencia. La indicación de que las ideologías no contaban para este viaje, ha determinado que vengamos representantes de pensamientos políticos distintos. En lo que, desde luego, coincide-

mos es en expresar a V. E. nuestro agradecimiento, y en asegurar—creo interpretar el sentimiento de mis camaradas—que diremos la verdad de lo que veamos. Hay grandes afinidades históricas y de raza entre los dos pueblos latinos. La simpatía secular excede a todos los partidismos. Y la Prensa española tiene el orgullo y la tradición de su respeto a la verdad. Para servirla, estamos aquí.

Sin perjuicio a esas divergencias ideológicas, existe otro punto en el que todos estamos de acuerdo. Y es reconocimiento objetivo de lo que significa un país, dirigido por V. E. que siente la preocupación de su engrandecimiento. De todo lo que veamos, en estos días daremos detallada información. Las glosas, puede V. E. estar absolutamente seguro, serán imparciales. Los periódicos pueden manifestar, en sus comentarios y editoriales, coincidencia o discrepancia respecto a un régimen político. Sobre las realidades, la referencia ha de ser leal y exacta.

También es plena nuestra coincidencia en estimar y agradecer la invitación y en expresar igualmente nuestra gratitud por el honor de recibirnos en este histórico palacio. Acepte V. E. nuestro saludo y el de la Prensa de España a la que representamos.»

No sé si he transcrito exactamente lo que dije. No llevaba preparado nada, porque la indicación de que el jefe de los expedicionarios debía hablar ante el Duce, era, para mí, totalmente inesperada. Una verdadera sorpresa. Pero, pensé, rápidamente, que mi deber, en aquel momento, era emplear la mayor franqueza. «Coger al toro por los cuernos», como se suele decir. Y por eso me referí a las diferencias de pensamiento y de representación de los que nos hallábamos frente a la figura impresionante, ciclópea y espectacular, del dictador italiano.

Mussolini, al que v. seguir en

tanto que yo pronunciaba más palabras de agradecimiento y salutación, me contestó, aproximadamente así:

«En efecto, entre los dos pueblos que bañan las aguas del Mare Nostrum, del Mediterráneo, existen grandes y perennes motivos de afinidad. Yo tengo para España mis mejores devociones. La identidad, a través del tiempo, es notoria. Una prueba de ello es que usted me ha hablado en castellano y, contestándole en italiano yo, nos entendemos perfectamente, por el parentesco de los dos idiomas. Todo lo español me inspira sincera simpatía. Y puedo decirles más: cuando, en las grandes tormentas espirituales de mi vida, he necesitado un refugio en el que mi ánimo conurbado encontrase la paz, he acudido a la lectura de los clásicos españoles. Ese ha sido mi refugio. El Gobierno italiano quiere que ustedes lo vean todo, que se enteren perfectamente de todo. Como ha subrayado usted no hemos puesto la limitación de los que piensen como nosotros o, por lo menos, simpaticen con el régimen fascista. De otros países han venido también periodistas y se les ha hecho la misma indicación. Les deseo muy grata estancia, y en todos ustedes saludo a la Prensa española y a España.»

Después, el Duce, en tono más particular, nos aconsejó —y se lo dijo así a Ciano— que hiciéramos la excursión que a él le parecía más interesante: el «triángulo» Milán, Turín, Génova. Inmediatamente, la audiencia se dió por terminada. Sin otro saludo que el de alzar la mano, nos despidió, quedando al fondo del gran despacho. Salimos en silencio. Nadie se atrevía a hacer comentarios sobre la entrevista. Cuando llegamos a la plaza, y antes de visitar el gran monumento al Soldado Desconocido, los compañeros me felicitaron. También los de significación izquierdista. Uno de ellos me dijo:

—Has estado muy bien, muy hábil. Era un compromiso y lo has salvado perfectamente.

LA EXCURSION POR ITALIA. — «MORTE AL NEGUS»

El recorrido que hicimos fué el aconsejado por Mussolini. Pero, antes de llegar a las ciudades del norte de Italia, nos detuvimos a visitar el «Agro Pontino», que era una de las decisivas y magníficas

realizaciones del régimen. Unas lagunas que producían epidemias, que eran terreno baldío, fueron convertidas en campo fértil y entregadas a los colonos de la comarca. Con este motivo se crearon algunos pueblos nuevos. Recuerdo los de Sabaudia y Littoria. En Roma, como era de rigor, visitamos el «Foro Mussolini», grandioso, espectacular. Y las ruinas históricas y monumentales que son ruta obligada de los turistas. En Torino, la gran fábrica de automóviles. Es la primera vez que yo he visto una terraza para pruebas de coches. Luego he estado en algunas otras, como, actualmente, en Madrid, en la del Parque Móvil de Ministerios Civiles. Recorrimos, detenidamente, aquellas espléndidas instalaciones. En Génova, el famoso cementerio, con sus incomparables esculturas, verdadero museo. En Milán, los lugares más importantes. Una de las cosas que más llamó nuestra atención la gigantesca estación ferroviaria. Seguimos nuestro viaje hacia el Sur. Pasamos por Florencia. En algunas de las estaciones encontramos soldados expedicionarios que se dirigían a Etiopía. Estaba en su momento culminante la guerra, que terminó con la ocupación de ese país africano. Los soldados llevaban, en sus cinturones y mochilas, letreros, toscamente escritos, que decían así: «Morte al Negus. Viva il Duce». Cantaban canciones guerreras. Iban llenos de fervor y entusiasmo. No podían imaginarse aquellos combatientes que la historia, con sus evoluciones inesperadas, cambiaría los términos de sus invocaciones: el Negus está en el trono de que le despojaron. Y Mussolini murió, brutalmente asesinado.

Llegamos a Nápoles. Allí, dos días, con los inexcusables recorridos. Estuvimos en la boca del gran volcán, en la romántica bahía sorrentina, y en las ruinas de Pompeya. Y poco después, terminado el viaje, volvíamos a tomar el hidro que nos condujera a Barcelona. Recuerdo que todos volvíamos impresionados. Y que nuestros compañeros de izquierdas reconocían, sin abdicar, naturalmente, de sus ideas y adscripciones, que la obra del fascismo, en Italia, era extraordinaria. Sin embargo, esta impresión objetiva que no se recataban de manifestar en la intimidad de nuestro grupo, no apareció en sus crónicas. ¿Fué suya la decisión? ¿Lo impusieron así sus directores, que, sin haber visto lo que ellos, sin

haberse podido sugestionar, no podían permitir que se dijera nada que significase elogio, reconocimiento de méritos, aceptación de realidades satisfactorias, respecto del fascismo? No lo sé. Los demás, escribimos diciendo la verdad. Tal como se nos pidiera. Tal como yo lo había prometido en mis concisas palabras ante el Duce.

ME COMPRO UN AUTO «BALILLA»

Yo escribí cinco o seis artículos en «Ya». Uno de ellos estuvo dedicado a la visita a la casa Fiat. Sin el menor carácter de publicidad, como una cosa más, interesante, de las que habíamos visto en nuestra excursión. El jefe de la delegación de esta sociedad en Madrid —con sus oficinas y talleres al final de la avenida de la Reina Cristina—, señor Carbonero, me visitó para darme las gracias. Yo le indiqué que me gustaría comprar un coche pequeño —un «Balilla»— que no me resultase demasiado caro. Me ofreció avisarme cuando se presentase una oportunidad. Y, en efecto, a los dos o tres meses me llamó. Tenía un coche como el que yo quería. Era de segunda mano. Pero estaba casi nuevo. Un treinta y cinco mil de matrícula. Me costó cinco mil pesetas. La adquisición era buena, y sin que representase ninguna expresión de gratitud, ningún favor compensatorio por mi crónica, porque me lo dieron en unas pesetas más de lo que había pagado por él, me hicieron feliz con mi cachecillo. Había pertenecido a un vicietiple del teatro Maravillas, a la que le hizo ese regalo un amigo suyo. Lo vendió tan pronto como la fugaz amistad quedó cancelada. Y fué a parar a mis manos. No lo disfruté más que un año. Al comenzar el Movimiento Nacional, tenía yo el «Balilla» en El Escorial, donde habitualmente veraneaba. Lo guardaba en un garaje que daba a La Lonja. Me vine a Madrid el día anterior a las detenciones, cuando cogieron, entre otros, al coronel Giraldo, que había presidido, como ya he dicho en otro capítulo, el Consejo de Guerra de la Cárcel Modelo contra los asesinos de los oficiales de Correos del exprés de Andalusía. Pocos días después lo asesinaban en una de las carreteras escurialenses. Y de allí sacaron el coche, incautado como otros muchos. No volvía a saber de él. Cuando terminó la guerra y volví al Real Sitio me informa-



La multitud reunida en la plaza Venecia para escuchar la palabra de Mussolini



Una espectacular aparición del Duce en Turín

ron. Lo habían utilizado, primero, como servicios sanitarios. Después, lo usaron unos comunistas. En la carretera de Guadarrama volcaron una tarde. El coche se incendió. Ellos perecieron en el accidente. No he podido recuperar los restos de mi «Balilla», una víctima más de las sarracinas rojas. Me había costado poco, aun teniendo en cuenta los precios de entonces y el valor de la peseta, pero me resultó caro. Un solo año de rodar, como mío, no compensaba las cinco mil pesetas. ¡Qué se le iba a hacer!

MUSSOLINI ME DEDICA UNA FOTO

Otro recuerdo de aquella excursión periodística fué un retrato de Mussolini, que recibí unos meses después hacia fines del año 35, por conducto de la Embajada. Estaba dedicado. Me indicaron que era como recuerdo de los breves y cordiales discursos del Palacio de Venecia. Lo tuve en mi gabinete de trabajo en la casa que ocupé en la calle de Ferraz, hasta el Movimiento. Era una fotografía original, porque el Duce aparecía en ella vestido de chaquet, con cuello de pajarita y corbata gris. Pocas veces se había retratado Mussolini de ese modo. La mayoría de sus fotos eran con uniforme del fascio.

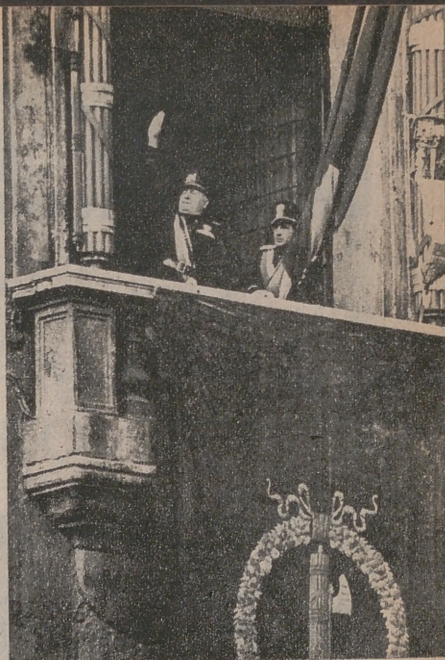
El 25 de julio, cuando ya había yo abandonado mi domicilio, escondiéndome, fueron por mí. Asaltaron mi casa. Muchas veces he pensado en la saña con que destruirían aquel retrato y los dicerios que escupirían al ver que estaba dedicado a un periodista de derechas, al que seguramente llamarían ellos «fachista». Con la fotografía perdí también los recortes de los periódicos con artículos y crónicas que llevaban mi firma. Todo mi modesto archivo desapareció. Cuando volví a Madrid el año 1939, a la liberación, acudí a la calle de Ferraz. La casa había quedado en escombros. Aquella zona de Madrid, junto a Rosales, fué frente de guerra. Sólo había pendiente

de una pared un retrato de boda de mi hermano Manuel, el actual corresponsal en Nueva York. Naturalmente, del otro retrato, el de Mussolini, ni rastro.

RECUERDO PERENNE DE AQUEL VIAJE

He vuelto a Italia otra vez. La accidental j-fatura del Sindicato Nacional del Espectáculo en 1942 me deparó la ocasión de ir a Venecia y estar de nuevo en Roma. Pero este viaje, que tuvo también momentos gratos y otros no tan agradables—de esta excursión hablaré al exhumar mis recuerdos—, no fué como el primero. No vi al Duce. No tuve que pronunciar discurso. Aquel día del Palacio de Venecia ha quedado, para siempre grabado en mi memoria. No es corriente que las circunstancias le pongan a uno en el comprometido trance de hablar oficialmente ante un Jefe de Estado representando a la colectividad. Y la figura del Duce, como ya he dicho, era impresionante.

De los que formamos la expedición han muerto algunos. San Germán Ocaña, brutalmente asesinado. Es uno de nuestros caídos. Escribí un libro acerca del viaje. Y con el texto incluyó algunas fotografías interesantes. No pude, tampoco, conservar el ejemplar que tuvo la gentileza de dedicarme. Ni he podido encontrar ninguno después, a pesar de haberlo buscado afanosamente. Alardo Prats se fué al terminar la Cruzada. No sé por dónde andará. Díaz Carreño también murió. Con Manolo Sánchez Camargo he hablado algunas veces, recordando nuestra expedición. Y ahora, al redactor estos apuntes, es la primera vez que vuelvo sobre ella, glosando sus pasajes más relevantes. Cuando me decida a poner en orden estas impresiones retrospectivas, si tengo tiempo y mi memoria no flaquea, haré, probablemente, una descrip-



Mussolini en el balcón de la plaza Venecia

ción más detallada. Ahora, aquí, he querido sólo dejar constancia de un episodio que para mi propia vida y mi actividad de periodista español tuvo caracteres de excepcional.

Las cosas han cambiado mucho desde aquellos días. El Duce fué asesinado. Su yerno, al que luego vi en Venecia y más tarde en España, murió en las circunstancias de todos conocidas. El fascismo periclitó. Italia vive momentos de inquietud, de agitación. Los recuerdos se van borrando. Las páginas de la historia se suceden y la actualidad vence al pasado. Pero de mis recuerdos no desaparecen momentos y anécdotas de tanto relieve como estos que me llevaron a pronunciar un discurso ante uno de los más sobresalientes personajes contemporáneos.

«LA POESIA es la ley del embudo: lo ancho, el mundo, las cosas, las palabras, para el poeta; lo estrecho, o sea el poema, para el lector; para él ese hilo delgado, angustiadísimo, angosto, en lo que se ha convertido todo aquel caudal»

Esta es una de las

13 DEFINICIONES

que JOSE GARCIA NIETO publica en el número 32 de POESIA ESPAÑOLA

TRES POEMAS DE SOR LAURA CHAER

(Virginidad. Dime si me quieres. Cuando nació)
se publican en el número 32 de POESIA ESPAÑOLA

Para suscribirse a POESIA ESPAÑOLA dirijase a la Administración: Pinar, 5.—MADRID

EL FERROL DEL AUDILLO

CIUDAD CUNA DE MARINOS

Un pueblo que crece.
Aliento de trabajo
y prosperidad
económica



Vista de El Ferrol-Entre Castillos

Un gran puerto sin mar

Hay ciudades con sorpresa y ciudades sin sorpresa. Hay ciudades que, desde el tren, la carretera o incluso desde alta mar, aparecen enteras y sin reservas, cuajadas y plenas como catedrales de una pieza. Se ven como son, prometen una cosa y la cumplen rigurosamente. Uno no ha entrado todavía a la ciudad y ya la tiene dominada, conocida, rendida. Pero existen otras ciudades de más misterio y emoción, ciudades imprevistas y disimuladas que gustan de sorprender el viajero. Tienen su fama y su apariencia, pero sólo como por cumplir. Es preciso luego entrar en ellas, pasearlas meticulosamente, recorrerlas despacio para comprenderlas y saborearlas. Son ciudades que guardan muy dentro de sí sugestivos secretos y sorprendentes particularidades.

El Ferrol es de las últimas. Sólo para quienes penetran en su interior guarda toda su pujanza y su rango.

UNA GRAN PRISA POR LLEGAR

Lo que también ocurre con El Ferrol es que para llegar hasta él es preciso soportar un viaje interminable, viaje que parece ser que no tendrá nunca fin, y cuando ya próximos a la capital del departamento vemos algunos haces de luz reflejados en el agua, uno empieza a creer en fantasmagorías, pero no está dispuesto a admitir que aquello sea de veras El Ferrol. El «Taf» lo ha dejado a uno con sus maletas en medio del andén de Betanzos como diciéndole: «Entiéndetelas como puedas». Y, efectivamente, uno tiene que andarse listo para atrapar un autobús, que con toda la buena voluntad del mundo hace por cumplir su recorrido. Es tremenda la desconsideración del «Taf» con El Ferrol, por muy importante que sea La Coruña.

Pero a El Ferrol quien va, va

siempre por cosas muy serias, por obediencia a la Marina o por negocios. Y frente a estos compromisos, el vehículo es lo de menos.

CON LA GABARDINA BAJO EL BRAZO

No habrá que abandonar nunca la gabardina al llegar a El Ferrol, sea invierno, verano, primavera u otoño. No es que llueva siempre, pero basta que el viajero se confíe un poco para que en seguida reciba ese bautismo de orvallo, que es una especie de salutación inacabable, y, a la postre, entrañable también.

Gran momento ese en que el viajero se asoma a la calle Real y la ve como un canal veneciano que no ha sido posible secar del todo. Gran momento, porque el temblor de las luces en los transparentes charcos y el divagueo perezoso de los transeúntes sobre aquel piso de cristalería, le hace cerrar los ojos y pensar que lo que está viendo es una estampa engañosa e irreal.

Gran momento, porque el viajero sacará valentía de no se sabe dónde y a la cobardía inicial le seguirá una fiebre loca por seguir la gente bajo la fina cortina de agua y sobre el asfalto mojado durante horas y horas.

El viajero ya se ha posesionado de algo importante: La calle Real. Todas sus idas y venidas, a dondequiera que vaya, acabarán siempre desembocando en esta calle, y más concretamente en este trozo neurálgico que empieza más o menos, en la esquina de los almacenes Simeón y llega hasta el «Correo Gallego».

UN GRAN PUERTO SIN MAR

Como todo el mundo sabe, El Ferrol es cuna de marinos, y un barco allí es algo tan natural y familiar como un convento en Avila. Los ferrolanos han nacido alrededor de los barcos, y aunque



en la dársena esté embutida toda la Escuadra, los ferrolanos ni los miran. Son juguetes que han tenido siempre al alcance de la mano. Pero la preponderancia del uniforme, hasta en la calle es rotunda.

El Ferrol nació, vive y respira en función del marino y de la Marina de guerra. Hasta el mar, que es siempre cosa de todos y que parece imposible acotar y encajo-



Ante el edificio del cuartel de Instrucción los marinos celebran una festividad religiosa

nar, está en El Ferrol para el servicio exclusivo de la Marina de guerra y de los astilleros. tan pronto uno le da dos vueltas a la ciudad, se convence en seguida de que nos encontramos ante un puerto sin mar. Una muralla compacta e infranqueable separa en casi toda la longitud de la costa, que no es pequeña, el mar del asfalto; la grúa, del anuncio luminoso; la torreta, de los miradores.

Nada tan conmovedor como esos barrios que, como puestos de puntillas, quieren inútilmente asomar la nariz a la ría.

Pero todo esto no es tampoco un capricho. El Ferrol es así porque lo exige su posición estratégica y su potencia naval.

PRIMERA VISITA: CUARTEL DE INSTRUCCION

Descarte el lector todo lo que de peyorativo implica la palabra «cuartel». No hay nada de eso. Desde la amplia explanada que tiene delante el severo edificio hasta la última escalera, que conduce a los servicios, aquello más bien parece uno de esos magníficos edificios que sólo están para ser exhibidos, por ejemplo, a esos congresistas que de vez en cuando visitan los países para llevarse la ficha de una Institución modelo.

El Cuartel de Instrucción parece a todas horas preparado para una visita pedagógica. No es sólo la limpieza y el orden, sino ese tono de marcialidad refinadamente señorial que la Marina ha impuesto a unos miles de muchachos que proceden en su mayoría de ambientes más bien bajos y torpes. Dentro del suntuoso edificio—soberana arquitectura de Carlos III—todas las piezas se mueven con presteza, cortesía, disciplina y una prisa y una precisión cinematográficas.

Este cuartel recibe a los mozos de cuatro llamamientos al año. Son voluntarios y reclutas que

proceden de zonas pescadoras, de aldeas y poblados esencialmente marineros. Cada llamamiento oscila entre los ochenta y los cien «quintos». Llegados al cuartel comienzan para ellos el periodo de instrucción.

La duración de cada uno de estos cursos es de unos setenta y cinco días. El plan general de instrucción se cierra con un examen escrito, al que acude un tercio de cada brigada, según las notas del curso. La calificación, con las notas del curso, dan la brigada ganadora.

Lo más educador para todos estos cuadros de marinería es que, según el interés y las aptitudes que han demostrado en su formación, salen destinados, y los mejores puestos en el Arsenal, en la Escuadra, en los grupos de escolta, son para aquellos que han demostrado mejor aprendizaje y condiciones.

Cada leva de reclutas que llega es reconocida médicamente con todo escrúpulo. Muchos son declarados «débiles» radicalmente, mientras otros pasan a observación. De una inscripción de 850, cifra que suele ser bastante normal siempre quedan de 35 a 45 declarados «débiles».

Si la salud del cuerpo es estudiada a fondo, no lo es menos la del espíritu. Un quince por ciento suele llegar al cuartel sin haber hecho la primera comunión, y de un trece a un catorce por ciento son analfabetos. Los capellanes del cuartel son los encargados de la instrucción religiosa, en tanto que una escuela especial se dedica intensamente a liberarlos de la ignorancia. Emocionante tiene que resultar la ceremonia religiosa en que esta veintena de mozos cortidos se acercan por primera vez a la mesa del altar.

A los que no han sabido redi-

mirse de su analfabetismo se les obliga a repetir curso. Muy pocos, como no sea algún caso excepcional generalmente de retraso mental suele hacer baja en el servicio siendo analfabeto; lo corriente es que poco a poco vayan adquiriendo, no sólo unos conocimientos elementales, sino en algunos casos hasta la técnica de un oficio que les servirá para el futuro.

Al ser licenciados son muchos los marineros que quedan en posesión de una capacitación profesional bastante valiosa.

Para comprender cómo se afina en este cuartel de instrucción habría que repasar unos gráficos curiosos que me muestra el capitán de corbeta Pérez Linos, joven marino de casta, mientras recorremos las distintas dependencias del mismo. Son unos gráficos de pesos de los marineros señalando minuciosamente quienes aumentaron, quienes se mantuvieron y quienes perdieron peso. De un total de 261 marineros ingresados, 147 habían aumentado y 56 habían perdido peso. En otro de ellos, cogido al vuelo, y que daba cuenta de un total de 774 marineros, habían aumentado de peso 457, se mantenían 160, habían perdido 157. Igualmente interesantes son los partes del rancho, donde un capitán médico analiza diariamente la cantidad de calorías, proteínas, grasas, etc., suministradas al soldado.

Lo más curioso que hemos visto en el cuartel de instrucción ha sido el Gabinete de Psicología, donde, mediante pruebas y aparatos especiales, se van conociendo las aptitudes del marino, y, conforme a ellas, se les clasifica para las distintas especialidades. Hay alguna, como la de los señaleros, cuyos puestos son muy codiciados en los barcos.

El Gabinete Central del Ministerio de Marina tiene estudiados y resueltos unos esquemas muy originales que dan rápidamente una nota clara de las posibilidades del sujeto. Toda la serie de pruebas, estudios y ejercicios.

LAS TRES CARTILLAS DEL MARINERO

Para que se vea el cuidado que los marineros inspiran a sus superiores diremos que la vida de cada marinero es seguida paso a paso en tres cartillas distintas, la primera de carácter reservado, donde constan toda clase de informes anteriores a su ingreso a la Armada, clasificación de aptitud profesional, hoja de castigos, de hechos, etc. La segunda es la cartilla *administrativa* y en ella se van anotando todos los abonos del servicio, los buques y dependencias en los que ha estado destinado, las licencias temporales o ilimitadas obtenidas, los permisos que ha disfrutado, los ascensos y descensos, la enumeración minuciosa del vestuario, los ajustes mensuales, o sea una libreta como de ahorros donde se lleva cuenta estricta de los haberes recibidos por el marinero. La tercera cartilla es la *sanitaria*, y allí se lleva cuenta de los antecedentes familiares y los distintos exámenes, análisis, datos patológicos, medidas de orden profiláctico, reconocimientos extraordinarios, etcétera.

Todo este largo expediente descubre bien a las claras el ambiente de protección y proceso formativo que la Marina cultiva y dedica a sus servidores. Mil quinientas cartillas están al día en el cuartel de instrucción a que son sometidos los marineros; están dentro de la técnica más moderna y avanzada.

ENTRE EL TOQUE DE DIANA Y EL DE SILENCIO

En el cuartel de instrucción siempre hay unos 1.200 marineros. Están agrupados en brigadas mandadas por tenientes de navío o capitanes de Infantería de Marina.

El toque de diana es a las seis y media, y el de silencio, a las diez. Los domingos se levantan media hora más tarde.

A las siete de la mañana se les da un desayuno ligero, y a media mañana cien gramos de pan y veinticinco de queso o carne de mebrillo. La primera comida es a la una y cuarenta y cinco, y la segunda, a las diez cuarenta y cinco. Cada hoja de menú es repasada por el capitán médico, que hace constar las calorías, proteínas, grasas, carbono, que contiene la ración real del marinero. La comida tiene que ser abundante y sana, porque el plan de instrucción es intenso y duro.

Un resumen de las horas de instrucción en las diez semanas que dura cada curso podría ser el siguiente: ejercicios militares con armas, cincuenta y ocho horas; sin armas, cincuenta y tres; ejercicios de botes, treinta; instrucción marinera, veinticuatro; ordenanzas, veintidós; moral militar, siete; instrucción religiosa, quince; instrucción primaria, cinco horas en las últimas cuatro semanas, menos los analfabetos, que tienen cerca de ochenta horas en las diez semanas. Al Código Penal se le dedican once horas; nueve, a nociones de higiene; cinco, a educación física y baño; cinco, a gimnasia aplicada; doce, a juegos deportivos; dieciocho, a conocimientos militares; nueve, a ejercicios de puntería; cuatro a conferencias; veinte, a cantos.

Ejercicios de conjunto, o sea desembarcos en las playas próximas, marchas, etc., son cerca de treinta horas en las diez semanas, y los paseos militares cuentan con cuatro horas en dicho tiempo. Pero, además, hay que contar la revista de vestuario, limpieza de armamento, viajes, ejercicios de tiro, etc., todo un sistema matemáticamente calculado, pero al mismo tiempo lleno de flexibilidad y estímulo.

Los marineros saben que veinte serán seleccionados para señaleros; treinta, para el curso de apuntador provisional; doce, para telemetristas provisionales; veinte, para fogoneros provisionales, y veinte, para torpedistas provisionales, con lo cual crece el fervor y la disciplina, sobre todo sabiendo que estos cargos gozan de muchas ventajas. No hay que olvidar que muchos marineros de estos reemplazos de

forzosos o voluntarios suelen quedarse en la Marina e inician dentro de ella una escala progresiva de destinos.

Son interesantes los ejercicios de embarque y desembarque por el tangón, el izarlos y arriarlos y arrancharlo en los pescantes, etcétera. Al enseñarles todas las faenas marineras que se realizan en los barcos van aprendiendo con los ejercicios un lenguaje preciso: lanzar la guía, cobrar de una estacha, encapillarla en un noray. Los marineros, al salir del cuartel, conocen la terminología especial de todas las partes del barco, se han familiarizado con las distintas naves del arsenal, y sobre objetos reales del pafiel del contramaestre y sobre cuadros murales se han aprendido, para no olvidarles jamás, todas las señales, distintivos y grados.

Me ha parecido conveniente insistir en todo esto porque pocas veces he visto que unos elementos rústicos y torpes se transformen tan rápidamente en elementos útiles y preparados, no sólo para rendir su cometido en el servicio que les espera, sino también para volver a sus hogares, una vez licenciados, convertidos en ciudadanos de un nivel muy superior al que habían traído al cuartel. Creo necesario destacar esta admirable labor, de gran trascendencia social, que nuestra Marina de guerra lleva a cabo en tiempo de paz. Y que, a mi ver, no es menos importante, aunque sea menos gloriosa, que la llevada a cabo en tiempo de guerra.

Dentro del cuartel existen talleres de sastrería, zapatería, barbería, etc., donde el marinero resuelve económica y rápidamente sus pequeños problemas. Para los ratos de expansión tiene un Hogar del Marinero, donde impera un sentido de familiaridad y alegría muy dignos de tener en cuenta. Creo que pocos cuarteles españoles habrán sabido hermanar tan estupendamente disciplina y humor, organización y camaradería.

SEGUNDA VISITA: LOS ASTILLEROS

En un principio los astilleros de El Ferrol estaban en La Graña, en el lugar llamado La Casería; ahora quedan frente al inmenso barrio obrero de Estreito.

Si El Ferrol tiene por un lado la estampa aristocrática del marino pulcro e impecable, no creamos que con esto se ha acabado la ciudad del Departamento. Unos 12.000 obreros trabajan constantemente en los gigantescos talleres de la Empresa Nacional «Bazán».

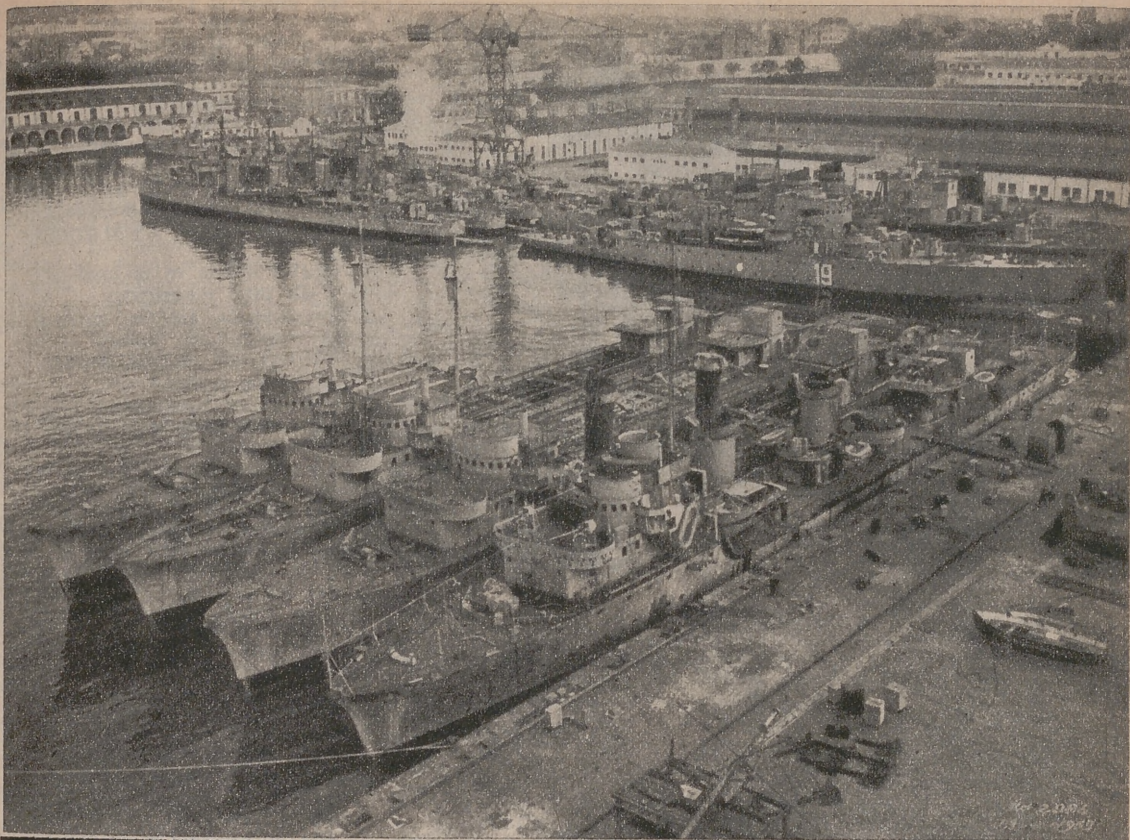
Al amanecer comienzan a llegar en barcas, trenes y bicicletas centenares de artesanos que se desplazan de las aldeas próximas para asistir al trabajo con una uniformidad casi castrense.

El último barco (1954) que ha sido botado en los astilleros ha sido el petrolero «Almirante Vierna», que es, con sus 21.000 toneladas de desplazamiento, el mayor buque que tiene España. El primero que salió de sus diques, en 1751, fué el «San Fernando». (Antes se habían construido (1735) en La Graña la fragata «Ermiona», de 30 cañones, y los navíos «Galicia» y «León», de 70 cañones cada uno.)

La visita a los astilleros es



Marineros en periodo de instrucción y entrenamiento, en un transbordador



En los muelles Norte y Sur de la dársena interior de los astilleros se ven cuatro destructores tipo «Audaz» en construcción. Al fondo se ven cañoneros y destructores

preferible hacerla en bote. Se embarca uno en el puerto de Cruxeiras en una pequeña embarcación y emprende una travesía hacia el extremo de la ría bordeando las instalaciones.

Entonces la impresión de conjunto que uno recibe es realmente de asombro. Los astilleros vienen a ocupar una superficie total de 582.784 metros cuadrados. Desde nuestro bote recorreremos quizá más de los dos kilómetros contemplando un panorama de grúas, diques, esqueletos de barcos y montones de chatarra. Las grúas llegan a formar como una especie de bosque de pesadilla, porque para darle mayor alucinación está la niebla y los reflejos del agua, que multiplican atrozmente torres de hierro, chimeneas y garfios.

Los astilleros de El Ferrol tienen doscientos años de vida. En el primer siglo lanzó a los mares 172 barcos que respondían a todos los tipos conocidos: fragatas, urcas, corbetas, goletas, bergantines, paquebotes, balandras, bombardas, quechemarines y buques menores. El primer buque de hierro que salió de El Ferrol fue el cañonero «Paz» (1881), y el primero de acero fue el cañonero «Mac Mahón». El primer barco de vapor lanzado en El Ferrol fue el «Jorge Juan» (1850) que tenía el casco de madera. Pero es en tiempos de Narváez, a mediados de siglo, cuando comienzan a construirse en serio los barcos en España. Antes se compraban en Francia o en Inglaterra.

UNA SERIE INVOLVIDABLE DE BARCOS

En esta época empiezan a salir de estas factorías barcos que tienen nombre e historia. Son los cañoneros «Eulalia» y «Concha»,

la batería flotante «Duque de Tetuán» y los cruceros «Reina Cristina», «Isabel II» y «Alfonso XII», a los que siguen el crucero protegido «Alfonso XIII» y el crucero acorazado «Cardenal Cisneros», y, por último, el crucero embonado «Reina Regente». No podemos dejar de nombrar, en tiempos más recientes, los dos cruceros gemelos, el malogrado «Balears» y el «Canarias». De El Ferrol salieron también trasatlánticos como el «Cristóbal Colón» y el «Marqués de Comillas», y tantos barcos menores que son prestigio de nuestra Marina.

Hace muy pocos años que el Consejo Ordenador hizo entrega de esta Empresa colosal a la Empresa Nacional «Bazán».

MEDIO MILLON DE REMACHES Y UN MILLON DE ELECTRODOS PARA LEVANTAR LA ESTRUCTURA DEL PETROLERO «ALMIRANTE MORENO»

Acompañado de mi colega José María López Ramón, que de todo esto sabe mucho, he visitado algunas dependencias de esta Empresa. Quería que me diera detalles sobre los últimos petroleros botados.

—Pues, mira. El «Almirante Moreno» se ha hecho en ocho meses y es la obra 104.

—¿Eso qué quiere decir?

—Es una designación técnica y anónima.

—Dame datos que puedan interesar al público.

—Escucha. La eslora de este petrolero—en el que caben 14.000 toneladas de petróleo, con el que 1.000 automóviles podrían muy bien dar dos vueltas y media al mundo, es de 173 metros; su manga, de 20; el puntal, de 11,5; el calado en máxima carga, de 8,99,

y la velocidad máxima, de 17 nudos.

—Entiendo poco el término.

—Pues se trata de una potencia de 9.600 caballos.

—¿Sabrías decirme el peso?

—El acero invertido en su construcción, entre planchas y barras, asciende a 4.700 toneladas. Si quiséramos llevarlo por ferrocarril necesitaríamos para su transporte 23 trenes, y por carretera, unos 700 camiones.

—¿Y cuántos camiones serían necesarios para transportar el petróleo que cabe en uno de estos bichos?

—Pues unos 2.000, pero 2.000 camiones cuestan once veces más caros.

—¿Cuánta tripulación necesita?

—Cerca de 50 hombres.

—Ya puesto, dime, si lo sabes, la superficie de las planchas.

—Calcula una alfombra de centímetro y medio de espesor para llenar cinco estadios de fútbol.

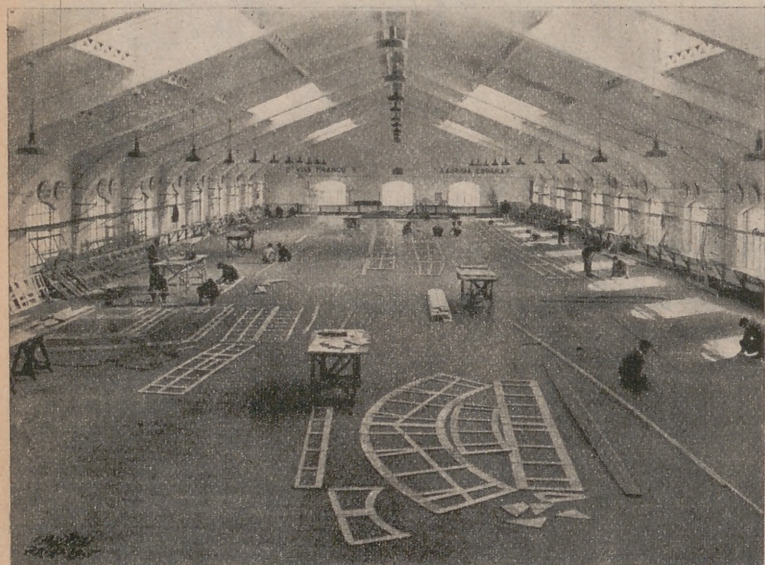
—¿Cuántas bombas para arrojar el combustible?

—Treinta, que son poco más o menos lo que necesita Zaragoza para abastecerse de agua. Diez mil metros de tubería lleva el coloso.

—¿Ofrece alguna novedad nuestro petrolero?

—Los mamparos ondulados le permiten un grado de flexibilidad notable ante las crestas de las olas.

Los periodistas terminan por especializarse cuando están juntos a determinadas industrias, no cabe duda. Porque es imposible saber más de un petrolero que lo que sabe mi amigo. También me dijo que esta construcción puede competir con la extranjera y que la prueba está en que varios países han hecho embar-



Das de las naves de los astilleros de El Ferrol del Caudillo

gos, y concretamente Estados Unidos está gestionando actualmente la construcción de varios petroleros en El Ferrol del Caudillo.

TERCERA VISITA: LA PYSBE

Pero mi sorpresa, y a esto me refería antes, es que El Ferrol y su industria no se agotan ni con la Marina ni con los astilleros. Hay otras Empresas e industrias de trascendencia nacional que se pueden pasar por alto.

La Pysbe es una factoría dedicada a la pesca y transformación del bacalao. También puede considerarse ejemplar. Los comedores y las naves de estas fábricas presentan un aspecto de lo más moderno y confortable, y el aspecto de los 500 obreros que en ellas trabajan es de lo más alegre y sano. Todos visten el equipo de la industria y van y vienen entre los frigoríficos y las perchas del bacalao como si estuvieran en una fábrica de bufandas.

—¿No le toman manía al olor?

- Estamos acostumbrados.
 - ¿Cuántos barcos tiene esta industria?
 - Siete.
 - ¿A qué mares se dirigen para la pesca?
 - Siempre a Groenlandia y Terranova.
 - ¿Cuántas toneladas supone una campaña?
 - Unas 6.000.
 - ¿A dónde envían el bacalao?
 - A todo el mercado nacional.
- El técnico que me acompaña es un hombre parco de palabras y que de vez en cuando tiende la mano al bacalao colgado y lo acaricia como si fueran corbatas de seda.

No he visto nunca ni podía figurarme que el bacalao estuviera apllado en unas naves tan limpias y relucientes.

—Los frigoríficos, ¿son españoles?

—No, son suecos.

CUARTA VISITA: LA FÁBRICA DE LÁPICES

Confieso mi ignorancia. Nunca creí que toda esa gama de lápices,

desde el escolar al del carpintero, desde el azul y rojo de la oficina al sobrio de los delineantes, podían salir de El Ferrol. Creí que todas las marcas nacían en Barcelona o en el Extranjero. Y no hay tal.

La fábrica Hispania, S. L., que visitamos, creo que antes de la guerra era sucursal de la Faber, pero en la actualidad trabaja por su propia cuenta y con gran éxito.

—¿De dónde es la madera?

—Es pino americano.

—¿Cuántos metros cúbicos al año emplean en lápices?

—Unos 800 metros cúbicos.

—¿Y de grafito?

—Unas 20 toneladas.

—¿Cuántos lapiceros al día?

—Unos 150.000.

Todos los lápices que se consumen en España, más o menos salen de aquí. Compruébelo usted mismo examinando el que lleva en el bolsillo. Aquí se hacen unos 20 tipos distintos, de todas las calidades y de todos los precios, desde 40 pesetas la gruesa hasta 180. Cada gruesa tiene unos ciento cuarenta y tantos lápices.

Los lápices van saliendo de las máquinas como fideos. Lo primero que se hace es la fabricación de la barra. Allí está el molino donde se cuece la masa y un filtro para evitar los granulos. Después pasa la materia a una prensa que es la encargada de dejarla flexible. Luego la secan y queda calcinada después de soportar una temperatura de los 1.000 grados. El momento más interesante, aparte de ver cómo se va enrollando la barra del lápiz como si fuera un fideo delicadísimo, es también estar delante cuando la barra es colocada dentro de la madera, ver cómo caen cortados a una velocidad insospechada y cómo en cosa de pocos minutos el lápiz está coloreado, abrigantado, marcado, encajado, etc. El procedimiento es de lo más simple del mundo, pero a esta simpleza sólo se ha podido llegar después de darle muchísimas vueltas en la maquinaria.

—Al año, ¿cuántos lápices pone en circulación El Ferrol?

—Cincuenta millones.

Ahora es cuando uno piensa que casi tocamos a dos lápices por cabeza y que no hace falta de ningún modo quedarse con el lápiz del vecino.

—Pero también mandamos a América.

—¡Ah, vamos!

Allí vamos viendo las marcas que conocemos, las marcas de tantos lápices como llevamos perdidos en nuestra vida. Es el Johann Sindel, el Iris, el Copias, el Competidor, el Bambú...

La fábrica de lápices de El Ferrol no es ninguna broma, por supuesto.

QUINTA VISITA: LA FACTORIA NAVAL ASTURANO Y LA FENYA

Si va a El Ferrol y cree uno que con lo que ya ha visto es suficiente; se equivoca. Es preciso que se embarque hasta Perlio y vea por sus propios ojos esta factoría. Perlio es uno de los muchos rincones pintorescos que tiene la ría ferrolana.

En 1942 se lanza en la Asta no el primer barco, el «Comandante Lobo», que es dedicado a la pesca en pareja, y de entonces para acá se han construido más de 80, entre ellos bacaladeros modernísimos provistos de sonda eléctrica y radar. Actualmente construye cuatro costeros de 1.000 toneladas de carga útil, uno de 500 toneladas de peso muerto y dos pesqueros.

Trabajan en estos excelentes talleres cerca de 2.000 obreros, y sus gradas se van ampliando día por día, como se va perfeccionando la técnica de sus empleados gracias a las escuelas que la misma Empresa tiene montadas.

Un soberbio taller de maquinaria de unos 3.000 metros cuadrados de superficie, con dos na ves, está en construcción, como lo está un nuevo dique seco donde se podrán varar buques hasta de 15.000 toneladas de peso muerto. Lo cual quiere decir que Astano lleva un ritmo ascendente de verdadera potencia industrial y llegará a ser un núcleo de los primeros en su clase. Al otro lado de la ría, en La Graña, otros astilleros ofrecen su costillaje y sus carros donde varan bous, parejas y otros pesqueros que se carenan y reparan en los talleres de Gumersindo Paz.

No podía faltar en El Ferrol una fábrica como la Feña, de donde salen los elementos, motores, teléfonos, etc., que equipan los barcos.

Y es que El Ferrol, está claro, vive de, por, para, etc., el barco.

AUN HAY MUCHAS MAS INDUSTRIAS DE INTERES EN EL FERROL

Estamos seguros de que nadie piensa en El Ferrol como en una ciudad industrial. Y sin embargo, a lo que hemos apuntado, habría que añadir una serie de fábricas y empresas cuyos productos tienen indudablemente importancia nacional.

Un día vas por la calle de El Ferrol y lees: «Jabones, Baceiros». Jabones hay en toda España, pero si se te ocurre traspasar las puertas, tendrá que dedicarle un poco de atención. Medio centenar de obreros van y vienen entre calderas, cajones de sobo y sacos de talco. No deja de ser curioso que durante la guerra, industrias como éstas hayan nacido ante la escasez de un producto y que hayan sabido mantenerse en el mercado.



Perspectiva de una de las zonas de ensanche de la ciudad, espaciosa y con modernos edificios

Pero si otro día uno coje una de esas panchas que atraviesan la ría y llegase hasta Manifios, otro de los pueblecitos industrioses que rodean la capital Departamental, muy cerca de la estatua de un indiano—que puede ser símbolo de la vida y la riqueza de estos pueblos— uno se entera de que la mayor parte del juguete moderno que vemos en los grandes almacenes de casi toda España, se fabrican aquí. Industrias Otero, en efecto, no es tampoco, ninguna tontería. De sus amplias naves salen no sólo juguetes, sino también esos pueblos de niño pintados de azul y rosa que los padrinos rumbosos regalan en los bautizos.

Todo en El Ferrol es aliento de trabajo y prosperidad económica.

UNA VISITA OBLIGADA AL ALCALDE DE EL FERROL

El Alcalde de El Ferrol es don Francisco Dopico González, un hombre de muy pocas palabras y muy serio. Es comandante de ingenieros militares de Construcción y Fortificaciones.

Expresamente nos ha dicho que no quería hacer declaraciones de ninguna clase. Pero no ha podido negarse a darnos unos detalles reveladores del compromiso que supone la vara del Alcalde de El Ferrol.

—¿Hay suficientes viviendas?

El nuevo campo de fútbol de El Ferrol del Caudillo



—El Ferrol es de los sitios donde más se ha construido en este sentido, pero habrá que abordar el problema de viviendas para pescadores.

Después discutimos del acierto o desacierto de algunos bloques que se han construido, sobre si resultan estéticos o no, aunque sean imponentes y majestuosos. Pocas capitales españolas podrán presentar una plaza como la que con el nombre de España se ha levantado en El Ferrol de la nada. Como no será fácil encontrar un edificio municipal como el que El Ferrol acaba de estrenar.

—¿Hay muchos emigrantes ahora?

—Pocos. Disminuyó mucho la cifra.

—¿Cómo se encuentra el presupuesto?

—El Ferrol cuenta con unos dieciséis millones y necesita unos veinticinco mil. La población aumentó mucho.

—En cuestión de comunicaciones ¿hay algún plan en estudio?

—Sí, un nuevo acceso por carretera que necesita El Ferrol tan-

to como resolver el problema de aguas. La instalación y sanidad de los conductos es insuficiente debido al rápido crecimiento de la población en los últimos años.

—Y culturalmente...

—Hemos puesto en el nuevo edificio del Ayuntamiento una Biblioteca Pública, cómoda y alegre.

—¿Qué más sería necesario?

—Pienso que nos hace falta un nuevo Grupo de Enseñanza Primaria y que El Ferrol necesitaría con urgencia una Escuela de Capacitación Profesional. Habiendo aquí tantas industrias sería conveniente una formación técnica para tantos trabajadores. Un diploma de esta Escuela y el trabajo iría esbozando al futuro capataz y maestro...

—¿Es cierto que hay un proyecto de puentes desde Ferrol al Ferrol?

—Es cierto.

—¿Cómo va el ferrocarril de la costa?

—Esto es algo fundamental y a ello estoy aplicado. Tengo esperanzas de hacer algo positivo, pero como le dije antes considero más oportuno que hacer declaraciones, trabajar, hacer cosas. Por lo pronto, tenemos que hacer un estudio de todos los problemas pendientes y trazarnos un plan concreto. El señor Dopico acaba casi de encargarse de la Alcaldía. Pero nos ha parecido que en buena hora para El Ferrol.

PASEO Y TERTULIA

Una de mis paradas por las calles de El Ferrol fué ante la casa donde nació el Caudillo. En la fachada hoy una lápida que recuerda la gesta de su hermano Ramón en su célebre vuelo. El Ferrol acaso no tenga monumentos dignos del desplazamiento de un turista, pero me han dicho que ante la casa del Generalísimo se paran y hasta se acercan a acariciar las paredes forasteros que parecen llegar como peregrinos de devoción.

Después de estos paseos me he tenido que recluir en donde termino siempre los reportajes, en una librería. Me interesa conocer a los tipos interesantes de El Ferrol.

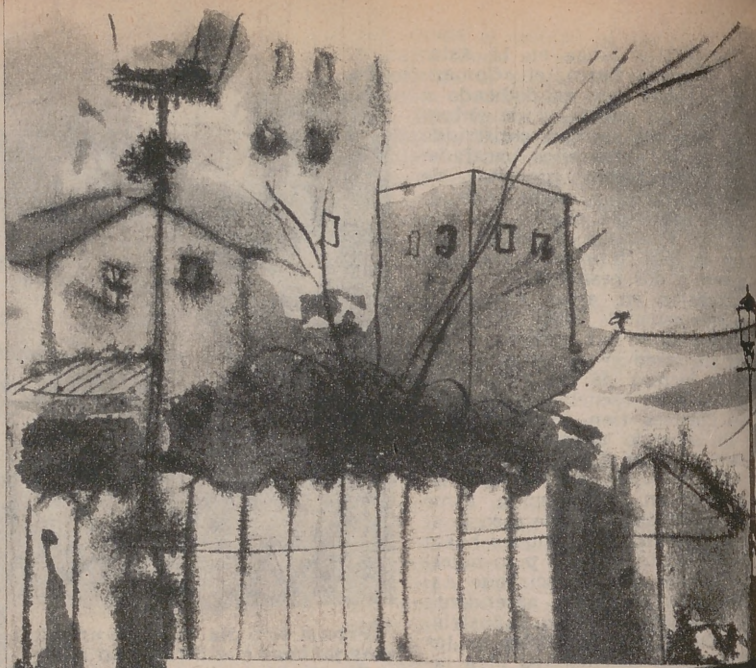
En seguida di con ellos. El cura Polo fué el encargado de llevarme a ellos. Este capellán presta servicios en la Armada, pero tiene tiempo para emborrillar cuartillas, cuartillas que escribe con gran decoro y agilidad. Otro tipo bueno es el pintor Segura, muy pequeño, pero con un pincel terrible, descarnado, bárbaro. Es por cierto, un artista de gran temperamento. Otro pintor extraordinario es Barros, que está en buen momento. En la casa de otro pintor y jurista, Leyra, pasamos un buen rato, mojando en vino dulce una «bolla de patrón».

Pero quien me pareció un tipo de una pieza fué Luciano Castro, pintor poco amigo de peñas, pero dotado de una gran sensibilidad. Lástima que tenga tan poca prisa por exponer.

En El Ferrol la vida se hacía muy agradable a pesar de la lluvia. Pero uno no puede estar en los sitios más de tres días.

CASTILLO PUCHE

(Enviado especial.)



EL REGRESO

NOVELA

Por Josefina Rodríguez

MADRID quedaba a la derecha. Madrid siempre quedaba a un lado porque no interesaba entrar allí, ni siquiera de paso, atravesándolo. Los trenes pequeños de tercer orden les ayudaban a esquivar Madrid, la gran ciudad de sólidos teatros que rechazaba su presencia profesional. Luego, en una estación negra y agitada, cambiaban a las líneas principales, seguían hacia el Norte o hacia el Sur buscando las ciudades pequeñas.

Las ciudades pequeñas les recibían alegremente. En todas hay un Gran Teatro que permanece cerrado largas temporadas y que sacude el polvo de sus butacas enfundadas cuando alguna compañía importante incluye la ciudad en su gira anual hacia playas de moda. También hay un Teatro Pequeño que usan los aficionados en funciones benéficas y que la Empresa explota como sala de cine habitualmente.

Las ciudades pequeñas se alegraban con la visita del Teatro de Lona y se avenían a que éste desplegara su gran paracaídas en un solar céntrico.

Los niños y los desocupados contemplaban la rápida instalación, espiaban desde la puerta—que se cerraba o se abría como una persiana enrollada en lo alto o suelta hasta el suelo—y estorbaban el paso de los hombres que trasladaban sillas de tijera alquiladas para el patio de butacas. Los hombres que hacían estos trabajos eran contratados en la ciudad, igual que los acomodadores.

Cuando terminaba la instalación, los mismos hombres repartían programas por las calles, bares y cafés. En los programas venía una lista larga de obras a representar y por el otro lado la ordenada enumeración de actores y actrices.

Jorge Villa era de los últimos, aunque la lista no guardaba un orden alfabético. Era de los últimos por derecho propio o, mejor dicho, por ausencia de derechos artísticos; a pesar de que su hermana Elvira era la primera actriz y esposa del primer actor; a pesar de ser él muy joven—veinte escasos—rubio y bastante alto.

Jorge era Antonio, Pero Elvira, su hermana, le había hecho cambiar de nombre.

—Jorge es nombre de artista. No se puede comparar al tuyo. Te llamarás Jorge.

Jorge era Antonio y Jorge a la vez porque el nuevo nombre se le había incrustado en su re-



ciente personalidad de actor, blanda aún, no curtidada, pero el viejo nombre flotaba en el recuerdo, se hundía en la antigua, permanente consciencia de su historia.

«Madre dijo: —Antonio, me gustaría que tú aprendieras el oficio y te quedaras con la panadería, ya que no te gusta el mar.

Y: —Antonio—dijo el maestro—no es como la niña, señora Juana. Antonio es muy tímido.

Y el médico: —¿Cómo te llamas, niño? —Antonio. —¿Dónde está tu hermana? —Por ahí, en el baile. —Tu madre está muy enferma, Antonio. Busca a tu hermana.»

Antonio, el nombre antiguo, permanecía fiel a lo vivido. El nuevo nombre, también; Jorge era ya suyo, incrustado, poseído.

—Jorge—Elvira nunca se confundía. No recordaba o controlaba el recuerdo de cada instante—, Jorge, me ha dicho Enrique que vayas con Lino al sastre de aquí. Le conocen. Os hará rebaja. Necesitas un traje nuevo. No puedes seguir saliendo a escena con esa piltrafa.

La piltrafa de tela caía deformada sobre los hombros de Jorge. Hacía bolsas en el pantalón y brillos en la espalda.

—Claro—dijo Jorge—. Es el traje que más uso, para trabajar y para andar por la calle.

Tenía muchos otros trajes. Un smoking para la alta comedia y un traje de tenis muy americano que completaba con un pañuelo de rayas rojas y negras al cuello. También tenía pantalones de montar y una camisa a cuadros que le servían, con un látigo en la mano, para hacer de hijo del marqués de una obra. Pero el traje gris, vulgar y callejero, estaba estropeado.

—Lino te acompañará. Hazte un buen traje. Elvira le llevaba sólo cuatro años, pero mandaba en él, disponía de él como cuando eran niños, en la casa de Rota, Cádiz; Sur, cielo blanco y luz, tierra blanca y agua cargada de sal.

La ciudad se alegró con su llegada. La ciudad tenía catedral y plaza Mayor y una calle moderna con comercios y bares y un paseo junto al río. Fueron a vivir hacia las calles de siempre, de todas las ciudades. A las pensiones viejas y sucias de las calles antiguas, en las inmediaciones del Mercado, en la zona de las caharrerías y las cesterías y los viejos comercios de tejidos para aldeanos.

El teatro se levantó, se hinchó de aire tizante, detrás de las casas más altas de la calle Moderna. Los hombres empezaron a repartir los programas por la tarde y anunciaron la primera función para el día siguiente, sábado, a las seis.

Jorge Villa se probó el traje por la mañana y otra vez al anochecer, y el sastre prometió llevarlo al día siguiente a la pensión.

Al anochecer, después de la visita al sastre, Jorge fué a darse un paseo, junto al río de siempre, de todas las ciudades pequeñas. Se apo-

yó en el puente y sintió, una vez más, la angustia de la llegada, de la brevedad de la estancia; la angustia anticipada de la próxima partida.

En la ciudad, la gente comentaba la llegada del Teatro de Lona, los programas, teatro clásico y moderno, el precio de las localidades. Los adolescentes que paseaban por la calle Moderna se acercaron un momento a verlo, blanco y redondo, anclado en el solar, detrás de las casas altas.

—Vendremos—dijo Marisa a su amiga Isabel.

—Vendremos—asintió Isabel.

Fueron. Y a la salida de la función, Marisa dijo misteriosa:

—¿Te fijaste en el rubio alto, el que hacía de hijo del marqués?

Isabel se había fijado en el primer actor sobre todo y recordaba vagamente al joven rubio.

Marisa aquella noche pensó que la vida que le gustaría elegir estaba allí, en el Teatro de Lona, en los equipajes continuamente removidos, en los trenes y las estaciones. «Diecisiete años encerrada aquí—se dijo—entre esta gente tan aburrida, dando vueltas por la calle Moderna como toda diversión.» La huida se le apareció como única solución. «Sería capaz de escaparme con el rubio del teatro... Si él quisiera me casaría con él y me marcharía... Es interesante y algo triste. ¿Tendrá novia?»

A la mañana siguiente, al salir del Instituto, Marisa se acercó con Isabel a la taquilla del Teatro de Lona y sacaron entradas para la nueva función.

La angustia de la llegada a un sitio nuevo, de debutar ante gente distinta, aunque fuera muy parecida a la del último lugar visitado, aunque las obras fueran las mismas y los papeles ya sabidos, seguros en la memoria. Jorge sentía esta angustia cada vez con más fuerza y se decía que era inútil, que no servía para actuar en público, aunque Elvira le hubiese hecho creer que tenía voz y figura y nombre apropiados.

«¿Hasta dónde llegaré con todo esto?», se preguntaba. «¿Hacia dónde huimos y de qué?». Y quería quedarse, deseaba arraigar definitivamente en una de aquellas ciudades tan quietas, tan firmes, cimentadas en torno a una catedral, a una plaza Mayor, creciendo en crecimiento natural, a ambos lados del río.

Rota, no. Rota estaba lejos y lejos debía permanecer. Nada había allí sino el recuerdo, la madre, la escuela, la luz blanca y la sal. Pero quedarse allí, viviendo de algo—de algo—en una de estas ciudades, afianzarse, continuar.

—Cada vez veo a Jorge más raro y más solo. Nos va a dar un disgusto cualquier día—dijo Elvira a su marido antes de acostarse.

La habitación estaba fría y olía a cremas de tocador rancias, a ropa usada, a humedad. Sobre las sillas se extendían los trajes, cuidadosamente distribuidos. En el armario pequeño y desvencijado no cabían todos.

Enrique no contestó. Se estiró en el lecho, cansado, y cerró los ojos.

—No sé por qué le hice venir con nosotros. Me va a pesar. Es muy raro—insistió la mujer. Enrique, ahora, sí habló. Dijo:

—¿Y qué hacía en tu pueblo, si puede saberse? ¿O es que allí no era raro, viviendo como vivía de los parientes lejanos y sin trabajar en nada?

Elvira suspiró. Apagó la luz. Pegó su cuerpo dolorido del trabajo tenso del día, al cuerpo delgado y fofó del marido. Rechazó la imagen de Jorge e intentó dormir.

«Mañana, otra vez al trabajo... Pero mañana ya no habrá cansancio. Ya se habrá olvidado el viaje y el barullo de la instalación...»

Enrique dormía serena, quietamente. En los bordes del bigote negro y en las arruguitas de los ojos, el maquillaje, limpiado apresuradamente, había dejado su polvillo tostado y reseco.

Las calles de los alrededores del Mercado tienen una intensa vida en las horas de la mañana. La fruta, el esparto, los cacharros, los churros, los pasteles callejeros, apretados en cestas de papeles grasientos; las mujeres que compran y venden.

Jorge salía a pasear temprano, se perdía entre la gente de las calles ruidosas, asistía al regateo, la duda, la elección de géneros, la disputa que precede a la pequeña operación comercial.

Las viejas pensiones de los actores del Teatro de Lona despiertan—en todas las ciudades—con los gritos cercanos de los mercados. Jorge sentía estos gritos mañaneros como un rumor hogareño, repetido, como un engañoso rumor de calle no recién estrenada sino conocida, arrastrada con ellos, tras de ellos, en sus viajes; la calle de la infancia, igual, intacta, a la que se vuelve cada noche.

Los demás actores se quejaban del sobresalto ruidoso de todas las mañanas. Los actores se acostaban tarde, necesitaban dormir hasta casi el mediodía. Jorge no decía nada, pero íntimamente agradecía el ruido, el madrugón obligado, el sueño escaso. Desayunaba de prisa y salía a la calle amiga, inalterable; buscaba las caras conocidas de las gentes que compraban y vendían; reencontraba en cada ciudad el murmullo universal del vivir sedentario, organizado y monótono.

—Por allí viene—dijo Marisa. Y enrojeció.

Isabel no supo a donde mirar. Estaban junto a la taquilla del teatro examinando los programas del día, alargando el momento de la decisión, calculando el dinero de la entrada.

—Por favor, ¿quiere usted firmarme este programa?

Jorge se sorprendió. No comprendió bien al principio. Luego sonrió y asintió torpemente, reconociendo para sus adentros su escaso dominio de la popularidad. La muchacha que había hablado esperaba, con el programa en la mano, y Jorge casi se lo arrebató.

Se dirigió con él a la ventanilla de las entradas.

—Oye, tú, ¿me dejas un lápiz?

El taquillero se lo dió y asomó la cabeza, curioso.

Jorge caminó hacia una de las tapas del solar, apoyó contra ella el programa, escribió: Jorge Villa. Había dudado un momento: Jorge o Antonio. La firma era clara, letra grande y un doble lazo bajo el nombre. Era absurdo haber dudado. Jorge. El artista, Jorge.

La muchacha le sonrió, agradecida. La amiga no había dicho nada y esperaba, un poco perpleja. La que había solicitado su firma guardó el programa entre las páginas de un libro—las dos llevaban libros bajo el brazo—y dijo:

—Muchas gracias. Adiós.

Las vió alejarse solar adelante hasta la amplia salida que daba a una calle transversal. Luego, sin saber qué hacer, dió la vuelta al círculo de lona y se sentó al sol, en una piedra, con la cabeza entre las manos.

Marisa y su amiga Isabel habían llegado a la calle Moderna. Hasta que no desembocaron allí, en el paseo soleado, alegre de terrazas y tiendas bonitas, Marisa no habló. Entonces dijo:

—¿Qué te parece? ¿Crees que se habrá reído o se habrá puesto tonto?

Isabel movía la cabeza, dudosa y admirada.

—¿Cómo te has atrevido?

Marisa, muy seria, contestó:

—En la vida hay que tener valentía, Isabel. Si no, no se consigue nada.

La función de la tarde transcurrió lenta e incómoda para Jorge. Temía que entre los espectadores desconocidos, de todos los días, estuviesen hoy las muchachas de la mañana. Pensó que su papel era ridículo y que el traje nuevo, todavía despegado y ajeno a su cuerpo, lo haría moverse con dificultad. Se prometió no volver a aparecer cerca del teatro fuera de las horas de trabajo, para evitar nuevas y posibles peticiones de autógrafos. Cuando salió a escena sintió rabia de todo y dijo sus frases en voz alta, casi gritando, irritado. Lino, el viejo actor, que era su tío en la obra, se le quedó mirando con asombro y comentó luego con los compañeros que Jorge estaba un poco más extraño cada día.

A la noche, en la segunda sesión, el miedo se había disipado y Jorge volvió al gris aburrido tono de todos los días, a las palabras dichas sin gracia y sin entusiasmo, para un público anónimo, ligeramente inquietante, pero impersonal y casi fantasmagórico.

Elvira quiso ser amable.

—Jorge, ¿te pasa algo? Parece que estás un poco triston estos días, desde que hemos llegado aquí...

Jorge agradeció la preocupación de la hermana, siempre tan distante, y contestó:

—No, Elvira. Estoy como siempre. Nunca hablo mucho, ¿verdad? Pero ya sabes que no es de ahora, es de toda la vida. Nunca he hablado mucho.

Elvira no insistió. Comían los tres, Enrique, Jorge y ella, en la misma mesa, en el comedor de la pensión, que tenía un espejo al fondo y dos maceteros en las esquinas con verdes macetas y pañitos de encaje, sucios y desfilecados. Los otros compañeros se repartían por las mesas en los grupos de costumbre.

Generalmente, comían los tres en silencio. Todo lo más Enrique y Elvira cruzaban algunas palabras sobre una obra, un problema económico, una reacción del público; pero de ordinario callaban y se pasaban la sal o el pan, maquinalmente, ajenos entre sí, ni tristes ni alegres, aunque ahora Elvira le hubiese mirado y de pronto hubiese hablado de tristeza.

Jorge quiso decir: «Y vosotros, que sois dos, que sois marido y mujer y debéis estar contentos, ¿habláis vosotros más que yo?»

Pero no lo dijo, porque nunca se hubiera atrevido y porque sabía que, además, Elvira tenía razón, que su tristeza no era como el silencio de ellos. Su tristeza era intranquila y había ansiedad en su actitud y desazón por algo en sus movimientos. Y el silencio de ellos, de Elvira y Enrique, era el silencio porque de verdad no hay nada que decir, un silencio vacío, tranquilo y firme, cuyos límites eran conocidos y cuyas causas se perdían, incuestionables, en el tiempo, sin sombra de odio ni descontento.

Jorge no hubiera podido defenderse acusando, pero quiso hablar, desviar de algún modo el pensamiento de los otros de su descubierta tristeza. Dijo:

—Ayer tuvo gracia... Se me acercaron dos chicas, junto a la taquilla del teatro, y una de ellas me pidió un autógrafo... para el programa.

Elvira rió, halagada.

—¿No te he dicho mil veces que, si te empeñas, llegarás a mucho?

Enrique, un poco burlón, callaba.

Jorge sintió necesidad de explicar:

—Pues no me hizo ninguna gracia. Me pareció una estupidez firmar en un programa...

Elvira se encogió de hombros. La conversación terminó, y los tres se concentraron en la comida, escasa, mal sazónada.

El padre comentaba.

—Son malos, es verdad, pero menos hacen otros que no se molestan ni en pasar por aquí. Yo, en compañías, lo mejor que he visto fué en Madrid, allá por el año...

La madre hacía punto y Marisa escuchaba, tensa, los comentarios del padre. Cuando tuvo ocasión, intervino.

—Pero a mí me parece que no son tan malos. ¿Por qué no fuisteis ayer a verles el «Tenorio»?

El padre replicó:

—No me puedo imaginar el «Tenorio» fuera de su tiempo. No se me ocurriría ir a ver el «Tenorio» en primavera, me parecería raro, fuera de lugar...

Marisa no contestó, y cuando el padre salió camino de la tienda, la silenciosa compañía de la madre le hizo sentirse confiada y charlatana.

—Lo que me gusta de esa gente es la vida que hacen...

La madre la miró extrañada.

—¿De qué gente hablas?

Marisa se sonrojó y pensó que su madre había sido siempre torpe y brusca.

—Hablabas de la gente del Teatro de Lona... De lo que estábamos hablando papá y yo hace un momento.

La madre la miró y siguió haciendo punto. Marisa no supo qué hacer y se refugió en una inútil ordenación de sus cuadernos y libros de texto. La madre habló.

—No sé qué me ibas a decir, pero yo sí puedo advertirte algo: No me gusta tanto correteo, mañana y tarde, por esas calles de Dios. Te vas a hacer más vista que el reloj de la plaza, y además, no creo que sea ése el modo de aprovechar el tiempo estando tan cerca los exámenes.

Se abrieron las nubes que habían ocultado el sol y la galería se inundó de luz. Marisa abrió la ventana y respiró el olor del aire. La madre quedó dentro, oscurecida y aislada, fuera del radio luminoso del sol. Marisa se apoyó en la ventana y no dijo nada.

Los libros, los cuadernos, ordenados para el descanso, también estaban dentro, olvidados. De la calle subía una llamada turbia y caliente de aventura.

«Dentro de dos días, otra vez a escapar», pensó Jorge, y la angustia de la partida le subió, como una náusea, a la garganta.

«Dentro de dos días, arriba, hacia el Norte, hacia el mar.»

El olor anticipado del mar del Norte, denso y picante, se le entraba nariz y boca y cuerpo adelante. Recordaba un día, en Rota...

(Las redes pesaban y él ayudó al hombre a arrastrarlas. Era difícil recordar el nombre del pescador. No importaba el nombre, de todos modos. El pescador le miró con cariño, de eso estaba seguro, agradecido por la ayuda. El pescador dijo: ¿Quieres venir mañana a la mar, pequeño? Y él había ido retrocediendo asustado, como ante una amenaza. El pescador no quería asustarle. Dijo: ¿No te gusta la mar, chico? Y él había sacudido violentamente la cabeza, en la negación. El pescador había sonreído—ahora Jorge piensa que era una sonrisa triste, pero le era difícil asegurarlo—Había sonreído—eso sí—y había dicho: ¿Qué te gusta entonces? El no sabía qué contestar, pero buscó la respuesta desesperadamente. —Me gusta la tierra.

Así, dicho en tono agresivo para que el otro no insistiera en llevarle al mar.

—Te gusta andar por la tierra. Haces bien, chico. La tierra es más segura que el mar...)

«Y por huir del mar o por huir de Rota o de mí y de lo que era mío empecé a andar para llegar hasta aquí y subir al otro mar y luego volver a empezar la marcha...»

Dentro de dos días, el viaje, la llegada, el nuevo alojamiento en las calles del Mercado, oliendo, esta vez, a redes y a humedad.

—Para tí, sí, para tí. ¿No ves el nombre?

Elvira se maquillaba, se retocaba una última vez ante el espejo, en el camerino estrecho, triangular, de paredes de lona.

Jorge recogió la carta y contempló asombrado su nombre escrito en tinta, la dirección: Teatro de Lona, en el solar de...

No lo abrió todavía. Le tocaba salir a escena de un momento a otro. El penúltimo día en la ciudad, homenaje al público (al día siguiente era el homenaje a Elvira, como en todas las otras ciudades).

En escena olvidó el sobre. Como otras veces, intentó superarse pensando en el poco tiempo que restaba, queriendo expresar de alguna manera un entusiasmo, inexistente, por el oficio elegido, como justificándose con los espectadores a punto de despedirse de ellos.



Y luego, en la pensión, después de la cena, cuando todos abandonaron el comedor la leyó. En seguida recordó el programa, las dos muchachas pidiendo un autógrafo. La leyó y luego, en su cuarto, la guardó en el bolsillo de una chaqueta vieja, colgada de una punta tras de la puerta.

El amanecer, anterior a los gritos madrugadores de la calle, le encontró despierto, ceñudo, meditando.

Enrique tenía pluma, pero no se atrevió a pedir-sela. Escribió con un trozo de lapicero de tinta que había encontrado en el aparador del comedor. Escribió allí mismo, en la mesa de las comidas, antes de que se lebanbaran los demás.

Escribió: «Estás muy engañada y esta vida no te gustaría. Es muy triste rodar por las pensiones sin poderse quedar en ningún sitio por mucho que te guste».

Se sorprendió al darse cuenta de que no le era difícil escribir. Al contrario. Decía, escribiendo, cosas que no había dicho nunca hablando. Y escribía para nadie, prescindiendo de la muchacha a quien la carta iba dirigida.

Hacia la mitad de la carta se detuvo y tachó. Había escrito: «Mi casa es el mundo». Pero le pareció falso y ridículo, como las parrafadas del primer actor en algunas comedias.

Salió a comprar papel blanco para pasar a limpio las apretadas líneas que llenaban el dorso no impreso del programa del día.

—No lo puedo creer. Estás loca, Marisa.

Isabel estaba de verdad asustada y miraba a su amiga con terror.

—¿Pero no comprendes que esta gente de teatro es muy mala gente y que te puede pasar algo? ¿Y si te ven con él? Todo el mundo sabe que es de la compañía, y fíjate lo que dirán de ti. Y si se enteran en tu casa te matan...

Marisa estaba nerviosa, pero no tenía miedo. Todo lo más un temblor de emoción no dominada. Pero Isabel temía. Era distinto hablar y pasear con los chicos de aquí, hijos de familias conocidas. La riña, cuando los padres se enteraban, tenía matices de autoridad dolorida, de dignidad y costumbres ofendidas. En el fondo, aquello no molestaba a los padres, sino que les hacía sonreír a solas y comentar: «Ya es una mujer que cualquier día tiene novio formal y se nos casa.»

Pero nadie podía imaginarse lo que sucedería si Marisa salía con un extraño, si paseaba por las calles con un hombre del teatro, sospechoso de aspecto, de modales, de profesión.

Isabel tuvo un escalofriante presentimiento de lo que todo aquello podía ser y volvió a insistir.

—No debías ir. Te vas a arrepentir.

El patio del Instituto estaba protegido por unas verjas altas y gruesas. Era un patio sin flores, sin hierba, de suelo duro y pisoteado mañana y tarde por las alumnas. Marisa fué a sentarse en el primer peldaño de la escalinata que conducía a la entrada principal. Apretó el libro de matemáticas, en el que se escondía la carta del actor, y se quedó mirando las rejas entristecedoras del patio. Sintió la importancia de lo que iba a decir y lo fué pronunciando lentamente, con énfasis dramático, impresionada ella misma por su tono.

—Ya no me volveré atrás. No acostumbro a volverme atrás cuando he decidido algo serio e importante para mi vida.

Isabel no tuvo fuerzas para contestar. Marisa suspiró hondamente y luego propuso.

—Tengo tres pesetas. Te invito a un pastel en La Alicante.

La carretera cruza el puente y luego se pierde entre chopos altos, paralela al río. La carretera es negra y tiene puntos brillantes, de las piedrecitas que quedaron prisioneras en el líquido hirviente y espeso que la convirtió un día en carretera de primer orden.

El río acompaña a la carretera desde su cauce hondo, y en su soto enmarañado y virgen bullen los animales pequeños de la tierra muy húmeda: culebrillas, babosas y ranas. En las zonas de hierba encharcada crecen lirios salvajes y los espinos todos se llenan en primavera de rosas esquemáticas y frágiles que se deshacen al más leve contacto. Por el soto del río sólo pasean los pescadores y los chiquillos con afán de aventura y, en verano, parejas y grupos de chicos y chicas de fama dudosa. El río no entra en los límites estrechos de la legislación moral ciudadana. Queda afuera, proscribo y peligroso, abandonado a la exuberante turbulenta de su vegetación.

Sin embargo, no es malo pasearse por la carretera. La carretera se eleva sobre el río, limpia y dura y seca, y es fácil abarcar su extensión ennegrecida de una sola mirada. La gente se ve desde lejos, va y viene como por una calle, se saluda al pasar, hay coches y bicicletas y camiones, rompiendo la soledad de los trechos despoblados.

Marisa ha propuesto un paseo por la carretera porque es más seguro que allí no tendrán encuentros peligrosos. Las mañanas de trabajo no hay grupos de paseantes. Sólo las lecheras de los pueblos cercanos que vienen en sus burros a la ciudad, los carros de los campesinos que van a comprar o vender, algún viejo que toma el sol.

A Jorge le daba igual. Después de haberse decidido a acudir a la cita, todo lo demás era fácil de aceptar. «Pero no es bastante» —pensó—, no es bastante haber venido y pasear uno al lado del otro por esta carretera. Tengo que decir algo, porque esta chica espera que yo le diga muchas cosas.»

—Esta tarde nos marchamos al Norte, a una ciudad que está al lado del mar y es más pequeña que ésta. Y tú crees que te gustaría venir con nosotros o con gente parecida, ¿no?

Marisa respiró porque el silencio prolongado estaba empezando a desesperarla.

—Sí, creo que sí—dijo sin mucho convencimiento.

Un hombre pasó en bicicleta y los miró descaradamente. Marisa no le reconoció, pero supuso que sería un cliente de su padre y el corazón se le empuñeció durante unos momentos. Jorge había vuelto a hablar.

—No creo que debas hacerlo nunca. Mejor será que estudies y te quedes a vivir aquí con tu familia y tus amistades. Te cansarías pronto de andar. Ya te lo dije en la carta.

Marisa se arrepintió por primera vez en la mañana de haber faltado a la clase de latín. «Con lo cerca que están los exámenes. Me suspenden, seguro.»

—¿Damos la vuelta?—propuso.

Jorge no contestó, pero giró sobre sus talones. La ciudad tenía un cielo de pájaros y torres y su cercanía aligeró el corazón de Marisa. Casi alegre, dijo:

—Habrás pensado que soy tonta, y que no sé para qué te escribí aquella carta ni te hice venir aquí el último día, cuando tendrás tanto que hacer: la maleta y cosas así...

Pero Jorge ya no estaba allí. Era como si hubiese regresado a la pensión y a su solitario vagabundeo por las calles cercanas al mercado. Ya no se esperaba que él hablase y mucho menos convenciese de sus afirmaciones. En el Fielato se separaron y él dijo:

—Adiós, Marisa. No pienso nada de ti. Si querías escribirme y preguntarme algo hiciste bien escribiendo, ¿por qué no?

—Buen viaje—contestó ella.

Y le dió la mano. En el puente, caminaron separados, ella por la derecha, él por la izquierda, pegados a cada una de las balastradas de piedra. Jorge miró al otro puente que podía verse desde allí y pensó: «A la tarde, por ese puente, a la estación».

Cuando Marisa llegó a casa, el padre ya había vuelto del trabajo. Parecía de buen humor y beso a su hija, bromeando.

—Se marchan tus admirados actores del Teatro de Lona.

Marisa se sonrojó y protestó.

—No me tomes el pelo.

El miedo y el paseo le habían despertado el apetito, y al sentarse a la mesa devoró los manjares abundantes, sabrosos, familiares.

Al cruzar el puerto era de noche y las luces de las casitas hundían el cielo hasta el valle, lo acercaban a la tierra estrellada. El tren subía y bajaba y las luces de las casas se venían encima o se perdían en un fondo negrísimo. Jorge, pegado a la ventanilla, se aturdía en el torbellino de las luces, movidas por el movimiento del tren, traídas y llevadas por el zigzaguo aparentemente absurdo del recorrido.

Elvira dormía apoyada en el hombro de su marido, envuelta en el viejo abrigo de pieles que no abandonaba en ningún viaje, ni aun en pleno verano. Enrique estaba despierto y se movía inquieto en el desvencijado asiento del vagón. Se dirigió a Lino, sentado al lado de Jorge, y dijo:

—Dentro de ocho días pasaremos de vuelta.

Lino quiso hacer una gracia.

—Sí no nos despeñamos de ésta, porque te advierto que da frío mirar hacia abajo.

Jorge miró hacia abajo y la velocidad volvió a engañar el rápido girar de las luces. «Si nos despeñamos —pensó—, el tren bajará rodando hasta esas casas y apagará las luces en la caída.»

Sonrió. Lino protestó.
—¿A ti no te importaría quedarte ahí abajo hecho un guiñapo, muchacho?

Jorge volvió a sonreír. «No me importaría», se dijo, y se asustó un poco, porque nunca había pensado algo parecido.

—Si nos despeñamos no tendremos que volver por aquí dentro de ocho días y es un viaje que nos ahorramos...

Lino rió a carcajadas y Elvira se despertó. Enrique no dijo nada, pero miró a Jorge seriamente, como queriendo prohibirle que hablara de ese modo. Lino sofocó la risa y explicó amablemente a Elvira:

—Tu hermanito, que opina que para ahorrarnos viajes de vuelta nos podíamos quedar ahí tirados, por esa cuesta abajo.

Y a Jorge:

—Tienes gracia, muchacho, las pocas veces que te animas a hablar.

Cuando el amanecer entró por los empañados cristales del departamento, Elvira miró su reloj y se arregló el cabello. Las ojeras moradas le fingían un maquillaje trágico. Enrique recogió su gabardina y un maletín, del soporte de madera, sobre su cabeza. El tren silbaba largamente, anunciando la llegada.

En la estación, el representante de la compañía esperaba con todo dispuesto, se hacía cargo de palones, facilitaba datos de interés sobre la organización del espectáculo. Andando, se dirigieron a la pensión, guiados por un mozo.

La calle estaba silenciosa y, como Jorge esperaba, olía a mar.

—Pero el mar no queda cerca —explicó el mozo—. Hay que bajar hasta allí y dar la vuelta por allá y seguir todo recto hasta la playa —manoteaba—. Queda lejos, no vayan a creer.

Jorge no tenía sueño. Los demás se refugiaron en los cuartos, buscando recuperar el sueño retrasado, engañar al menos al ejetreado cuerpo con unas horas de descanso.

Jorge, sin esperar el equipaje, salió. La calle estaba silenciosa, porque los pescadores ya hacía rato que habían salido al mar y aun era temprano para la gente no marinera.

Jorge siguió la dirección que el mozo había señalado momentos antes: por allí y luego por allá, todo recto hasta la playa. Todo recto había un paseo de árboles bajos, de tronco nudoso y copa redondeada y la playa no podía verse, porque había niebla viniendo de aquella dirección, del mar.

Jorge recordó las palmeras del Sur, los paseos junto al mar de las ciudades del Sur y sintió calor a pesar del fresco aire de la mañana. Se quitó la corbata y la llevó en la mano, casi a rastras, como si condujese un caballo fantasma. Bruscamente, al doblar una esquina el paseo desaparecía y había unos escalones que conducían a la arena, al mar, todavía invisible.

Jorge recordó la infancia y se quitó los zapatos. Los abandonó allí, junto a los escalones del paseo, y empezó a andar, con la corbata a rastras, la inútil brida a nada ligada. Arena adelante, la niebla se iba abriendo en dos y el sonido del mar se adelantaba por el desgarrado telón. Jorge pisó un trozo de red mojada y rojiza. Los dedos del pie se enredaron en ella y tuvo que detenerse a desprenderla. Pensó en el pescador de su pueblo.

«La tierra es más segura, chico. Haces bien en andar por ella.»

E inesperadamente comprendió que aquel día, en aquella violenta negación al mar, había destrozado su destino. El agua le rozó los pies y se retiró luego. Jorge siguió andando, la corbata, la inútil brida, tras de sí. La niebla fría y el frío mar olían a Sur. El pescador había sonreído, tristemente —podía asegurarlo—, y había ofrecido, agradeciendo su ayuda: «¿Quieres venir conmigo a la mar, chico? Jorge pensó que el traje era nuevo y ya estaba mojado, salado, estropeado. Luego se dijo que era absurdo preocuparse del traje y avanzó un poco más. La ola grande le llegó a la cabeza y oscureció el color rubio de su pelo. La ola grande le arrancó de las manos la corbata y retrocedió luego hacia dentro, dejándole quieto, clavado en la arena, que absorbía presurosa las gotas de agua. Jorge esperó la nueva ola con los ojos cerrados y sintió una gran paz.

23

**SIN TOMAR NADA POR BOCA
SIN REGIMEN ESPECIAL**



UNA NOVEDAD

La vida nos muestra cada día mujeres que, después de haber conquistado la felicidad sentimental, se hallan desamparadas e incluso abandonadas. Muchas de ellas reconocen haber descuidado o no haber sabido conservar sus cuerpos libres de rodetes o grasa excesiva que eliminan la juventud. Sin embargo existe un tratamiento externo, que sin tomar nada por boca, sin régimen que debilite, sin gimnasia fatigante, ha permitido a millares de mujeres de 12 países de los 3 continentes, recobrar la alegría de vivir, de ser hermosas y amadas.

**No os pedimos una fe ciega...
Somos nosotros los que tenemos fe completa en vuestro juicio.**

Enviadnos el vale adjunto o su copia; nosotros os remitiremos literatura

GRATIS

y sobre todo, una oferta especial que os permitirá ensayar en vuestra casa un tratamiento completo y en tales condiciones que si no obtenéis nuevamente la silueta deseada, no os costará ningún céntimo.

No enviad dinero. Adjuntad únicamente sellos de correo para la respuesta.

**PARIS-LOS ANGELES-BRUSELAS
MILAN-MAYENZA-VEVEY-CARACAS**

Laboratorios SVELTOR
Osio, n.º 27 Barcelona

SVELTOR

VALE: EE

Enviad este VALE o su copia a: Laboratorio SVELTOR, Barcelona - Osio, n.º 27

Remítame sin compromiso alguno por mi parte, literatura sobre el método SVELTOR, así como la oferta de prueba a sus expensas.

EL PADRE FRANCISCO ROCA QUIERE LLEVARSE MISIONEROS PARA EL JAPON



RECIENTE TERMINADA LA CARRERA DE INGENIERO INDUSTRIAL INGRESO EN EL SEMINARIO DE MADRID Y PIDIO SER DESTINADO AL EXTREMO ORIENTE

El padre Francisco Roca es un misionero sin barbas. Con sus cuarenta y dos años, una voz ronca y profunda y, al hablar, un decir lento y suave, nos da la impresión de un hombre a quien nunca vence la fatiga o el cansancio. Sus largas correrías apostólicas por las tierras del Japón, el frío de muchas nieves en montañas donde el termómetro conoce bien los 20 grados bajo cero y las muchas privaciones, tan familiares a la vida del misionero, apenas han dejado huella en el rostro del padre Roca. Sus cuarenta y dos años no los lleva en vano.

Cuando visitamos al misionero lo encontramos rodeado de fotografías, muchas fotografías llenas de ojos oblicuos, catecúmenos o recién bautizados de su parroquia de Ina. Él está ultimando un gráfico estadístico de la labor misional en el Japón. Le gustan al padre los gráficos y los números.

De padre español y madre argentina, el padre Francisco Roca nació en Buenos Aires, allá por el año 1912. A los dos años dejan sus padres la ciudad del Plata y se establecen en Mallorca. Por eso él dice que tiene tres cuartas partes de mallorquín y una cuarta parte de vasco. De Vasconia son sus abuelos paternos. A los once años viene a Madrid. Aquí hace sus primeros estudios, para ingresar después en

“Creí siempre y sigo creyendo que es allí donde más falta hace la presencia del sacerdote católico”

la Escuela de Ingenieros Industriales.

Los años de nuestra guerra Francisco Roca los pasa en Madrid. Trabajo le debió costar al futuro ingeniero industrial recordar el dulce acento platense; pero él se hace pasar por argentino, y, como presidente de la Acción Católica de la parroquia de la Concepción, sigue acudiendo a los círculos de estudios, impulsando con su acendrado espíritu de piedad la vida religiosa de los trescientos afiliados. De ellos, cincuenta encontraron el camino del martirio. En una bandera de Falange, el joven estudiante toma parte activa en el cerco de Madrid.

A poco de terminar la contienda Francisco Roca, con su título recién estrenado de ingeniero industrial, abandona la Escuela para ingresar en el Seminario. El año 46 el nuevo sacerdote canta su primera misa.

Cervera de Buitrago es un pueblecito de la sierra de Madrid. Atazar es un anejo a 11 kilómetros de Buitrago. Allá va el padre Roca a templar sus primeras armas.

Estos kilómetros, sin carretera, que costosamente serpentean la sierra, son para el joven sacerdote el noviciado de muchas leguas y muchos caminos que le esperan en las tierras lejanas del país donde nace el sol.

VOCACION DE MISIONERO

—¿Qué le impulsó a hacerse misionero?

—Hacia tiempo que venía leyendo libros y revistas misionales. Algunos años antes de ser sacerdote, cuando todavía estudiaba en el Seminario, pedí permiso a mis superiores para marcharme, después de cantar mi primera misa. Ellos creyeron mejor que esperase algún tiempo.

—¿Pensó irse, precisamente, al Japón?

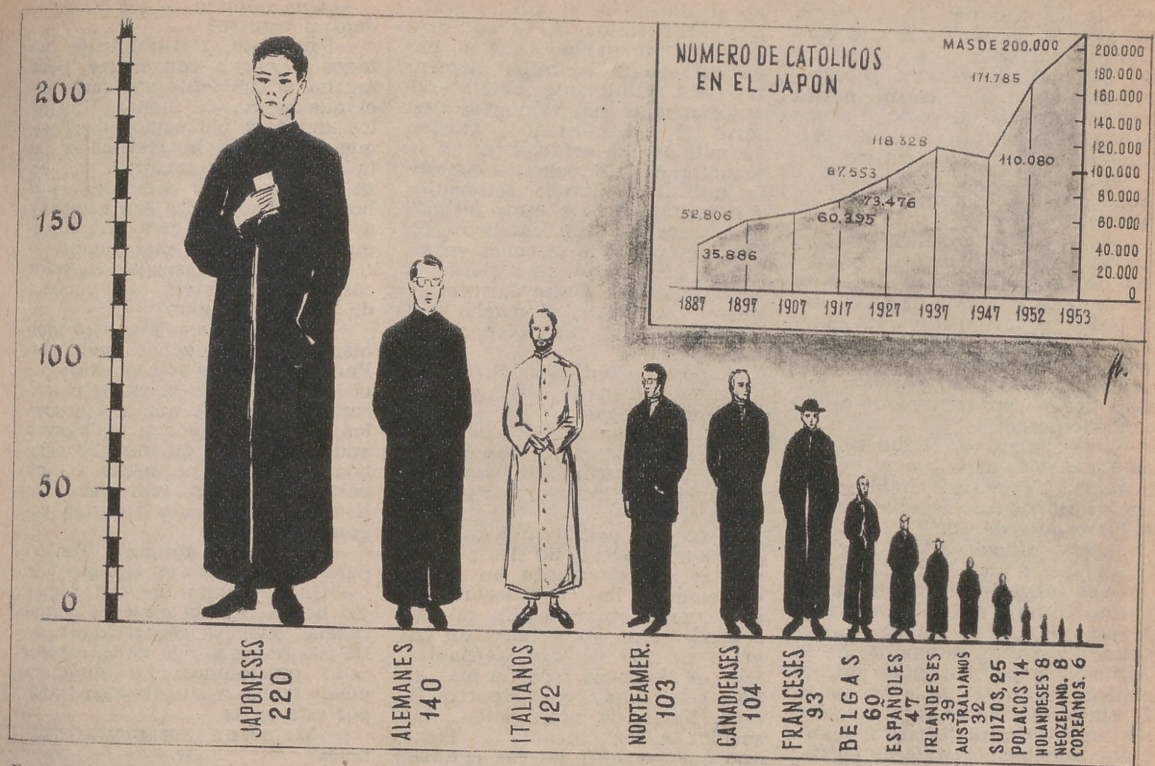
—Sí, desde luego. Creí siempre, y sigo creyendo, que es allí donde más falta hace la presencia del sacerdote católico. Cuando yo llegué al Japón, a cada sacerdote correspondían 150.000 almas. Por otra parte, estoy convencido de la enorme importancia que la conversión de este pueblo supone para todo el catolicismo de Extremo Oriente y aun para el triunfo de la Iglesia Católica en el mundo entero. No olvide usted que se trata de una nación de 85 millones de habitantes, con un nivel muy elevado de cultura, que lógicamente ha de ejercer una influencia decisiva en la historia de un futuro próximo.

—¿Le fué difícil el momento de la despedida?

—El desprenderse de la familia, cuando no se piensa en el regreso, cuesta mucho. Sobre todo, ver que hace uno sufrir a los que más



Junto a la puerta de la parroquia de Ina aparece el padre Roca con los asistentes al bautizo de dos señoritas japonesas



En este gráfico se expresa bien claramente la situación de la iglesia católica en el Japón. Puede verse el número de sacerdotes, por nacionalidades, que allí ejercen su ministerio. También se indica el progreso creciente de la población católica

quiere. La vocación de familia de misionero es bonita, pero...

—¿Cuándo sintió mayor nostalgia?

—Los primeros meses, en que, por desconocer totalmente el idioma, no se puede hablar con nadie. Yo no sabía inglés. Sólo francés y latín. Los escasos misioneros españoles que hay por aquellas tierras se encuentran muy distanciados. Ser mudo a la fuerza, cuando tanta falta hace hablar y gritar, es de lo más desconsolador.

—¿Se siente a España por aquellas tierras?

—España queda muy lejos; pero puedo decirle que existe allí una gran simpatía por todo lo español. Cuando el príncipe heredero visitó nuestra Patria se hicieron grandes elogios de España y de su espíritu de hospitalidad.

—¿Perdura el recuerdo y la devoción a San Francisco Javier?

—Sí. San Francisco es el Santo más grande de todo Extremo Oriente. Muchas iglesias tienen el nombre de San Francisco Javier.

CUATRO MESES COMIENDO FIDEOS

La vida de un misionero en el Japón, y en Urubamba, y en todas las partes del mundo, es algo difícil de comprender para quienes no tenemos una decidida vocación de abnegación y sacrificio. El confort, que preside la técnica moderna, está muchas veces, por necesidad, refinado con la dura tarea de estos hombres, que encuentran en las privaciones el camino más corto para llegar a las almas. Para llevar a la ignorancia de un mundo que desconoce a Dios la verdad que hace libres a los hombres.

—¿Cuál es, padre, su horario en la misión?

—¿Mi horario? Muy sencillo.

Me levanto a las cinco y media de la mañana. En verano, la misa es a las seis. En invierno, cuando llegamos a los veinte grados bajo cero, a las siete. Después, confesiones. Es raro el día en que no hay que llevar la comunión a algún enfermo. Muchas veces, para dar la comunión a una pobre viejecita paralítica, tengo que recorrer treinta kilómetros. La tarde la dedico a la acción apostólica, a la enseñanza del catecismo a mis catecúmenos. No siempre se puede hacer un plan para el día. Como mi parroquia es tan extensa, ello me obliga a tomar resoluciones impremeditadas. Piense que mi parroquia viene a ser casi como Madrid.

—¿Qué extensión tendrá su distrito parroquial?

—Me es difícil darle una idea exacta. Pero fíjese: para cruzarla tardo de cuatro a cinco horas en tren.

Los domingos digo la primera misa a las siete, la segunda a las nueve y la tercera a una hora de distancia en tren, a las seis de la tarde. A veces, como hay tan pocos católicos y tan irregularmente repartidos, a estas misas sólo acuden seis o siete fieles.

A cuarenta kilómetros tengo el primer grupo de catecismo. Otro en Kamisawa a hora y media en tren eléctrico. Aquí existirán unas 35.000 almas. Cuando llegué sólo había cuatro católicos. Al venirme dejé once.

(El misionero ha dicho esta última cifra con cara de profunda satisfacción. El nos explica cuánto cuesta, en estas tierras ganar un alma para la fe. Una batalla que no siempre se corona con la victoria.)

En Akaho tengo el último grupo de catecismo. Cuatro veces al mes doy conferencias de religión en un colegio pagano de señori-

tas. El director y la directora eran catecúmenos y pusieron como obligatorio el catecismo. Los dos se bautizaron en la última Pascua.

—Padre, ¿cuál es su comida más habitual en las misiones?

(El padre Francisco Roca sonríe a nuestra pregunta, y en su sonrisa parece que no se adivinan recuerdos muy gratos.)

—Yo padezco un poco de hígado. En cuanto puedo sigo un régimen vegetariano. Podemos comer a la europea, cuando los cocineros logran imitar nuestra cocina, que no es siempre. Una vez tuve un cocinero japonés que me hacía comer fideos mañana, tarde y noche durante cuatro meses. En muchas ocasiones hay que comer a lo japonés: sentados en el suelo, sobre las piernas, y con palillos. En estas comidas no falta el pescado crudo. Los misioneros conviene que vayan con el paladar acostumbrado a toda clase de sorpresas. Si bien hay que reconocer que en la cocina japonesa hay también cosas muy buenas, como el sumiyaki, que viene a ser carne y verdura con otra sustancia de arroz que se va comiendo con palillos al tiempo que se fría. El pan se conoce, pero se usan muy poco. En su lugar se toma arroz blanco cocido.

LOS ENEMIGOS DEL CATHOLICISMO

—Padre, ¿cómo definiría usted al hombre japonés?

—El japonés es hombre serio y algo tímido pero muy educado y respetuoso con nosotros los sacerdotes. La mujer, muy fina. Tanto ellos como ellas, sobre todo ellas, muy sentimentales. Más religiosa la mujer que el hombre. Con muy buenas virtudes naturales. Muy trabajadores. En el Japón la gente se levanta a las seis de la ma-

ñana. La radio comienza a funcionar a esa hora. Como detalle de respeto a los sacerdotes, le diré que las alumnas del Instituto de segunda enseñanza, que está junto a mi iglesia, no obstante ser paganas, me saludaban respetuosamente al encontrarme por la calle. Personas no católicas me han cedido el sitio cuando viajaba en algún tren eléctrico.

—¿Qué es para los japoneses más difícil de comprender de nuestra religión?

—El japonés no tiene problema de entendimiento. Es problema de corazón. La conversión es cuestión de la gracia de Dios. Hace falta, naturalmente, la palabra, como dice el Apóstol: «La fe entra por el oído y al oído por la palabra de Cristo». Nuestra misión no es convertir, sino predicar, sembrar.

(El misionero es abundante en palabras. Creemos que en algún momento, mientras habla, nos confunde con un catecúmeno de su parroquia de Ina.)

—¿Qué dificultades encuentra la expansión del catolicismo?

—Los mayores enemigos son el nacionalismo y el tradicionalismo. El japonés, por lo mismo que es hombre virtuoso, es amante de su tradición, y por tradición ama el budismo, aunque no crea en él. El sintoísmo va desapareciendo. No tiene ya carácter de religión. Tiene más bien sentido de patria. Son, por tanto, los japoneses reacios a abandonar lo que recibieron de sus padres y por nacionalismo se resisten a acoger corrientes que les vengan del extranjero.

El tercer enemigo entre los intelectuales es el materialismo. Ellos han recibido gran influjo de la filosofía materialista alemana. Por eso nosotros, al ir a sembrar la semilla del Evangelio, no nos encontramos con una tierra virgen. El campesino se conserva más puro, menos contaminado, pero con más raigambre en su tradición.

Sin embargo, insisto en afirmar que la causa inmediata de por qué no se convierten los japoneses es la falta de misioneros idóneos bien preparados para actuar.

QUINCE MILLONES DE ESTUDIANTES, CUATROCIENTOS CUARENTA MIL UNIVERSITARIOS

Tal vez al misionero de tierras japonesas se le ha de exigir algo más de una buena carga de celo apostólico. Misionar en el Japón no es lo mismo que predicar en las selvas de África. Todos sabemos de un país que en escaso tiempo, en tiempo imprevisible por otras naciones más dadas a la civilización, llegó a ponerse a la cabeza en muchos aspectos que hoy integran la cultura moderna.

—¿Ve usted al Japón en vías de su recuperación total?

—En el aspecto material, desde luego. Es un pueblo de una fabulosa capacidad de recuperación. Estas fotografías le pueden responder por mí. Y el padre Francisco Roca extiende en la mesa un número interminable de fotos que recogen el aspecto urbano y fabril de Tokio, de Yokohama, de muchas ciudades que se han levantado de sus mismas cenizas en un lapso de tiempo que nadie pudo imaginar.

—¿Cuál es, padre, el nivel cultural de este país?

—El grado mínimo de cultura en el Japón es el cuarto grado de bachillerato. No encontrará usted ningún japonés que no haya cursado el bachiller elemental. Es totalmente obligatorio. Hace mucho tiempo que se destruyó el analfabetismo. Existen 15 millones de estudiantes en la actualidad. Cuatrocientos cuarenta mil universitarios, seiscientos mil profesores. De estos últimos sólo unos 600 son católicos. La masa escolar que se educa en los colegios católicos asciende a 80.000 alumnos. Naturalmente, no quiere esto decir, ni mucho menos, que todos ellos sean católicos.

Como ve usted, estas cifras hablan muy bien del nivel de cultura de un país.

—¿Qué problemas se plantea el misionero al llegar al Japón?

—Dos problemas de suma importancia: la lengua y el problema económico.

Como hay pocos católicos y de posición modesta, no nos pueden ayudar prácticamente en nada. En cambio, hay que socorrer a ellos con frecuencia. En mi parroquia venía yo a tener un ingreso de 200 pesetas mensuales. Sólo de limosnas repartía más de 500. Luego hay que repartir libros, hojas de propaganda, dar sueldos a los catequistas. Tiene uno que levantar nuevas iglesias, reconstruir o agrandar las viejas.

—¿Qué significa la ayuda de «Propaganda Fide»?

—Lo que nos llega de «Propaganda Fide» es completamente insuficiente. Yo recibía de mi señor obispo 25 estipendios de un dólar, que venían de Norteamérica, y que se traducen en unas 300 pesetas. Ultimamente, nos subieron la asignación a 500. Un total de 1.200 pesetas al mes. Esto nos llega sólo para comer, y gracias. Pero, claro está, que los gastos de propaganda y construcción que yo llevo hechos este año en mi parroquia suben a las 40.000 pesetas. Uno tiene que sacar el dinero de donde sea.

—¿El idioma?

—El aprendizaje del idioma supone unos dos años. El más penoso es el primero. Por esta razón, y para evitar que el misionero español al llegar al Japón se encuentre mudo, pensamos organizar en Madrid, a partir de octubre, una escuela de japonés. Las clases se darán probablemente en el Hogar del Sacerdote, calle Conde de Romanones, 1. Como segunda plataforma, y a fin de evitar la desagradable desorientación del misionero recién llegado, tratamos de fundar en Tokio, de acuerdo con nuestro embajador, un proyecto muy bien visto y alabado por el internuncio, el Hogar del Misionero. Allí, durante un período de tiempo, recibiría las últimas orientaciones y perfeccionaría el idioma.

SOLO CUARENTA Y SIETE SACERDOTES ESPAÑOLES

—En dos años y ocho meses al frente de mi parroquia de Ina, de unos 500.000 infieles, pasó la cifra escalofriante de 28 católicos a 106. Este número de 78 bautismos en dos años no crea que significa poco. Las conversiones allí son más difíciles de lo que puede pensarse. Casi todos son adultos. Los párvulos no han

sido más que seis. En esta última Pascua tuve 20 bautizos de adultos.

—¿Qué número de catecúmenos dejó al venir?

—Unos 140. Naturalmente, no todos llegan a convertirse. Pesa mucho el ambiente contrario, en el que se ha de luchar. Uno de los mayores obstáculos que hay que salvar es la resistencia de la familia, por temor a que no se puedan casar sus hijas. Los hombres bautizados son menos, y a la mujer se le crea un problema a la hora del matrimonio.

—¿No existe dispensa en estos casos para casarse con persona de distinta religión?

—Sí, claro que existe. Pero también existen muchos prejuicios. Para la dispensa sólo se exige que el hombre deje a la mujer practicar su religión y que se bauticen los hijos, al menos si al llegar a adultos ellos lo quieren. De ocho bodas que yo he hecho en mi parroquia, cinco han sido con hombres católicos y tres con paganos.

—¿Hay una absoluta libertad para el misionero en el Japón?

—Una absoluta libertad oficial. Yo he dado toda clase de conferencias públicas, repartido más de 100.000 hojas por la calle, organizado procesiones. El misionero puede trabajar sin ninguna traba, por esta parte.

—¿Muchos sacerdotes españoles?

(El padre Roca empieza algo así como una lamentación de Jeremías. Le preocupa la ausencia del misionero español donde tan extenso es el campo de trabajo.)

—Pocos. Muy pocos. Atienda a estos datos: sacerdotes misioneros alemanes, 140. Les siguen los italianos, con 122; canadienses, 104; norteamericanos, 103; franceses, 93; belgas, 60; españoles, 47; irlandeses, 39; australianos, 32, y suizos, 25.

Como puede ver, en relación con países de menor población, España no ocupa el lugar que exige su eterna vocación misionera.

LA CONVERSION DEL SEÑOR NOMURA

Le rogamos al padre Francisco Roca que nos cuente alguna de las últimas conversiones. Llegamos ya más de dos horas largas de charla. El padre, mientras se le pregunta, no ve nunca la hora de terminar. Con todo detalle nos habla de conversiones que él nunca podrá olvidar.

—Recuerdo en este momento la del señor Nomura. El señor Nomura era catedrático en la Universidad de Tokio. Fué profesor del actual presidente del Tribunal Supremo en el Japón y excelente católico, señor Tanaca Kotaro.

Trabajaba conmigo en el colegio de las Esclavas de Yokosuka, donde yo era capellán, un hijo de Nomura. Aunque él era pagano, tenía conocimiento de nuestra religión por algunas conversaciones conmigo y por libros que yo le prestaba. Por este tiempo no llevaba yo más de un año en el Japón. No hablaba, por esto, bien el japonés. Un día, ya noche oscura, me vino a avisar que su padre se estaba muriendo, que fuese corriendo con él a bautizarle. Yo le dije que si su padre no conocía la religión cristiana no desearía el bautismo. El me dijo que ya veríamos qué se podía hacer.

En un automóvil prestado fuimos a las doce de la noche a casa del moribundo. El enfermo estaba extremadamente débil. Padecía una penosa enfermedad de úlcera. Sin embargo, tenía la cabeza muy clara.

Comence como pude a presentarle la cuestión religiosa. Intervino el hijo, pero era inútil insistir. Un tanto apenados regresamos al colegio. Yo, por no poder hablar bien el japonés ni expresarme con más claridad. El hijo, aun pagano, por sentir que su padre no recibiera el bautismo en aquella hora.

Para consolar al hijo yo le dije que me parecía que su padre no moriría tan pronto, que por qué no le daba algún libro que leyese. Me dijo que su padre, por lo débil que se encontraba, no podría leer. Le pregunté si no habría nadie que le leyese.

—Sí—me dijo—, mi hermano menor.

Inmediatamente le entregué un libro: «Kamino Michi», «El camino de Dios», de un padre jesuita alemán. Y ya fuese la lectura, ya las oraciones, la gracia de Dios entraba en su alma buena y hacía que a los dos meses él mismo, ya en estado gravísimo, pidiera el bautismo.

Era otra vez de noche. De nuevo con su hijo en el coche, a unos 15 kilómetros. Al llegar le pregunté al enfermo:

—¿Desea recibir el bautismo? —Sí. Y si me curo acudiré a la iglesia.

—¿Qué nombre le pongo? ¿Lo pongo el mío?

—Sí, el suyo. Póngame el suyo. Yo le puse Francisco. Y le añadí María, por estar en la octava de la Inmaculada.

A los dos días el señor Nomura entregaba su alma a Dios. Antes había reunido a todos sus hijos y les había recomendado que se hicieran católicos. La hija ya se bautizó y probablemente se hará religiosa. El hijo, que me acompañaba, aunque muy próximo a hacerse católico, todavía no ha recibido el bautismo.

EN EL JAPON NO EXISTE TIRA NUNCA PELIGRO COMUNISTA

—¿Está el budismo muy extendido en el país?

—Es la religión más extensa. Pero cada día va perdiendo más intensidad, menos adeptos. Los abuelos son budistas; los padres, poco, y los nietos prácticamente no conocen el budismo. Si queda algo es sólo por tradición.

La reminiscencia budista se manifiesta en el hecho de que le siguen dando más importancia a perder la serenidad, a abandonar su exterior quietismo que al mismo suicidio. Si un misionero llega, por cualquier causa, a perder el aplomo, pierde al mismo tiempo toda su autoridad y prestigio.

—¿El protestantismo?

—Está un poco más extendido que el catolicismo. Pero menos profundo, menos sólido. Ellos mismos, en su anuario estadístico, reconocen que la Iglesia Católica les va ganando terreno. No es corriente, por otra parte, encontrarse muchos católicos procedentes del protestantismo.

—¿Existe en el Japón peligro comunista?

(Con toda serenidad, el padre Roca nos da una respuesta harto satisfactoria. El conoce bien el



Grupo de japonsitas bautizadas en la parroquia de Ina, en Navidad de hace dos años

carácter y el temperamento nipón.)

—En absoluto. A un pueblo muy culto e inteligente es difícil engañarlo. El comunismo, con su régimen de huelgas y paros, se desacredita frente al japonés, que es hombre extraordinariamente trabajador. En las últimas elecciones sólo dos fueron los diputados comunistas en la Cámara.

QUIERO LLEVARME MISIONEROS PARA EL JAPON

Por fin, hacemos al padre Francisco Roca la pregunta que tanto tiempo lleva esperando.

—¿A qué ha vuelto usted a España?

—Vengo a hacer propaganda de las Misiones japonesas. A llevarme hombres capacitados y llenos de celo apostólico que quieran unir su trabajo y su sacrificio al sacrificio y al trabajo de los escasos e insuficientes misioneros españoles que van sembrando la buena semilla en aquellas tierras de infieles.

Hace algún tiempo intervine para que marchasen allá algunos padres escolapios. También conseguí que nos acompañasen padres de las Misiones extranjeras de Burgos.

—¿Sólo en Madrid desarrollará usted su labor?

—No. Ya he recorrido muchos sitios del Norte: Vitoria, Oviedo, Bilbao, Santiago, Vigo. He dado conferencias en varios Seminarios. Ahora estoy invitado a Avila.

—¿Qué tiempo estará usted en España?

—No sé exactamente. Creo que me quedará unos seis meses.

Hemos terminado la charla. El padre nos acompaña hasta la puerta. Cuando nos vamos a despedir, el padre Francisco Roca nos detiene un momento para decirnos:

—¿Puedo pedirles un favor?

—Usted, padre, puede pedir lo que quiera.

—Que pongan ustedes por ahí, en las cuartillas, mi dirección. Sería una pena que alguien quisiera ponerse al habla conmigo y...

—Eso está hecho, padre Roca: Padre Francisco Roca. — Calle de Fernán González, 38. Teléfono 261742.

El Japón, con estar tan lejos, se acerca a nosotros. Sólo marcar un número de teléfono y... Y algo más, ¿verdad, padre?

Ernesto SALCEDO



El padre Roca con un matrimonio que acaba de casar y los testigos. Ella, recién bautizada; él, conductor de un tren eléctrico, es todavía catecúmeno

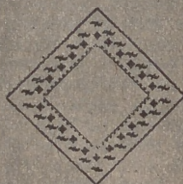
EL LIBRO QUE ES
MENESTER LEER

EL QUIJOTE DEL MICROSCOPIO

Por Harley WILLIAMS

DON QUIXOTE
of the
MICROSCOPE

An Interpretation of
SANTIAGO RAMÓN Y CAJAL
(1852-1934)



Harley Williams

El libro de Harley Williams que traemos hoy a esta sección, y que acaba de ser imprimido en Londres, tiene el interés de añadir nuevos rasgos a las anteriores y ya divulgadas biografías sobre el insigne don Santiago Ramón y Cajal. Harley Williams centra su libro, más que en la obra del sabio, en las reacciones del hombre. Así, la personalidad humana de Cajal se va desdoblando, a través de las páginas del libro, en el aspecto nuevo de su gran patriotismo, su rectitud y su apasionamiento por todas las cosas. La juventud y la niñez de don Santiago, la figura de su padre y el paisaje español son tratados con verdadero acierto por Harley Williams.

Autor de libros tan interesantes como «Hombres de la calle» y «Entre la vida y la muerte», entre otros, Williams consigue ahora otro nuevo éxito con este apasionante relato, en el que interpreta la gran figura del sabio español con toda la admiración de su enjervorizado respeto al hombre y al sabio.

HARLEY WILLIAMS. Jonathan Cape. Thirty Bedford Square. London (1954). 255 páginas.

LAS MONTAÑAS

Santiago Felipe Ramón y Cajal nació el 1 de mayo de 1852. Era el hijo mayor del practicante de una aldea llamada Petilla de Aragón. El practicante Justo Ramón Casasús es hombre de unos conocimientos impropios de su humilde profesión. Es un autodidacta y lee cuanto de provecho puede encontrar. Desde muy joven hizo frecuentes viajes a Barcelona y Zaragoza. En cambio, su mujer, Antonia Cajal, nunca salió de estas montañas en que rodean al pueblecito. Para ella el suelo de su región es el más rico y hermoso de España, y nada ambiciona fuera de su hogar y de esta tierra brava de Aragón. Sin embargo, este su primer hijo no es ciertamente aragonés. El matrimonio es de un pueblo de Huesca y nadie les podrá negar su calidad de aragoneses; pero los que nacen en Petilla de Aragón son navarros, ya que esta aldea perteneció desde siglos al antiguo Reino de Navarra y aun no se había adicionado a la jurisdicción aragonesa, en cuyo territorio está enclavada.

Petilla es un pueblo hosco y austero. Está cercado por murallas, y aun existen las ruinas de las fortalezas, desde donde sus moradores resistieron los ataques de godos y de árabes. Las calles son pinas y guijarrosas, y las casas de piedra y argamasa. En las inmediaciones las sierras parecen cerrarse y agobiar a la aldea. La soledad y el silencio no se rompe en siete leguas de distancia, que es donde empiezan a divisarse los pueblos vecinos.

A la llegada de la primavera, la nieve, que ha durado todo el invierno, empieza a derretirse y los campos se irisan en toda la gama de verdes.

Es el tiempo en que el pueblo parece renacer de

su letargo invernal. En las tibias noches los mozos salen de ronda y hasta las broncas montañas llegan los ecos de sus jotas. Este tiempo de clima suave dura muy poco. En seguida empieza un verano temprano e implacable. Los ríos se secan y los rocosos peñascos se recalientan. La aldea vive sedienta y alucinada pensando en un otoño benigno. Pero cuando éste llega trae cierzos helados y otra vez es la dura lucha contra las nieves perennes. Y así este terreno da fuerza y verdad al proverbio español que dice: «Nueve meses de invierno y tres de infierno».

En este terreno donde los hombres son tan duros y cerrados como su clima, Justo Ramón se desespera. No le comprenden sus convecinos. No puede hablar con estos labradores herméticos que están tan lejos de sus ansias de cultura. Se reirían de él si les contase que todas las noches estudia hasta el alba para llegar a ser médico. Justo está seguro de que lo conseguirá y afanosamente ahorra pensando en el día en que tenga que examinar, se en la lejana capital de España.

DON JUSTO

Justo Ramón Casasús pertenece a la generación que está aún bajo la influencia de las gestas bonapartistas. Justo Ramón ya ve realizado su sueño. A fuerza de voluntad y sacrificios consiguió el título de médico en la Universidad de Madrid. Ahora él es como un Napoleón de las sierras. Se ha convertido en un dominante médico rural. Tiene la frente espaciosa y la boca firme, y los ojos pensativos, y a menudo parece que los cruza una ráfaga de nostalgia. Si algunos de sus convecinos de Petilla fueran más perspicaces podrían entrever en él, cuando pasaba montado en su mula, que era un hombre desilusionado. Tenía este hombre una tremenda personalidad y se consideraba muy superior a los sencillos campesinos con los que convivía. Hubiera sido quizá un gran político, pues su talento era muy superior al de un simple médico salido de la nada. A los veintidós años se escapó de su pueblo y se fué a Barcelona, donde se hizo practicante mientras trabajaba con un barbero para poder mantenerse. Más tarde estudia ávidamente todos los libros de medicina que se editan. Lee también literatura clásica y cuando llega a la Universidad de Madrid es un hombre con la misma cultura de sus colegas de las capitales. Su ambición sería obtener una cátedra en la Facultad de Zaragoza, pero ese anhelo no lo verá realizado en él, sino en su hijo Santiago.

Santiago tiene seis años cuando la familia deja Petilla para ir al pueblo de Larres, cuya titular de médico ha conseguido don Justo. Más tarde se trasladan al pueblo de Valpalmas, y, por último, a Ayerbe, pueblo de tres mil habitantes, en el que vivirán hasta que Santiago vaya a estudiar a la Universidad de Zaragoza.

En los primeros años de residencia en Ayerbe, Santiago empieza ya a dar muestras de ser un niño de exaltado temperamento. Las armas españolas han tenido una gran victoria en Marruecos. Tetuán ha sido conquistado y los moros han huído al interior. España entera vibra de regocijo, y has-

ta el pueblo de Ayerbe llega también el entusiasmo. Los rudos aragoneses bailan sus jotas para expresar su alegría. Y las gargantas enronquecen con los vitores. El pequeño Santiago siente una fuerte emoción, que recordará toda su vida, por este despertar de sus sentimientos patrióticos, y en su mente infantil se vuelve que alguna vez él también dará gloria a España.

Desde entonces Santiago se convierte en un niño independiente y soñador que tiene el poder de suggestion a sus compañeros de juego y arrastrarlos, igual que a su pacífico hermano Pedro, a las más inauditas travesuras. De esta forma consigue hacerse jefe de una nutrida pandilla de chiquillos y llega a ser el terror de Ayerbe. El doctor Ramón, a pesar de su entero carácter, es impotente para conseguir domar a Santiago. A la madre de tantos disgustos se le presenta una grave enfermedad de corazón. Mientras, el muchacho sigue en sus tropelías. Una nueva afición se despierta en él. Se da cuenta de pronto de que sabe dibujar. Desde este momento, bien con lápices o pinceles, llena de figuras las márgenes de todos los libros de su padre, y no hay en el pueblo tapia propicia que no la embadurne con escenas bélicas o corridas de toros.

Don Justo es el maestro de sus hijos. Pedro y las dos niñas, que también le nacieron al matrimonio, son dóciles, pero tardan más en comprender. Si Santiago quisiera, su capacidad le haría aprender las lecciones en la mitad del tiempo que emplean sus hermanos. Esto lo reconoce el padre, pero también tiene que aceptar que el inquieto Santiago no se doblega a tener siquiera diez minutos un libro en sus manos. Don Justo sólo ha conseguido que aprenda las primeras nociones.

Para que su hijo estudie francés, el doctor Ramón le fomenta su fantasía. Le promete al niño que en vez de estudiarlo en el reducido ambiente de la casa lo harán paseando por unos parajes cercanos que el chiquillo aun desconoce. Y todas las tardes salen a una carretera bordeada por la sierra y buscando una oquedad, que es casi una gruta, el padre enseña al hijo la lengua de Molière. Como libro de lectura usan el «Telémaco», de Fenelón. Aquellas aventuras que narra el arzobispo de Cambray en su libro y que parecen propias de Homero, tienen el poder de exaltar aun más la imaginación de Santiago. Vuelve a sus correrías y el padre se ve obligado a llevarlo a las Escuelas Pías de Jaca, donde lo deja como interno.

VISION EN EL CALABOZO

En este colegio el profesor de latín, fray Jacinto, es un hombre duro y violento que ya ha reducido a otros díscolos chiquillos. Le castigan severamente y casi todos los días Santiago termina en el calabozo del colegio. El niño ni llora ni pide perdón, como sus profesores quieren, pero languidece de tristeza al oír cómo sus compañeros juegan y ríen libremente.

En tanto, en Ayerbe no se reciben las notas de aplicación del muchacho, y don Justo intuye que no todo va bien en el colegio y decide marchar en busca de su hijo.

El día antes de que su padre llegue, Santiago está, como siempre, en el calabozo, y de pronto ve que en el techo se perfilan las sombras de lo que pasa en la calle. Parecen entrar las imágenes en la luz que se filtra por un estrecho ventanuco. ¡Aquello es como una linterna mágica!, piensa el niño, y con su fértil imaginación empieza a descifrar los «porqués» del extraño fenómeno. Muchos años más tarde, recordando estas figuras movilizadas que se iban plasmando en el techo, inventa la «cámara oscura», verdadera base de la fotografía.

Cuando don Justo llega al colegio a recoger al hijo se impresiona dolorosamente del aspecto del muchacho. Está depauperado, y sólo los ojos, de mirada ardiente, parecen denotar en él la antigua vitalidad y su apasionamiento por todas las cosas.

El regreso a Ayerbe es patético. Antonia increpa al marido, enloquecida de dolor, por este espectral hijo que le entrega. El niño está muy débil y la convalecencia es larga. Durante ella Santiago lee los libros de literatura de la biblioteca de su padre. Es su primer contacto con Cervantes. La figura idealista y generosa de Don Quijote le enardece, y ya nunca, a lo largo de su vida, podrá olvidarla. Obrará también muchas veces como el Ingenioso Hidalgo, pero él no tendrá a su lado un práctico Sancho que le sirva de contrapeso para frenar sus impulsos.

También lee Santiago en estos meses de reposo a San Juan de la Cruz, a Camoens y a Ovidio, en pintoresca mescolanza. Cumplidos ya los catorce años se convierte en un muchacho formal y sensato, y el padre, seguro de su cambio, lo envía a estudiar al Instituto de Huesca.

Huesca, con sus ciclópeas ruinas, su catedral y las bellas pinturas de la casi derruida iglesia de Santa Teresa, impresionan a Santiago, que es sensible a toda belleza. Igual que en Ayerbe, se impone a los jovencuelos elegantes, hijos de familias ricas, que estudiaban en el Instituto. Al principio estos muchachos le hicieron objeto de sus bromas y novatadas, y se mofaban de los trajes, no muy a la moda de la ciudad, que llevaba el muchacho de Ayerbe. Pero bien pronto el poder de suggestion y la tremenda personalidad del pueblerino acabaron imponiéndose y Santiago se hizo imprescindible en todas las camarillas y debates que promovían los estudiantes. Libre, pues, de la preocupación de ser bien acogido, estudia bien y aprovecha el curso. En las vacaciones empieza a escribir una larga y peregrina autobiografía, en la que ya se entrevé el estilo de gran escritor que después tendría don Santiago Ramón y Cajal.

Pero al empezar el curso siguiente se terminan los buenos propósitos. Tienen la culpa los libros que le prestan sus compañeros. Balzac, Dumas, Víctor Hugo y Chateaubriand, que están en aquella época muy en boga, nutren la fantasía del muchacho. También hay un libro que le apasiona: «Robinson Crusoe», y se vanagloria de que sus dos apellidos coincidan con las iniciales de su héroe. Cuando el doctor Ramón se convence de que su hijo vuelve a abandonar los estudios le obliga a regresar a Ayerbe y le impone un castigo que hiere y humilla al muchacho. El, que ya ha aprendido tantos refinamientos en la ciudad, le es imposible obedecer a su padre en su absurdo castigo. Pero don Justo esta vez es inflexible y envía a su hijo a la barbería del pueblo para que trabaje de aprendiz de barbero y más tarde de zapatero. Santiago siente anquilosarse su sensibilidad. Frente al rudo maestro zapatero, y agobiado por un trabajo servil, es cuando por primera vez desea un trabajo liberal. Se acuerda de Huesca, de sus elegantes amigos, de los sapientes y pulidos canónigos que enseñan el latín; de los profesores seglares con sus eruditas frases y piensa que él también está destinado a otra vida distinta de aquella, de humilde aprendiz, de un más humilde zapatero. Tira resuelto el sacabocados con que hace ojetes a las botas y va a buscar a su padre. Es la primera vez que Santiago promete la enmienda, pero una vez prometida ha de ser verdadera y ejemplar, pues para su estricta rectitud una promesa es tanto como el más veraz juramento.

HUESCA

En Huesca otra vez, sus días escolares están ahora llenos de aplicación. Los cursos aprobados son otros tantos años que llevan a Santiago a la adolescencia y al amor. Empieza a amar a las hermanas de sus amigos y a otras muchachas que encuentra en los paseos, y a las que idealiza en su imaginación. Pero estos lógicos pensamientos no le apartan de los libros, y el tiempo que pierde en divagaciones sentimentales lo gana después con su gran capacidad de comprensión y retentiva. Sus esparcimientos son la pintura y acudir a la cripta de la iglesia de Santa Teresa donde, con un amigo, secretamente han montado un laboratorio con varios daguerrotipos. Cuando el padre viene un día a Huesca y Santiago le cuenta sus descubrimientos en la fotografía, don Justo se llena de orgullo y satisfacción. Ya intuye que Santiago es un extraordinario cerebro. Como dos muchachos cómplices, el padre y el hijo van al laboratorio muchas veces.

Santiago termina el bachillerato y el padre le invita a escoger una carrera. Pero el muchacho tiene unas ideas que dejan perplejo a don Justo. Nunca imaginó éste que su hijo deseaba ser militar. Luego se impone la reflexión: en medicina tiene un amplio campo para con sus cualidades destacar cumplidamente. Cuando Santiago acepta, don Justo dice a su mujer que prepare bártulos y enseres. En la vieja Universidad Santiago estudia Medicina. La compañía de su padre le es más provechosa, ciertamente, que si éste se hubiera quedado en Ayerbe.

Después de la muerte de Isabel II y de la subli-

da al Trono de Don Alfonso XII, el espíritu liberal ha prendido en la Facultad de Medicina. Los francmasones campan por sus respetos y las teorías de Darwin ayudan a un confusonismo demolidor. En Europa se empieza a estudiar los bacilos. Santiago, que se ha creído que su vocación es la anatomía, duda entre ésta y la nueva ciencia, que le atrae con una curiosidad casi morbosa.

Una nueva circunstancia añade ilusión a su vida de estudiante. Un día ve en un balcón a una bella muchacha y se siente prendado de ella. Con su exaltación característica la llama en sus conversaciones «su Venus». Más tarde le dará también los apelativos de «Ofelia» y de «Margarita», que constituyen para él el ideal del amor puro, la una y de la pasión desbordada, la otra.

En 1873 obtiene su título en Medicina y decide hacer unas oposiciones a médico militar. Los aspirantes son cien y sólo aprueban seis. Santiago es el número uno.

LA VIDA EN EL EJERCITO

Ha querido ser médico militar creyendo que esto le ayudará a llevar una vida de inquietud. Piensa en los viajes a Ultramar. Está contento y, por fin, va a realizar su ilusión. El no podía, ciertamente, con su juventud impetuosa, vegetar en la vulgaridad de la vida cotidiana de un pueblo o una ciudad donde en su calidad de médico principiante habría necesariamente de ir. Ahora tiene ante él un camino lleno de interrogantes. ¿Cuba? Sí, Cuba, con su clima insano, cálido y uniforme que diezma a los españoles más que las emboscadas de los nativos. La malaria, la disentería y la fiebre amarilla hacen que los hospitales sean insuficientes. Don Justo usa de toda su influencia para que al hijo no se le admita como voluntario. Mas todo inútil y Santiago embarca. Sobre la cubierta se destaca su figura y tiene con el uniforme y el quepis una elegante prestancia. Cuando el barco desatraca el joven médico lleva en sus pupilas los destellos de un heroico romance.

Don Justo trata de olvidar que su hijo mayor está en los peligros del Caribe, cuando otro rudo e inesperado golpe cae sobre la familia. Pedro, el hijo segundo, desaparece de su casa rumbo a la aventura de América del Sur.

Los padres se resignan a esperar a los hijos casi fugitivos. De Pedro no saben nada, pero por Santiago pueden hacer algo y el doctor Ramón manda cartas de recomendación para que se quede de médico en el hospital de La Habana. Pero él tiene determinado penetrar en el interior. Los soldados españoles, en sus sórdidas barracas enclavadas casi en las maniguas o en los fuertes, expectantes siempre al ataque, llevan una vida penosa. Lo que más afecta el espíritu del Ejército Colonial español es ver que la insurrección no ha partido de los nativos, sino que viene de muchos aventureros europeos que pueblan las Antillas y que sinuosamente han hecho el mal antes de que las autoridades españolas se dieran cuenta. La situación es insostenible, pues las epidemias se ceban en los desacostumbrados organismos de los soldados peninsulares. Mientras, en Madrid se desconoce cómo sufre el Ejército de Cuba, luchando con los mosquitos y con sólo quinina para defenderse; políticos que jamás pusieron los pies en la tierra antillana vociferan y exigen que las colonias se defiendan hasta que quede un solo hombre y una sola peseta.

El teniente médico Ramón sufre terriblemente por la situación, que hiere su patriotismo y su conciencia profesional. Cada día mueren muchos españoles, sin que nada sea posible hacer para evitarlo. El mismo empieza a desmejorar. Sigue con su idealismo de Quijote, y en lo que puede aliviar a sus soldados lo hace.

En este hospital de Puerto Príncipe, Santiago trabaja hasta extenuarse. Su debilidad es extrema y su carne ha desaparecido de tal manera que parece un esqueleto viviente. Al fin, contrae la malaria, y como la situación en Cuba es cada vez más insostenible, el mando ordena la evacuación de los enfermos. El teniente Ramón es uno de los más graves, y un día en que la fiebre ha descendido se sorprende de encontrarse en un barco, y rumbo a la Patria. De su viaje a Ultramar trae sólo un organismo agotado, enfermo y 600 pesetas en el bolsillo. En cambio, regresa rico de dolorosas experiencias.

Con el dinero que ahorró en Cuba se compra un microscopio. Está aún convaleciente y, sin embar-

go, estudia incansable. Una noche, en el café Iberia de Zaragoza, y mientras juega al ajedrez, le sobreviene una hemoptisis. Los sufrimientos de Cuba le han minado hasta los pulmones. A Santiago le declaran los colegas que le asisten tísico sin remedio y le recomiendan el más absoluto reposo. Pero él no les escucha. Se marcha a Panticosa y allí practica un extraño tratamiento: Panticosa está enclavada en un escenario de increíble belleza natural. Los veneros se precipitan por las sierras y la vegetación es exuberante. Por las montañas estas camina Santiago en sus largos e interminables paseos, que entran en su teoría de la cura. Se le cansa el cuerpo, pero no el ánimo. En realidad, este tratamiento de la tuberculosis no es suyo, sino de un médico norteamericano que conoció en Cuba: el doctor Edward Livingstone Trudeauau. Y, al fin, viene la curación completa y vuelve a su casa de Zaragoza.

EL AMOR

En la casa del doctor Ramón la vida sigue su curso. Las hijas se espigan en graciosas muchachas y Santiago es ya ayudante de cátedra, y sus compañeros dicen que llegará muy lejos con su microscopio en el campo de la investigación. Podían ser felices si el recuerdo de Pedro no amargara todas las alegrías de la familia. Está ese hijo como perdido en la inmensa América del Sur y jamás llegan noticias suyas. A Santiago le proponen sus padres un matrimonio convencional: pero él, que ha sido siempre tan independiente, no va a aherrojar su corazón. Rehusa y se casa con la muchacha del balcón. En verdad, esta mujer tiene como un halo de idealidad. Y cuando lleguen los días duros de Madrid, en que el investigador necesitará dinero para su ciencia, ella no vacila en prescindir hasta de la criada para que su marido pueda comprar sus aparatos e instrumentos.

En 1880, después de un año de matrimonio, triunfa en su labor microscópica y publica un estudio de inflamaciones abiertas.

En 1883, después de unas enconadas oposiciones, consigue una cátedra en la Universidad de Valencia, con 3.500 pesetas de sueldo. En Valencia es muy popular. Tiene su laboratorio en la calle del Avellano. Allí trabajaba con tejidos de piel, músculos y cordones fibrosos, que estudia con su microscopio. En francés manda su primera comunicación, dirigida al mundo científico. La envió al conocido anatomista Wilthelem Kraunse, de la Universidad de Gottinga, que editaba mensualmente en Alemania la revista de anatomía y fisiología. En 1885 ya son los trabajos de Ramón y Cajal universalmente conocidos a través de varias revistas científicas. El proceso de la tesis de Golgi le apasiona, pero no encuentra en este método todo lo que busca. El espera y sabe que algún día descubrirá en histología lo que nadie descubrió aún. Presente ya las células y pasa horas y horas, febril ante el microscopio, estudiando los tejidos.

De Pedro ha habido, por fin, noticias. Su experiencia ha sido terrible. En las selvas del Paraguay estuvo durante estos años prisionero de los indios. Al fin, ha conseguido escaparse y volver a la civilización, y en la carta anuncia su próximo regreso a España. Don Justo empieza a pensar cómo ayudar al hijo que retorna y que tiene que rehacer su vida. Piensa en unas oposiciones, y cuando Pedro vuelve, ya tiene su porvenir casi asegurado. Unos meses de descanso, los exámenes y, por fin, de profesor a Cádiz.

A su vez Santiago va de triunfo en triunfo. Gana la cátedra de Barcelona y sigue, como siempre, trabajando, ya despreocupado de la pesadilla de Pedro. Todos los días va al café Pelayo. Habitualmente juega allí al ajedrez; pero él ve con miedo que se vuelca en el juego con toda la pasión que pone en las cosas. Y por un momento piensa que le sería imposible prescindir de sus partidas. Tan pronto este pensamiento le ha asaltado toma una firme resolución: no jugará más.

Ahora se concentra Ramón y Cajal en las investigaciones sobre el cerebro. En 1888, un domingo, al que él llama su «Domingo de Ramos», recibe una invitación para ir a Londres a dar seis conferencias sobre el cerebro y otras partes del sistema nervioso. En la Universidad de Cambridge se le confiere la investidura de doctor honoris causa. Los periódicos londinenses comentan con este motivo que la última vez que Cambridge confirió

18 AÑOS PARA EL FUTURO

esta dignidad fué a Pasteur. Ya es famoso Cajal en toda Europa y está en posesión de la cátedra de Histología y Anatomía de la Universidad de Madrid. A pesar de ser ya considerado como un sabio, don Santiago departe sencillamente con sus contertulios diarios del café de Levante. También asiste después al café Suizo y mantiene grandes tertulias. Años más tarde escribirá, con estos recuerdos, sus «Charlas de café».

De Cajal se puede decir que fué uno de los hombres que más sintió el verdadero sentimiento de la Patria, que desde niño lleva innato en él. Cuando la revolución de Cuba, Cajal sintió aquella ofensa a la que fué madre del Nuevo Mundo en su misma carne viva. Ahora, en 1898, en la guerra contra los Estados Unidos, el sabio se siente afectado de una manera extraordinaria, hasta el extremo de llegar a enfermar de una extraña laxitud y melancolía.

Finalizaba el siglo XIX, cuando Cajal recibió una asombrosa oferta de los Estados Unidos de América. El presidente de la Universidad de Massachusetts le invitaba para cruzar el Atlántico y dar seis conferencias sobre la corteza del cerebro. También le invitan de Moscú para la conferencia internacional que intentaba dar un premio al mejor biólogo de los últimos tres años. Cajal obtiene 6.000 francos de premio, y Su Majestad el Rey de España le envía un mensaje felicitándole por su triunfo y concediéndole la Gran Cruz de la Orden de Isabel la Católica. A su vuelta tuvo que dar un discurso en la Facultad de Madrid a todos los estudiantes. Cajal no habló, como esperaban, de histología, sino de moralidad y de patriotismo. Los muchachos salieron desconcertados; pero en el fondo de sus conciencias se les había dado un aldonazo a problemas y sentimientos que tenían como dormidos.

Cajal tenía seguidores en todos los laboratorios del extranjero. La doctrina de la Neurona, cuanto más se examinaba, tanto más complicada se hacía. Al mismo tiempo, en sus ochenta y tres años de existencia, es el científico más honrado del mundo entero. Tiene nueve doctorados de Universidades extranjeras y es miembro de todas las asociaciones médicas.

Al fin, supera al método de Golgi con una inspiración fabulosa. ¿Por qué no emplear el nitrato de plata caliente? Efectivamente, al calentar el nitrato de plata obtiene la revelación de las neurofibras. En 1905 tiene escritos ya muchos libros y mandadas 364 comunicaciones científicas.

EL PREMIO NOBEL

En octubre de 1906 recibe un telegrama de Suecia con la firma de Emil Holmgren, profesor de la Facultad de Medicina de Estocolmo, que sólo decía: «Caroline Institute le otorga el Premio Nobel.» Y era suficiente. Esto causó una explosión de entusiasmo en todo el mundo de la ciencia.

Hay una crisis política en España y el primer ministro, Segismundo Moret, liberal y medio inglés de nacimiento, le ofrece al sabio la cartera de Educación. Pero don Santiago rehúsa, alegando que él sólo es científico y no político. Durante la primera guerra mundial, en la que España había permanecido neutral, Cajal recibe la Orden de Prusia «Pour le Mérite». En medio de tantos honores la muerte hace su aparición en el hogar del gran hombre. Tienen ya tres hijos y dos hijas, y el mayor enferma del corazón y el padre es impotente para salvarle. Refugia su dolor aún más en sus investigaciones y descubre el fenómeno de la visión binocular, estudiando detenidamente el ojo del hombre y de los insectos. En 1915 escribió el «Sistema fundamental de la retina de los insectos». En 1917, «La retina y centros ópticos en los cefalópodos».

En 1922, cuando cuenta setenta años, Cajal, que había fundado su Instituto de Investigaciones Histológicas, considerándose ya viejo y agotado, entrega esta institución, que tanto había querido, a su discípulo, el doctor Francisco Tello. Don Santiago sigue trabajando en el laboratorio de su casa, pero ya dedica más horas al esparcimiento. Pasea todos los días por el Retiro y, sobre todo, nunca falta a su tertulia del café Suizo. En el mundo científico de Europa y América triunfan los descubrimientos del sabio español y en todas partes se emplean sus métodos. En tanto, él se encuentra ya cansado y muy cerca del fin. Entonces, con la humildad de los grandes hombres, escribe uno de sus más bellos aforismos: «Vales muy poco, y, por tanto, tu muerte no será deseada por muchos.»

CONMEMORAMOS ayer, 1 de octubre, el XVIII aniversario de la exaltación de Francisco Franco, Caudillo de España, a la suprema Jefatura del Estado. A lo largo de dieciocho años hemos venido celebrando jubilosamente esta gloriosa efeméride y haciendo balance de cuanto hemos conseguido y de cuanto nos proponemos hacer. Demasiadas cosas para reseñarlas en el espacio de un editorial. Pero el simple hecho de que los españoles podamos celebrar algo que ya dura dieciocho años tiene por sí mismo una desusada importancia. Hasta antes del 18 de Julio de 1936, pocas cosas duraban en España dieciocho años, sobre todo en el terreno político. Ese periodo de tiempo nos permitía asistir a muchos cambios radicales en la vida nacional. Piense el lector en los dieciocho años que precedieron al 1936: comenzó y terminó una Dictadura, desapareció una Monarquía, se implantó una República, en la que se sucedieron incontables Gobiernos, y finalmente también desapareció la República. Nada paraba en este país, y todo se hacía bajo el signo de lo efímero, de lo provisional y de lo transitorio. En estas condiciones era imposible hacer algo pensando en el futuro, y España vivía al día, como quien tiene los días contados. Y de verdad tenía los días contados, como luego se vió.

El XVIII aniversario de la exaltación de Francisco Franco a la Jefatura del Estado viene a significar así un índice de estabilidad y de continuidad constructiva, insólito no sólo para España, sino para la totalidad de las naciones. Que nosotros sepamos, no hay en la actualidad un solo Jefe de Estado que lleve ininterrumpidamente este tiempo en el Poder.

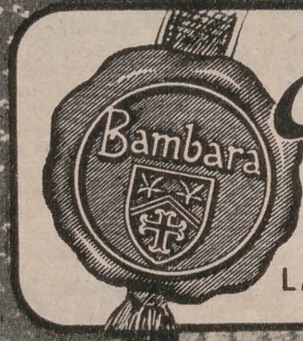
Este hecho es lo que nos ha permitido a los españoles hacer por primera vez proyectos para un amplio futuro. Hoy tenemos la certeza de que dentro de otros dieciocho años estaremos donde nos proponemos estar. Para una nación que está echando ahora los cimientos de su industrialización, que requieren mucho tiempo, y elaborando planes creadores de riqueza, que exigen largos años, esta confianza en la continuidad tiene una extraordinaria importancia.

También la tiene el saber que nuestros hijos pueden hacer sus planes para el futuro con la garantía de que les espera una vida estable y normal, donde las cosas fundamentales no van a cambiar de la noche a la mañana. Esa garantía, que lo es todo en una sociedad civilizada y de la que nosotros carecimos y que a muchos millares de españoles costó la vida.

Todo esto, en esencia, significa la presencia de Francisco Franco en la Jefatura del Estado desde hace dieciocho años. Han sido suficientes para rehacer una conciencia nacional que no existía o que estaba contrahecha, para traernos la paz a todos, para hacernos una reputación internacional que no teníamos y para crear las bases de una prosperidad económica que está ya a la vista. Hemos aprovechado bien estos dieciocho años, y todos los españoles que tengan una idea clara de cuáles son los intereses nacionales bendecirán el día en que Francisco Franco fué investido con la Jefatura del Estado y rogarán a Dios por su permanencia en esta suprema magistratura, pues él ha sido el artífice de cuanto somos y de cuanto queremos ser en adelante: ciudadanos de una Nación pacífica, próspera y respetada.

EL ESPAÑOL

*En Vanguardia
de la Moda*



Fontcuberta

LA MAS HERMOSA COLECCION DE PAÑERIA

DEP. DE PUBL. FONCUBERTA 128

EL ULTIMO VIAJE DE EUGENIO D'ORS

TRASCENDENCIA DE SU HALLAZGO DEL ANGEL JUNTO AL HOMBRE



HA MUERTO UN CATALAN - ESPAÑOL - UNIVERSAL

La muerte de Eugenio d'Ors ha sobrecogido con una emoción profunda a España. Viene su muerte, en el septiembre dorado y barroco de las hojas, como una continuidad de muerte sobre vida, como un recordatorio de la no menos exacta y próxima de Benavente. Sólo que la de Eugenio d'Ors tiene un patetismo más nuevo, más pulcro y literario que ninguna otra. Porque Benavente, si gigante, gigante adentrado en la carne de las cosas cercanas. Benavente era un hombre que al mantener un diálogo constante con las multitudes, al ejercer su presión física desde el teatro terminaba por ser y estar más al alcance. Eugenio d'Ors ha sido al revés, producto, proceso y proyección de una cima cuya perfección y síntesis aun no comprendemos exactamente. Si Benavente tenía «salidas», d'Ors venía a tener, frente a las «salidas», una permanente y efectiva «pose» pro-

fesional, casi heroica, que le alejaba, con un cierto deseo ascético que quizá el mismo d'Ors no hubiera podido deslindar de lo anecdótico, de la tramoya de la populacheria. Y, sin embargo, nadie más popular y efectista que este catalán-español-universal. Nadie, tampoco, mejor y más fino y penetrante conversador. Para Eugenio d'Ors, el verdadero equilibrio, el verdadero goce intelectual estaba en la consideración de las maneras y las formas. Y de ahí que su vida asumiera, como cierta y verdaderamente pura, la cristalización evangélica de comenzar todo en el Verbo.

Diálogo y diálogo constante, incitante, tesonera y abnegada voluntad de inteligencia han sido los perfiles más concretos de su existencia. Eugenio d'Ors habla-

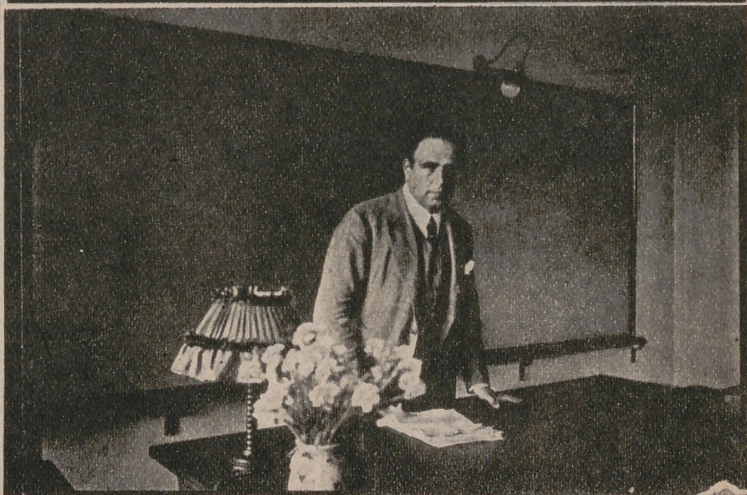
ba por presiones arteriales. La voz, aquella voz indolente que parecía calentada y abierta para los ensayos melódicos, para el mimetismo más exacto entre las palabras y la manera de decir, se transfiguraba en la conversación. En los recuerdos de todos los que le conocieron quedará, con su bondad de gran señor, con su bondad-inteligencia—que ya es hora que el fuego se acerque a la ternura—aquella mágica cantinela que le sacudía y transformaba al tocar sus temas favoritos.

Si el soñar, si lo onírico y angélico han sido sus grandes preocupaciones, este gran barroco morfológico de las cejas más anchas de la filosofía—próximas en su constante dimensión al bigote de Nietzsche—no ha tenido otra

Entre las viejas fotografías de Eugenio d'Ors conservadas en nuestros archivos figuran estas dos: Una de conferenciante y otra de escritor, ésta en la portada de «El sueño es vida», publicada en «La Novela Semanal»

La Novela Semanal

El sueño es vida... a por Eugenio d'Ors Precio 25 cts





«Xeniús» conversando con El Caballero Andaz

preocupación de mayor alcurnia y de mayor riesgo que exhibir cuanto en él había de abandono y de proximidad al caos y clavar-se, para contraste de sí mismo, en las medidas clásicas y limpias de lo concreto y de lo exacto. Y a esa doble porción de su existencia, a ese hilo tendido entre la cúpula monárquica y las madreperlas barrocas, cabe achacar la sorpresa que despertaba en muchas gentes. El famoso, ¿hablará en serio?

Por eso toda su obra no ha quedado ni podido ser otra cosa que



Del año 1932 es esta fotografía de d'Ors durante una conferencia en Valencia

una sistematización. La búsqueda de un ideario-glosario que pudiera albergar, con lo mediterráneo y permanente de Grecia, Roma, la gracia y la dignitativa Gracia de un europeo cristiano apremiado por la consideración española y socrática de que toda estética y toda política navega bajo impulsos morales. Por eso el maestro Eugenio d'Ors quiso inaugurar una nueva manera de meditar que era la sobreconciencia de la meditación: el hallazgo del ángel junto al hombre. Por eso su muerte nos coge a todos desprevenidos. Habíamos estado siempre esperando a ver, como antes los prestidigitadores, cuáles eran los pájaros exactos de su vuelo y la muerte ocurrida en Villanueva y Geltrú en el eremitorio próximo a Cristo, no deja ya su obra intacta, separada y aséptica de su vida. Nos la deja desnuda y abierta: los pájaros que salían de sus mangas, y que tanto encolerizaban a las gentes, hay que buscarlos, como las hojas de árbol que se encerraban traslúcidas y vertebradas en los libros, en su obra misma. Que Eugenio d'Ors ha muerto atisbando con sus últimos ojos vivos la simetría de una cruz a la que durante mucho tiempo, como juego y como promesa, en vez de brazos rectos, alas.

LA APARICION DE «XENIUS»

La existencia d'orsiana comienza en Barcelona el 28 de septiembre de 1882. Eugenio d'Ors y Rovira, que ha sido viajero constante va a volver al punto de partida: a morir dos días antes de que se celebrara su 72 aniversario. Un morir de cara al nacer de sí mismo: para que no hubiera dudas. Para que la muerte fuera más muerte que cuando ocurre en meses intermedios que nada dicen de conmemoraciones augurales.

Los estudios menores los realiza d'Ors en Barcelona, y en la Ciudad Condal comienza también los universitarios en la Facultad de Derecho. Coincide, por cierto, su ingreso en la Universidad con un año decisivo para España: con el año 1898. El joven Eugenio d'Ors no sabe entonces que a la generación que ha cristalizado bajo esa fecha, a la generación más discutida de la vida española, le va a caber a él, y naturalmente a Ortega, el heredarla y discutirla.

Por esa época comienza a escribir en catalán, y bajo el seudónimo de «Xeniús» aparecen sus primeros artículos, que le iban a valer una ancha fama. José Pla ha contado con gran elegancia de criterio aquellos años d'orsianos. «Un día, dice, le vimos en el viejo Lyon d'Or de la Rambla tomando una cerveza. Era alto y esbelto y tenía los cabellos al viento, que venía del monumento a Colón, y una gran cinta negra le sujetaba el monóculo, y quedamos como turlatos».

Sin embargo, como no de ser siempre la vida de d'Ors, los viajes le van precipitando y envolviendo. Hacia 1900 cursa estudios de Filosofía por las más renombradas capitales europeas. Se queda en París, Ginebra, Heidelberg y Munich. Su recorrer Europa es un vaticinio de que así, más tarde, le ocurrirá con América. Con la América española en la que su «aseseo» terminará por afincarse y hacerse definitivo. A la vuelta de Argentina, en una entrevista periodística, se permite ya el lujo de establecer sus paradojas desconcertantes. Habla de los cementerios de Buenos Aires y discurre sobre la carestía de los nichos. Son las horas de la pedantería joven, la augural, que va a dar paso al misterio poético y mediterráneo de «La bien plantada», la obra que, a pesar de él, será su pregonero. La obra con la que comienza y con la que termina. Porque todo en esa vida que quiso fuera exigente y profética, se ha de ir ajustando a su propio deseo: morir de cara al cumpleaños. Comenzar la carrera en un año simbólico. Escribir un libro de juventud, «La bien plantada», que se cierra ahora con su desenlace: con la «Verdadera historia de Lidia de Cadaques»—todavía en la imprenta—, que es la auténtica, patética y hechizada figura de mujer que acaba de morir recientemente en la confianza de ser ella, Lidia Nogué de Costa, la Bien Plantada. La exacta mujer de la letra. Pero aun hay más: d'Ors regresa de Buenos Aires a los treinta años hablando de cementerios, y de cementerios habla con César González-Ruano a los setenta y dos, repitiendo la misma sonrisa, celebrando su propia estampa de hombre «que todavía esperaba vivir en septiembre»—según sus palabras—, que Villafranca tiene un cementerio bellísimo. Por eso César González-Ruano, que tiene el perfil del águila viva, pudo escribir, anuncio de la próxima muerte, las bellas palabras: «sus piernas quedan más lejos que su cortesía». Así, por ello mismo, todo han sido símbolos.

CAMINANTE DE LAS IDEAS

En la vida de Cataluña y, fundamentalmente, de Barcelona ha influido d'Ors, influyéndose a sí mismo esa esencia universalista de Barcelona asomada al mar que Balaguer anunciaba:

Cuando, reinas del mar, nuestras paseaban las barras de Aragón.

Pues bien, esa totalidad, en cierto modo desdibujada, iba a tener en d'Ors su plena jerarquía. Era «Xenius» con su Glosario, todavía en lengua catalana, el animador de una universalidad que ya aspiraba a ser integradora: a sentir a España como realidad común. Hace más de treinta años que d'Ors ha adoptado el castellano, pero sigue latiendo sobre él ese barroquismo tierno y asombroso de irse un poco traduciendo y conquistando para la vertebración del castellano. Una vez, y muy recientemente, preguntaba a García Venero, con motivo de una entrevista para EL ESPAÑOL que se realizaba con motivo de la aparición de su libro «Cataluña, síntesis de una región», el puesto que ocupaba Eugenio d'Ors en Barcelona. García Venero, que jugaba con su hijo, que tiene esa blanda manera de hablar, como desmontando la espuma de la ola, me contestó con estas palabras: «Yo he visto ir a d'Ors por la Rambla y no le saludaba nadie.» Sólo que García Venero sabe mejor que yo que esa posible derrota de la cortesía no dice nada. Barcelona tendrá a d'Ors en su rosario de los hijos ilustres, inevitablemente. Porque, esencialmente, d'Ors es grandemente Barcelona. Se registra eso en palpaciones peculiares. En notas de color que aprietan, en una misma tinta de aguafuerte, pulsos tan distintos como los de Picasso, Dalí y Eugenio d'Ors. Y, sin embargo, ninguno de los tres se ha quedado en ese concepto de planta, en esa agriulce rusticidad del «haber nacido en», sino que, al revés, sólo por su modulación y entrega a lo universal llega un momento que se reconoce, entre las velas del viaje, el perfil de las torres del templo de la Sagrada Familia de Gaudí.

Su afán viajero, caminante, era casi una constante de su personalidad. Tenía tres viajes anuales a Italia. A Italia, que encantaba a su perspicacia artística, a su curiosidad de hombre que viajaba siempre en plan de ejercicio y de aprendizaje. De

«aprendiz», que le gustaba decir a él, acercándose un poco, como siempre, a la figura clásica de los artistas del Vasari: a los artistas artesanos y aprendices.

En todas las partes este hombre de ancho pecho, de mirada alegre y pensativa sobre la que hacía caer, de vez en vez, desmayadamente los párpados—lo que ofendía a los que creían en el truco más que en el hombre—, ha dejado una estela hacia lo profundo. Ha sido recibido por los grandes, y a De Gasperi, otro muerto entre sus muertos, le contó la famosa anécdota y reflexión del existencialismo. Le preguntaron qué pensaba él de esa filosofía, y contestó: «El existencialismo es el método para escribir sin amenidad y sin precisión lo que el poeta escribe con amenidad y sin precisión, y el hombre de ciencia con precisión, pero sin amenidad».

Esta espontánea pero repensada capacidad d'orsiana para las respuestas es famosa. Indro Montanelli es quien ha contado el aforismo anterior, que, por su pureza conceptual, por la gracia y la vivacidad de la fórmula, viene a señalar ese permanente esfuerzo del filósofo por distraer y enseñar. Por convertir la anécdota en categoría.

«ESTOY SIN AFEITAR»

El año 1950 fué un año de renovado esfuerzo intelectual y viajero de Eugenio d'Ors. Dió conferencias en la Universidad de Aix y en Niza en homenaje al papel de Blondel en la filosofía

Dos fotografías íntimas de don Eugenio en sus contactos con la naturaleza



Aficionado a los trabajos físicos, el fotógrafo sorprendió en cierta ocasión a don Eugenio cavando en su jardín

moderna. En Marsella se le entregaba el título, uno más entre los de este hombre afanoso, de doctor «honoris causa». Pasó a Italia, y en Milán, en el taller de Francesco Messina, en Brera, se enfrentó con el busto que le estaban esculpiendo. Montanelli cuenta cómo el escultor fué mirando, con esa mirada apagada, cenicienta y luminosa que aparecía bajo la ancha ventolera de las cejas, el busto. Le acarició con sus manos con cierta placidez quieta e inquisitiva. ¿Se confrontaba? ¿Intentaba sentir si Messina había penetrado en esa presentación tan cuidada que de sí mismo poseía? No se sabe. El caso es que al final, todo pareció quedar recogido bajo el timbre y el presagio de una frase: «La arcilla es la vida; el yeso, la muerte; pero el bronce es la resurrección». Después extendió protectora y cordialmente la mano sobre el



hombro de Francesco Messina y se dejó retratar por el fotógrafo Cesano.

Algo completamente distinto a lo que le ocurrió cuando le visitara hace un par de meses González-Ruano. El escritor necesitaba las fotografías para su entrevista, pero Eugenio d'Ors, consciente de la importancia de la presentación, se empeñaba en negarse: «Estoy sin afeitar. Me va usted a hacer unas fotografías de urgencia, quizás innecesaria...»

Pensaba salir al sol y acometer, a pesar de su esperanza y desesperanza de alcanzar septiembre, la empresa de ponerse vertical. De aceptar la fotografía con el espíritu del bronce.

UNA CAJA DE TRUCOS

El escritor reunía en sí, como si abriera con sus manos pálidas y retóricas todas las fuentes de la vida, cualidades contradictorias que empujaban a mucha gente al desaire y a la incompreensión de su carácter. Por eso alguien que se vio solicitado a que dijera algo de d'Ors afirmó, aparte de señalar su admiración por el filósofo, que lo que más le molestaba de él era su máscara. «Los matices más acusados de esa máscara —añadía— son la dulzura, la delicuescencia, la morbidez, que a veces linda con la pornografía». Sólo que d'Ors era mediterráneo. No sería nada raro que este clásico del pensamiento tuviera en Villanueva y Geltrú, quizá escondidas en ese ascensor, que no sabemos si al fin consiguió utilizar, las sirenas de una soleada pesca en el Mar Latino.

Por eso, por ese fecundo contraste de su espíritu, por ese escribir clásico y «estar» barroco ante el mundo, el celtibero se le ha negado a veces. Le ha rehusado. Y de ahí también que la afirmación señorial de la existencia, la hipertensión de la postura llegara también hasta la mesa.

En ese mismo escenario de Milán, en esa bonanza agrídulce de las conversaciones con los pintores que conocían su deseo de estudiar de cerca la obra de Gigliotti Zanini, que le acompañaban en sus correrías, que vieron crecer y terminarse el busto de Francesco Messina y que dialo-

garon ante los salmonetes rojos en la hostería Bagetta, salta una de las más vivas anécdotas de d'Ors ante las viandas.

Zanini había preparado, como buen anfitrión, y por sus propias fuerzas, el banquete. D'Ors dudó, como ante los espejismos, sobre los platos ofrecidos: de un lado, salchicha; del otro, salmonetes. La exigente crítica del filósofo no parecía inferior ni de menor porte a la que adoptaría ante una conferencia.

—Mi estómago—dijo—va mal en estos últimos tiempos.

Momentos después, con esa voz baja y persuasiva que utilizaba cuando quería, preguntó a Zanini:

—¿Cómo condimentó la ensalada?

—Con aceite y vinagre, pero en pequeñas cantidades—respondió Zanini.

—¿Vinagre?—exclamó d'Ors.

—Una gota...—insistió el dueño de la casa.

—No puedo tomarla—desistió d'Ors—. Soportó sólo la ensalada aderezada en absintio.

Se produjo una pausa antes que, rápidamente, Paola Zanini se precipitara a la cocina en busca de otro plato de ensalada y volviera con una garrafa del licor. Pero cuando quiso verterlo sobre las lechugas, d'Ors la detuvo con un gesto resuelto:

—No es así... necesito un colador sobre el que tenemos que poner una capa de sal. Después hay que dejar que el licor caiga gota a gota... Quiero una puntualidad de rito: yo amo la liturgia.

Pero el anecdotario de d'Ors puede decirse que es gigantesco. Casi como una caja de trucos. Hay muchas frases que están recitadas y dichas para su repentina y placentera diversión de eterno niño. Como aquella que su sirviente pronunciara ante una visita: «El señor no puede recibirle. El señor está pensando». Quien me la contó a mí, un pintor que le había conocido en París y no le tenía la menor simpatía, me la dijo, agrio. Y su destemplanza no me perdonó que yo la encontrara inocente.

Por otra parte hay que pensar que, aunque no lo parezca, el filósofo había embarcado a su musicalidad española, algo del aire y el equilibrio del norte europeo. Había permanecido en la pequeña corte de los Wittelsbach en Baviera y poseía, en buena parte, las maneras de una aristocracia exacta y cumplidora. Cuando le presentaron, después de una conferencia en Venecia, a Víctor Manuel III, elogió el Rey sus palabras:

—¿Dónde habéis estudiado el idioma italiano para tener tan perfecto conocimiento de él?—le dijo.

—Señor—respondió Eugenio d'Ors—, la lengua italiana es es menos conocida que familiar.

Quería sentar, sobre las palabras, principios.

Y de él son esas palabras que apuran, socrática y sanchopancescamente, toda la gracia, la picaresca y la fuerza de su empuje dialéctico:

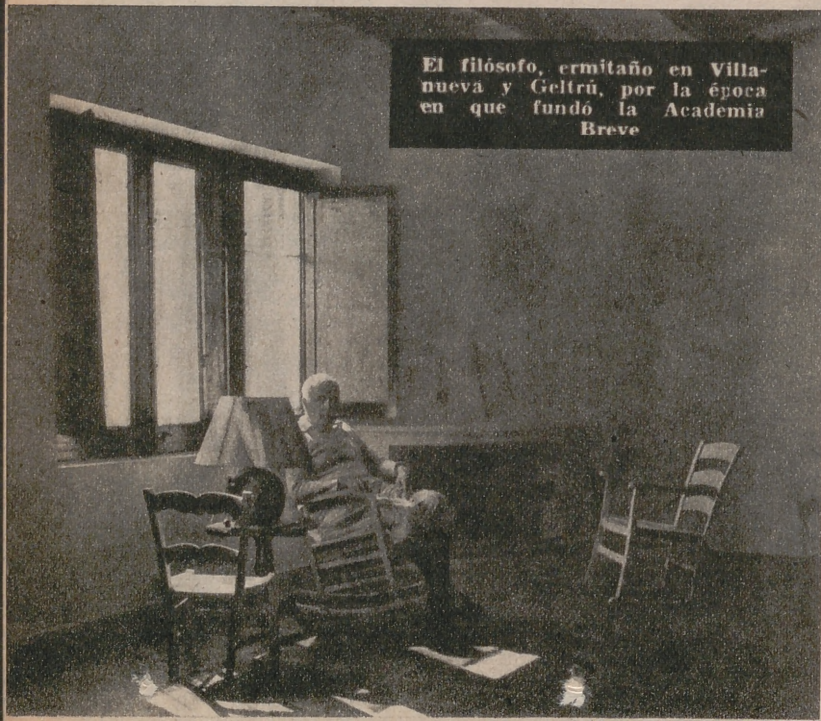
—... Una mala cena es una cosa que no se recupera jamás.

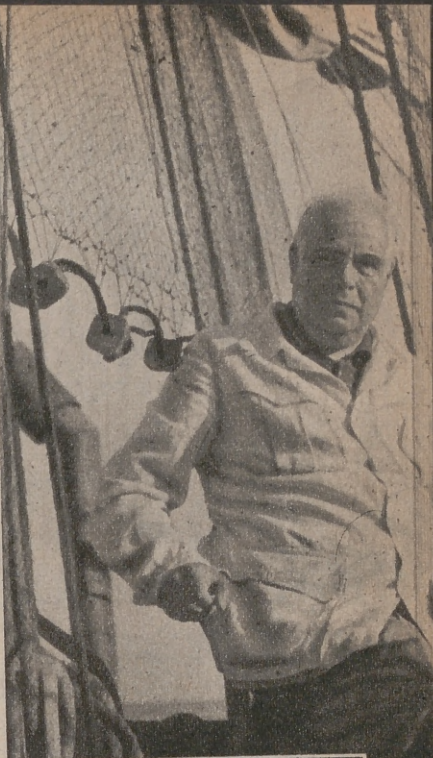
COMO UN PERSONAJE DE LOS CUENTOS

En dos ocasiones me han presentado al filósofo. La primera, en Santander, con motivo, por cierto, de una conferencia que comenzó teniendo un ambiente polémico. Si no recuerdo mal, la conferencia se desarrolló en el marco de la Cámara de Comercio, que creo estaba entonces en la avenida de Calvo Sotelo. Antes de comenzar su conferencia, un amigo de ambos me presentó a él. Creo que no supe decir nada y que me dediqué, durante la conversación cortés que se entabló entre mi amigo y él, a estudiar su noble cabeza. Iba vestido completamente de azul y recuerdo, y la tenga presente y viva en mi memoria, la limpia disposición de su palabra y el ligero cansancio, un sí o no contenido por una cierta despectiva elegancia, que curvaba sus hombros. Algo personalísimo que hacía inclinar un poco la cabeza, de un cabello largo y blanco, sobre el pecho. Tuve la suerte de sentarme en una de las primeras filas —creo que, para mayor precisión, la primera—, y desde allí seguí, a un par de metros escasos, toda su disertación. Se sentó para hablar y solicitó perdón por si no se oía en las últimas filas. Tenía una sonrisa amable y una vejez imprevista. Alguien ha dicho que recordaba las grandes ruinas. Yo creo sinceramente que no es exacta la frase. Eugenio d'Ors recordaba los personajes de los cuentos. Recordaba los abuelos fabulosos y un fuego caliente a las espaldas de uno, mientras él podía contar durante horas la campaña de Cuba. Algo así. Porque su vejez, de serlo, era estimulante y alentadora.

Aquel día la conferencia se iba a extender y desarrollar sobre un término muy dorsiano: sobre el de la subhistoria en vez del de prehistoria. No sé por qué, por esa tozudez con que se anticipan las cosas, lo de «sub» había sentido mal, y se esperaba que el escritor terminara para exteriorizar alguna protesta. Pero d'Ors, como se supiera que las palabras y los términos tienen que pasar su cuarentena artes de presentarse en disposición de combate,

El filósofo, ermitaño en Villanueva y Geltrú, por la época en que fundó la Academia Breve





pronunció una bella pieza oratoria. Nadie se sintió con fuerzas para defender, frente a la subhistoria, la prehistoria. «A las propias puertas de las ciudades recuerdo que decía—existen actualmente «situaciones» subhistóricas.»

Posteriormente, y con motivo de las definiciones angélicas, asistió a otro pugilato de controversia con d'Ors. En esta ocasión, con leve nervosismo, con un ademán entre cansado y patético, tocó retirada. En aquella misma reunión, ante un grupo de amigos, había contado anteriormente esta hermosa anécdota: «Una vez en Portugal, en Prosa de Nazaré, fui invitado a presidir un Tribunal que tenía por obligación elegir «Miss Nazaré», pero con una salvedad importante: ¡que la elegida reflejara en su rostro el dolor y la tragedia del mar! Naturalmente, hube de proclamar «Mis Nazaré» a la viuda de un náufrago.»

Y no era nueva, ni reciente, ni improvisada su devoción a Portugal. A Grecia, podría decir él, a por lo clásico. A Portugal, a por lo manuelino-barróco. Y es curioso que ese pensar hacia lo portugués, esa preocupación para ese mundo marineró y con misión concreta que es el mundo lusitano, tuviera idéntica fermentación, con leves diferencias formales, otro caminante: Miguel de Unamuno.

No sin gracia cuenta Alberto de Oliveira esta anécdota: «Hablabamos a don Eugenio de la belleza de la mujer española cuando, cortésmente, nos interrumpió d'Ors con un madrigal a la mujer portuguesa. Dijo: «Además de bella, inteligente y hacendosa, la mujer portuguesa tiene la virtud de hacer portugueses.»

ENSEÑAR EN CUALQUIER PARTE

Toda la vida de Eugenio d'Ors ha girado en su esencia misma, en su verdad última, en torno a la pedagogía. Todo él, hasta su pedantería, que acostumbraban a decir los que se dejaban ganar por lo externo, tenía una resonancia de profesor. Y quizá una de las cosas más penosas es el no haberse encontrado, cuando su plena potencia y su instinto se lo dictaban y se lo exigían,

Viajero incansable, aquí vemos a d'Ors visitando un cementerio de guerra en algún lugar de Europa

en posesión de esa Cátedra de la Cultura que ha venido cuando se consagraba el honor y la dedicación. Porque por cualquier parte que se mire, hacia atrás y hacia lo que era en él puramente proyecto, sustancia onírica, se encuentra uno con esa disposición socrática. Con ese impulso de enseñar donde fuera. De sentarse y tener enfrente, en bancos o en sillones rojos, los alumnos de ojos lúcidos e impacientes.

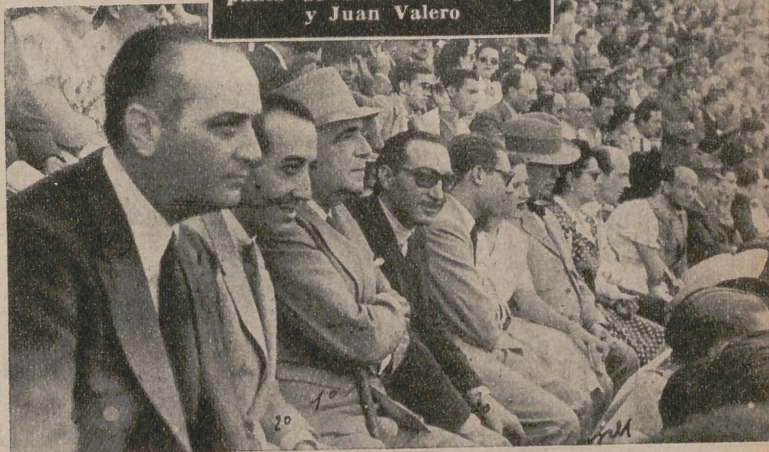
Cuando comenzó a difundir, a través del libro y de la conferencia, los conceptos fundamentales de una Ciencia de la Cultura, llevó los términos de América a Europa, resucitando así, con el viaje y la peregrinación, el humanismo clásico que conocía los claustros de todas las Universidades. En la Universidad de Burdeos, momentos después a la Exposición que, bajo el patrocinio de la Facultad, había pronunciado, un profesor de formación positivista quiso llevarle hasta el último trance del análisis: «¿En qué se diferencia esa ciencia de la antigua y desacreditada filosofía de la Historia?» No era, desde luego, la primera vez que se establecía esa paridad entre Ciencia de la Cultura y filosofía de la Historia, y quizá por eso la contestación de don

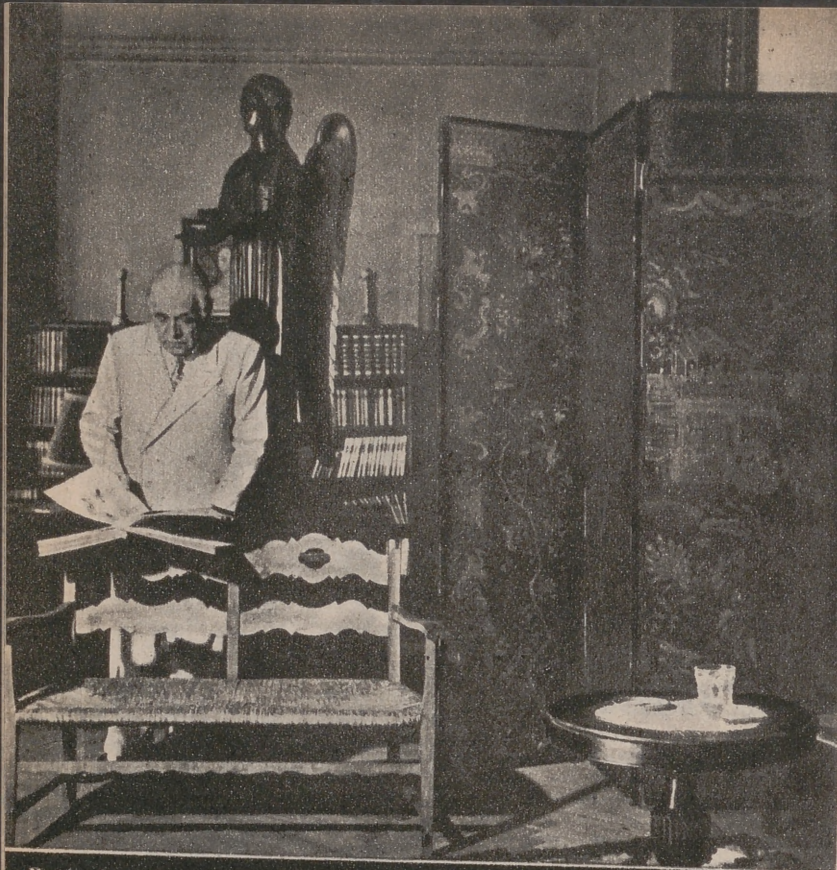
Esta será, probablemente, la fotografía más divulgada de Eugenio d'Ors. La que a él más le gustaba, de los últimos tiempos

Eugenio d'Ors levantó una grejería conceptual que aún es irrefutable: «La misma diferencia, señor, que separó un día la alquimia de la química.» La diferencia va casi de lo riguroso a lo mágico.

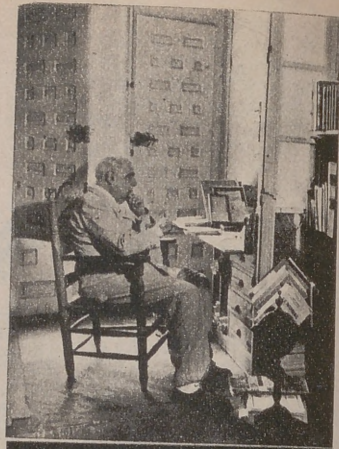
Pero el afán por excelencia pedagógico del filósofo se ha concretado en la crítica de arte. Más aun: en las definiciones artísticas. La Academia Breve de Arte ha sido algo más que una ocurrencia expositiva. Algo más que un salón con cuadros colgados del que han salido los premios gordos, entre otros, de Eduardo Vicente y Rafael Zabaleta. La Academia, como el Glosario y la ópera omnia d'Ors se encuentra situado en un lado misional que va desde el puro principio pedagógico de enseñar a los que no saben, al otro concepto de la generosidad, que es poner en la palestra a los que, sin su juicio concreto, hubieran tenido que arrosar solos la batalla de la pre-

En un tendido de la plaza de toros de Madrid, d'Ors asiste a una corrida en compañía de Sánchez Camargo y Juan Valero





Recientemente nuestro fotógrafo Aumente pudo impresionar unas placas en la residencia madrileña de don Eugenio d'Ors. Aquí aparece en su cuarto de trabajo, que preside el Angel tantas veces citado en sus escritos



Estas son las últimas fotografías de d'Ors en su casa de la calle del Sacramento.



sentación. Esta situación de Maestro, de señor de los caminos ha hecho que Madrid, y digamos Madrid por añadir un nombre a la dificultad de la soledad sin amistad inteligente y ordenadora, se ha abierto para artistas de todos los tamaños.

tima crónica del maestro Eugenio d'Ors produce el escalofrío de muerte presentida y pensada. De pluma que se ha ido sola y escribe sin testigos, con la única presencia de Dios y del Angel, las letras justas para el epitafio.

Enrique RUIZ GARCIA

ANTE DIOS Y EL ANGEL

Desde hace meses, anunciada por todos los que le veían, prevista por los que veían las manos que cuidaban su paso encogido bajo el gran cuerpo, adiestraban el pensamiento para esa noticia. Pero aun así, cuando alguien volvía últimamente de Barcelona y sobremanera de villanueva y Geltrú se preguntaban cosas imprevistas. Se preguntaba si ya estaban terminadas las reformas que estaba haciendo en la casa. Se preguntaba si eran, de verdad, amarillas las paredes del eremitorio-tumba. Hasta que, de pronto, alguien decía: «Don Eugenio ha estado en el Palacio de la Virreina durante los actos conmemorativos de la liberación de Barcelona, formando parte del Jurado que concedería los premios literarios. Andaba trabajosamente. Patrio herido de muerte...» Y esas letras o esas palabras desnudaban de presencias retóricas el perfil exacto de las cosas.

Por eso, porque la vida era para él yunque de trabajo, voluntad para enhebrar la pluma al texto prometedor de todas las jornadas, trabajó hasta el último instante, hasta el último minuto. Y por eso, por algo que escapaba a su propia decantación interior, resultó que su última crónica, la que no vería, simbolizaba en su plena sazón de ritmo y de drama la grandeza de levantar, en este nuestro mundo, esa gallardía de la elegancia frente al caos. Por eso, la úl-



Don Eugenio en uno de los salones de su casa de la calle del Sacramento, centro de reunión de intelectuales y artistas. Los más acogedores salones de Madrid

GUERRA DE POLICIAS EN PARIS

LOS SECRETOS DE LA DEFENSA NACIONAL DESAPARECEN DE LOS MINISTERIOS

EL COMISARIO DIDES, BAJO SOSPECHA DE ESPIONAJE



EN el despacho oficial de monsieur Fouchet, el ministro francés de cuestiones tunecinas y marroquíes, una conversación en los más cordiales tonos es sostenida por dos personajes. El más bajo de ellos, el ministro en persona, interrumpe la frase que el visitante comienza apenas con un ademán y acude a atender al teléfono. Sólo una palabra sale de sus labios para contestar al interlocutor:

—Gracias.

Y vuelve su sonrisa cordial hacia el hombre que se sienta en el butacón de enfrente.

—Perdóneme, monsieur Dides. No puedo permanecer con usted más tiempo. La Delegación acaba de llegar. No puedo hacerla esperar más. Sea como sea, cuente conmigo.

Un minuto más de cordialidades y sonrisas. Monsieur Dides, el prefecto de Policía de la villa de París, se levanta. Es un hombre gigantesco, de rostro agradable y de ademán seguro. Un apretón de manos y sale del despacho... porque la Delegación espera al señor ministro.

Y cuál no es la sorpresa del comisario cuando se convence de que la Delegación tan esperada por el ministro no tiene nada que ver con los complicados asuntos tunecinos ni saben nada de sultanes marroquíes; de que la Delegación—por llamarla de alguna forma—, no es al ministro precisamente al que quiere ver, sino a él, a monsieur Dides en persona. Ocho hombres fornidos, ocho inspectores de la D. S. T. (Dirección de Seguridad Territorial), rodean al comisario.

—¿Monsieur Jean Dides?

—El mismo.

Con palabras más o menos suaves, el que parece el jefe del grupo intenta convencer a Dides de que les acompañe hasta la calle de Saussaies, donde está la oficina central del tal organismo. Pero Dides se niega también con modales exquisitos. Alguien intenta poner mano sobre él. Dides responde con un puñetazo. Y

antes de que dé a otro atacante tiempo de acercarse, el gigantesco comisario ha puesto a dos de los de la D. S. T. fuera de combate. Allí mismo, en la acera de la calle Solferino, frente al número dos, que ocupa el Ministerio de Asuntos Tunecinos y Marroquíes, se organiza una escena que cualquier productor de películas policíacas hubiera dado cualquier cosa por captar.

El extraño comisario piensa, entre puñetazo y puñetazo, en la extraña delegación que su amigo el ministro esperaba. Raro amigo en verdad. Y esto después de haber hecho la guerra juntos, después de... Pero la superioridad numérica del enemigo termina por reducir a Dides. Ya no hay tiempo para meditar. La victoria es de los de la D. S. T., que para eso son más.

Sólo en virtud de esta ventaja, el comisario de la villa de París, comisario del puerto de Gneieves, miembro anticomunista del Gabinete presidido por el antiguo prefecto M. Baylot, es conducido hasta las oficinas de la D. S. T. por seis sudorosos inspectores, sus inferiores jerárquicos.

¿No es un despropósito toda esta escena?

Este es el comisario Dides, que ha promovido uno de los mayores escándalos de espionaje del año

Pero este juego—diríamos este peligroso juego—de los despropósitos va ganando cada vez más adeptos en la ciudad del Sena.

Lo malo es que en este juego el único que gana es el partido comunista. Pero vamos a seguir con nuestra novela policíaca antes de emitir juicios de ninguna clase.

El coche de la D. S. T. se detiene ante las oficinas de la organización. Es sábado, y la vida por las calles centrales se precipita, aunque allí, en los parajes de la comisaría, el ruido se pierde y la noción de bullicio se olvida. Sobre todo en el despacho en el que Dides, después de haber sido registrado a fondo por los inspectores y descubiertos en su cartera documentos ultrasecretos que atañen a la defensa nacional, es sometido a un lento y agotador interrogatorio:

—¿Desde cuándo posee usted este informe?

—Desde ayer.

—¿Cómo se lo ha procurado usted?



Fuerzas de la Policía francesa forman cordón en los Campos Eliseos

—Eso es asunto mío. Como encargado que he sido durante mucho tiempo de vigilar las actividades comunistas, tengo mis confidentes. Uno de ellos me lo ha procurado.

El monótono interrogatorio sólo es alterado por el zumbido, más monótono todavía, de un ventilador. Monsieur Wyvot, el jefe del Servicio, continúa hablando:

—Sabemos quién es. Es Baranes, el redactor de «Liberation».

—Yo no puedo contestar.

—¿Por qué no ha entregado usted ese documento a su jefe jerárquico?

—Es un informe que me parecía incompleto y tal vez mixtificado. Quería, antes de entregarlo, comprobar su autenticidad.

En las contestaciones del comisario hay una decidida voluntad a «no soltar prensa», a no delatar a nadie, a no decir nada que pueda comprometer su red de confidentes. Hora tras hora (¡hasta cincuenta y seis!), Dides sostiene sus afirmaciones, se niega a dar explicaciones. Las preguntas van más allá, hasta querer averiguar las conexiones de Dides, sus conocimientos, sus movimientos de última hora.

—¿Cenó usted anoche en su domicilio?

—No. Cené con un amigo.

—Es un funcionario de la Embajada americana.

—Acostumbro a saber con quién trato.

Porque Dides sabe muy bien con quién está hablando y no es un novato en cuestión de interrogatorios. Una vez y otra las pesquisas en torno al documento sorprendiendo arrecian.

—No se saca nada en limpio —declara Wyvot a sus subordinados—. Necesito dos hombres que vayan a registrar el domicilio de Dides. Es posible que así pongamos algo de luz en el asunto.

Aunque el jefe de la D. S. T. se olvidaba, al dar la orden, de que el hombre que trata es un experto en cuestiones de espionaje. Experto que no necesita de niñeras que le adviertan que debe dejar todos los cabos atados cuando va a emprender cualquier asunto. Y, como era de esperar, el registro no da resultado positivo alguno. El misterio de por qué M. Dides tenía en su poder una copia del acuerdo del Consejo de la Defensa Nacional continúa.

Horas después, y dado que el comisario Dides es una de las figuras más conocidas y prestigiosas dependientes de la Prefectura de Policía (que no tiene nada que ver con la D. S. T., ya que esta otra clase de Policía es casi por completo autónoma), se le puso en libertad.

Y se mantuvo el secreto.

UN PUBLICO EN LA LUNA

Porque, mientras tanto, París, en este lunes 20, está tranquilo. De cuestiones de espionaje y seguridad nacional sólo sabe lo que el pasado día 18 se comenzó una «enquete» en los locales del diario comunista «La Terre», y aun en los domicilios particulares del camarada director del tal diario y de su redactor jefe.

Las causas de esta «enquete» no son ningún secreto para cualquier parisino medianamente informado, como no lo son tampoco para cualquier ciudadano fran-

cés al corriente de la política patria: se sabe que en el «aparentemente incorruptible» sector del Consejo de Defensa Nacional, (presidido nada menos que por el jefe del Estado, y del que forman parte el mariscal Juin, el presidente del Consejo y los ministros de Defensa Nacional, Hacienda, Interior, Asuntos Extranjeros, los secretarios de Estado y los jefes de Estado Mayor de Tierra, Mar y Aire) hay «fugas». Extrañísimas «fugas», que han llevado los más secretos planes y acuerdos de las reuniones hasta las mesas de despacho de los más importantes dirigentes comunistas. Se sabe esto y se relaciona la «enquete» que está teniendo lugar en el diario «La Terre» con estas «fugas».

Pero ni una palabra sobre lo acontecido con monsieur Dides, el prestigioso comisario. La Prensa no refleja nada y el público ignora el episodio.

EN TORNO A UN CAFE FRIO

En la calle Richelieu, donde se encuentra la Biblioteca Nacional, hay algún que otro cafetín. No son tan característicos quizá como los de Montmartre, ni tienen tanta «mise en scene», pero, por eso mismo, son más baratos—relativamente—, y por 40 francos se puede conseguir un decente café.

Un café lento, que gotea inabablemente, dando pie a conversaciones más o menos interesantes. Luego, cuando se va a beber el café, se ha quedado frío. Alguien pregunta por preguntar:

—¿Qué día es hoy?

—Miércoles 22.

Y después de un silencio:

—¿Qué se sabe de lo de «La Terre»?

—Poca cosa. «Le Figaro» y «L'Aurore» protestan hoy más que ayer. Han elevado el tono. Se quejan, y con razón, de que no se saque nada en limpio de todas estas pesquisas.

—¿Y los diarios comunistas?

—«L'Humanité» y «La Terre»? Nada. No dicen nada en absoluto. Ayer protestó un poco el director de que la víspera se hubieran llevado a cabo tales pesquisas en sus locales en virtud de un mandato de la D. S. T. contra X... por intentar contra la seguridad del Estado propagando documentos secretos.

—¿Y hoy?

—Hoy, lo que le decía yo a usted: nada, absolutamente nada. Parece que el enfado les ha durado muy poco.

—¿No sería...?

—Claro; eso ha pensado todo el mundo. Imagínese que después de que un grupo de redactores de «La Terre» fueron ayer a protestar ante el ministro del Interior y éste no les recibió, el tono de su protesta de ayer apenas si tenía hiel. Y hoy... ¡nada!, ni una palabra, ni una sola línea.

—Hay un mucho de teatro ahí, de aparentar enfados que ya están resarcidos por otra parte.

—Entonces, usted?...?

—Pensamos igual, amigo! Este Gabinete («neutral») parece que no quiere ponerse a malas con Moscú...

Y el café se ha quedado frío, como es de rigor.

—¿Un coñac?

VOCES DE ALARMA

Así que hasta que el viernes

día 24 el diario «Aspects de la France», conservativo y de derechas, como se sabe, no denunció en primera plana lo ocurrido con el anticomunista Dides. La Prensa ignoró el caso.

A la vez que «Aspects de la France», se lanzan sobre el tema «Le Figaro» y «L'Aurore». Paris se conmueve con seis días de retraso por el caso Dides. «¿Dónde estamos metidos?», es la voz de las calles. Espionaje, contraespionaje..., ¡los secretos más secretos de la defensa francesa en manos de comunistas y yanquis! Y luego, el escándalo producido por el cese de Dides como comisario, por un comunicado que aparece así en la Prensa: que a continuación espera ser sometido a consejo disciplinario. Pero, ¿por qué?, ¿cómo?, ¿para qué?

PEQUEÑAS IMPRODENCIAS

Porque, si es culpable, ¿qué hace M. Dides en libertad? Y si no lo es, ¿por qué se le somete a sanción?

Y aun suponiendo en él las más graves faltas, ¿no es un *fait de tacto* el descubrir documentos en su poder en un momento como el presente? Porque el hecho de que M. Dides posea documentos de esa categoría puede querer decir mucho sobre su honestidad profesional o puede no querer decir nada. Pero lo que sí dice es que Dides cuenta con una red de confidentes en el partido comunista, que él utiliza para bien o para mal de su patria—esto no se ha decidido todavía—, pero que será expuesta a toda clase de peligros desde el momento en que su actuación se descubre.

La inoportuna entrada en escena de la D. S. T., mandada o empujada por un brazo gubernamental que todo el mundo adivina, ha desenmascarado a ese secreto confidente que Dides tenía en las filas comunistas, y que el partido se habrá encargado de poner a buen recaudo.

—¿Es Baranes, el redactor de «Liberation»?—ha repetido la voz popular, ignorando que la sospecha ya había nacido antes en el seno de la D. S. T.

Y todo porque el diario «La Terre» anuncia este mismo martes que el dicho redactor ha cesado en sus servicios al periódico «por causas graves». ¡Adiós confidente!

¿QUE HAY DE CIERTO?

—¡A la una, a las dos y a las tres! La Prensa de la oposición se lanza a una sobre el tema Dides. La Prensa de derechas, juntamente con ella, defiende al comisario. Sólo la Prensa gubernativa, la Prensa de Mendés-France, se empeña en hacerse la sorda hasta el domingo día 26, en el que no tiene más remedio que abrir la boca para decir algo.

—¿Y qué dice, al fin?—pregunta un parisino a la mujer de un quiosco, allá por los alrededores de la plaza de la Opera.

—¿Que qué dice?—se extraña la vendedora—. ¿Qué quiere usted que diga? ¡Nada!

Nada. Este es el resumen de los balbuceos explicativos, de los mantazos que la Prensa del Gabinete viene a dar al asunto.

—¿Y qué hay de cierto en todo esto? ¿Es Dides culpable de traición a la patria? ¿Es un activo

anticomunista, como parecen opinar la mayoría de los periódicos de derechas, sin contar los ocho concejales de París que han protestado por el hecho?

—¿Y usted cree que vamos a llegar a saberlo alguna vez?

Escepticismo se llama esta figura.

AL HABLA EL MINISTRO DEL INTERIOR

Claro que, con escepticismo y todo, los periodistas, los de la oposición y las derechas, que no quieren perderse ripio del asunto. Apenas llega a la redacción el comunicado del ministro del Interior sobre el «caso Dides», cuando se apresuran a apretarse un poco el nudo de la corbata, a bajarse las mangas de la camisa y a correr hacia el domicilio del comisario poniéndose la chaqueta por el camino. Porque es casi seguro que Dides no se va a quedar callado, que Dides va a saber defenderse.

Y es que el comunicado del ministro es como sigue:

«El 18 de septiembre de 1954 se abrió una información para atender a la seguridad exterior del Estado, a continuación de una divulgación de secretos que concernían a la defensa nacional. En el cuadro de esta información se practicó una indagación en los locales del diario «La Terre» y varios sospechosos fueron interrogados. El secreto de la instrucción no permite divulgar el estado actual de la operación llevada por la justicia militar y los servicios de vigilancia del territorio.

Antes de abrirse esta información, el comisario principal, Dides, llamado e interrogado por agentes de la D. S. T., resultó ser portador de documentos que interesaban la defensa nacional, de los cuales él no pudo precisar ni el origen ni el destino.

El comisario Dides, que fue nombrado comisario del puerto de París por M. Baylot, entonces prefecto de Policía (orden de cesación de 19 de mayo y 3 de julio de 1954), y cuyas atribuciones no le autorizan para recoger, retener y difundir informaciones militares, el ministro del Interior ha decidido que cese en sus funciones.

Las informaciones aparecidas en ciertos diarios, y según las cuales los funcionarios de la Prefectura de Policía y de la «Sûreté Nationale» encargados especialmente de vigilar las actividades del partido comunista han sido cambiados a raíz de haberse constituido el presente Gobierno, están desprovistas de todo fundamento.»

Por eso del apuro de los periodistas.

Y CONTESTA M. DIDES

El comisario en persona se encarga de entregar a los enviados la réplica, la protesta en contra de todo el inusitado proceso.

—«Apenas si es comprensible». «Ni siquiera para los que conocen más profundamente los cauces oscuros de la nueva política está claro este asunto». Es la opinión de los más cercanos.

Quizá por ello los más lejanos hayan leído con la respiración contenida el comunicado que monsieur Jean Dides entregó a los periodistas en persona.

«Esta mañana he sabido con

estupor y tristeza, por la radio y por la Prensa, los términos en los que estaba concebido el comunicado del ministro del Interior.

Aunque deba incurrir en una nueva medida disciplinaria—a pesar de que la primera no me ha sido todavía comunicada—, no me es posible dejar en el espíritu de mis amigos, de mis colegas, de todos los hombres de buena voluntad que se preguntan, hacerse una duda cualquiera que concierna a mis actividades.

Sin violar el secreto de la información en curso, yo me pronuncio enérgicamente en contra de las afirmaciones que tienden a hacer creer que yo no he podido precisar el origen ni el destino de los documentos que se encontraron en mi poder.

Especialista en cuestiones de información y comunistas, he rehusado simplemente, porque mi deber me obligaba a ello, de revelar el nombre de un precioso informador cuya vida, por una serie de graves imprudencias de los encargados de las pesquisas, se encuentra en peligro.

¿Puede sostener M. François Mitterrand que no entra dentro de la naturaleza misma de las funciones de un comisario de Policía—cualquiera que sea su especial destino—recoger todos los informes que las circunstancias pongan en su conocimiento y transmitirlos a sus superiores jerárquicos? Esta no es la convicción que yo tengo.

Yo me limito, pues, a levantar-me contra los términos de un comunicado que no se puede considerar sino como tendencioso.»

TODOS A LA ESCUCHA

Así que, ¿para qué se ha querido más? Desde el viernes 24, las noticias intentan aflorar a la superficie. Lo que no siempre logran.

Pero lo que sí sale a la superficie es la voz pública. Se ha sabido de los interrogatorios hechos al secretario de Dides y de un tal monsieur Charles, cuyas actividades políticas no le parecían del todo claras a la D. S. T.

—¿O sería a alguien más que la D. S. T.?—pregunta el señor de la calle, ese señor tan metomentodo que sale de la oficina o de la fábrica y, antes de irse a casa a consumir su regular «dinner», le da por enterarse de a qué se han estado dedicando aquel día el resto de sus compatriotas—. Porque yo ya dudo de todo... Desde que se ha hecho peligroso ser anticomunista... Aquí los únicos que pueden respirar son los «neutrales» y los «comunistas». Es mucha casualidad eso de que apenas formado el actual Gabinete fueran saliendo de puestos más o menos relevantes los militantes anticomunistas más conocidos. Por cierto que, entre ellos, uno de los primeros que salió fué el antiguo prefecto de Policía, M. Baylot, encargado entonces de espionaje anticomunista, y cuyo brazo derecho era precisamente nuestro Dides. ¿Recuerda usted?

Porque, como es lógico, el señor en cuestión hace rato que se ha encontrado con el amigo o conocido con el que tratar de tales asuntos mientras se espera pacientemente a que el portillón automático le permita pasar al andén donde ha de tomar su acostumbrado Metro.



Los nuevos carros blindados de la Policía francesa patrullan por las calles de París. Estos coches van equipados con aparatos de radio



La Policía francesa utiliza los modernos sistemas de comunicación entre sus centrales

HIPOTESIS SOBRE HIPOTESIS

Pero la hipótesis de que Dides está pagando las culpas de ser un decidido y militante anticomunista no es la única. Porque

las hipótesis sobre el asunto son numerosas.

Aquí está un muestrario de las que se estilan más entre la Prensa y los políticos de café:

1) Como se podría pensar por las declaraciones del mismo Dides, un confidente le habría entregado una copia de las deliberaciones del Comité de Defensa Nacional, que habían llegado rápidamente a poder del partido comunista. Dides esperaba a que se confirmase la veracidad de los documentos que llevaba encima antes de comunicar nada a sus jefes.

2) El partido comunista sospechaba de alguno de sus miembros. Con el fin de confirmarse en sus sospechas, se deja al alcance de la persona el dicho documento, que rápidamente va a parar a manos de Dides, y el cual, sospechando el carácter falso del documento, espera hasta ver confirmada la veracidad de éste. Si esto fue así, el dicho confidente habría quedado prácticamente al descubierto y suprimido como tal.

3) Dides mantenía, a pesar de haber cuidado en sus investigaciones anticomunistas oficialmente desde la caída de Baylot, una completa red de «confidentes dentro del partido comunista». Es posible que, para fortalecer la posición de éstos dentro del partido, se haya visto obligado de vez en cuando a facilitarles información sin importancia o con datos equivocados.

Y ésta sería la razón de por qué Dides tenía este documento encima.

¿DONDE ESTA EL BALON?

Muchas cosas faltan aquí para que la solución sea completa. Un ministro — Fouchet — cogiendo a traición a uno de los más prestigiosos jefes de la Policía francesa, no es cosa que se vea todos los días. Y esta lucha entre estas dos Policías — la que depende de la Prefectura de Policía y la D. S. T. —, tampoco.

Algo hay aún que se escapa al espectador. Alguna pieza del rompecabezas falta.

Desde luego que nadie es ciego para ver la parte que el Gobierno está teniendo en la dicha cuestión, que alcanza caracteres de escándalo público, e incluso internacional, porque es la Prensa de todo el mundo la que recoge la noticia con júbilo y jolgorio de titulares.

De nada sirve que el señor ministro francés del Interior asegure formalmente que esas habladurías de que Francia se está convirtiendo en «paraíso de espías» son totalmente infundadas. Mientras las cosas en Francia siguen como están, el señor ministro tendrá que taparse los oídos si no quiere oír cosas parecidas.

Porque es el caso que, después del tal escándalo, después de todo el golpe de quizás y enfados entre comunistas y gobernantes, los espías, los reales espías, las fuentes de esas fugas de documentos continúan siendo desconocidas, no sólo para todos los franceses, sino para el Presidente de la República.

Y eso está ocurriendo en el sector incorruptible.

SOLUCION ACEPTABLE

Pero hasta para las «fugas» hay explicaciones y hasta en es-

te embrollado asunto las cosas se ponen en claro. En las últimas que se dan la figura del periodista Barnes va quedando al descubierto de una manera peligrosa.

El redactor de «Liberation», diario comunista, parece ser que se contaba entre la red de confidentes del comisario Dides. El 28 de junio último, ocho días antes de recomenzar la conferencia de Ginebra, el Comité de Defensa Nacional discutía en el «Elysee» las posibilidades de reforzar el Cuerpo Expedicionario de Indochina.

Cuarenta y ocho horas más tarde, M. Barnes remite a Dides el resumen detallado de las deliberaciones del Comité de Defensa, que él había copiado de un documento del partido comunista, que lo había ya transmitido a otra potencia extranjera.

Pero Dides no está conforme con los datos que le transmite el informe. Para convencerse de la exactitud de éstos, pregunta a su amigo el ministro de Asuntos Tunesinos y Marroquíes, que había asistido a la reunión del Comité, si esta frase o aquel detalle le era conocido.

—Naturalmente, ¿dónde ha conseguido usted estos datos?

La contestación de Dides es para notificarle que en el Gabinete se producen «fugas», «gravísimas fugas», tratándose de cuestiones de tanta importancia para la defensa nacional.

Corre M. Fouchet a transmitir la alarmante noticia a M. Mendes-France, y M. Dides lo hace a M. Baylot, su superior en este momento. ¿Qué sería la conversación que sostuvieron entonces Mendes-France y su ministro? ¿Cuál? El caso — de casualidad está el mundo lleno — es que M. Baylot cesó a partir de este momento en la prefectura de Policía y a M. Dides se le releva de sus enojosas ocupaciones de anticomunista decidido y se decide que mejor estaría como comisario especial del puerto de París.

¿Qué debía de hacer M. Dides? ¿Abandonar las cuestiones que tanto le habían apasionado? Dejar que las «fugas» se siguieran produciendo? ¿Abandonar su red de entrenados confidentes, que le revelaban en todo momento de qué pie cojeaba el partido comunista? La respuesta es obvia. M. Dides, a pesar de haber sido depuesto en su misión de contraespionaje continúa su labor.

ARTICULO 86 DEL CODIGO PENAL

Pero en el Código francés hay un artículo — ¡qué pequeña coincidencia! —, el 86 del Código penal, para más detalles, que prohíbe «divulgar, difundir o reproducir las informaciones militares de toda clase no hechos públicas por el Gobierno, y que conciernen a los Ejércitos franceses de tierra, mar y aire».

Con este «detalle» se iba a tropezar el comisario Dides, ahora que ya no estaba respaldado en sus investigaciones por el Ministerio del Interior. Ahora que alguien del Gabinete — no citaremos a nadie — no parecía en absoluto interesado en descubrir «fugas» y autores de ellas. No fuera que el partido comunista se fuese a «mostrar».

Por eso, cuando el 10 de sep-

tiembre se celebra una nueva sesión del Comité, y cuatro días después M. Barnes se encuentra en posesión del resumen de las decisiones, M. Dides decide actuar, aunque no esté convencido de que éste sea el verdadero documento.

—¿Son estos datos exactos?

—Desde luego...

Un gesto basta para advertir al confidente de que M. Dides no es novato en la profesión.

—¿Cuánto?

—¿Por qué...?

—¿Cuánto quiere usted más por traerme el verdadero?

El confidente fija una cantidad.

—¿Y cuándo lo tendré en mi poder?

—Cuanto antes.

—Bien. Yo salgo de viaje esta misma noche. No volveré a París hasta el próximo viernes, día 17. En esa fecha espero tener la verdadera documentación en mi poder.

Y el comisario Dides sale de viaje.

Y el fin de semana que siguió a su vuelta no lo esperó él tan accidentado. Todo en orden el viernes a su regreso. El documento le es remitido. Todavía le parece sospechoso.

—¿Alguna novedad en mi ausencia?

Se informa al penetrar en su despacho.

—Ninguna, señor comisario. ¡Ah!, tiene usted una nota encima de su mesa. Es de M. Dubois, el prefecto de Policía.

La nota era una invitación: «Pase usted a verme esta misma mañana a mi despacho».

Y Dides, encogiéndose de hombros, se dirige a la prefectura de Policía. En el despacho se desarrolla una discusión. Dides no cita para nada el documento que tiene ya en su poder. Teme que le coarten, que le impidan ir más lejos. Y después de la visita cena con un amigo de la Embajada americana.

¿Sospechó algo de lo que debería de ocurrir cuando el secretario de Fouché le telefonó de parte del ministro para citarle para el día siguiente a las ocho de la mañana?

No debió de ser así...

La trama de la cuestión está clara, pues. Las «fugas» de las que Dides tenía noticia también estaban en conocimiento de los miembros del Comité de Defensa Nacional. Cuando el documento llegó a manos de Dides, alguien más que M. Barnes lo supo. Pero este alguien más no estaba interesado en seguir indagando en cuestiones que se enzarzaban con el comunismo. «Bides es un tipo peligroso — se debió de decir el personaje—. Tanto celo, tal red de confidentes, tanta experiencia y tan decidido anticomunismo.» Y lo mejor parecía ser quitarse de en medio a tan molesto comisario. «Hay aquí un artículo... aquí, en el Código penal... esto sería suficiente para comprometer a Dides. Ahora nada le autoriza a ocuparse de estos asuntos. ¿A ver, M. Fouchet?... Sí. Cítele usted... Sí. Temprano. Es de esperar que lleve el documento encima... Sí, sí... Luego, a la salida, la D. S. T....»

Y el asunto quedó decidido. Un

juego de despropósitos. Pero sólo cuando no se conocen los hilos internos del Arlequín francés.

GUERRA ENTRE POLICIAS

Sin embargo, la verdad, la total verdad sobre «el caso Dides», la total verdad sobre las «fugas» en el seno mismo del Comité de Defensa Nacional va a ser investigado por un juez instructor del Tribunal Militar de París, comandante Resseguier. Toda personalidad que haya asistido a las tres reuniones de dicho Comité, en las que se han producido las famosas «fugas», será interrogado.

El primero de estos testigos que ha declarado ante el juez ha sido el propio Dides, que lo ha hecho durante los pasados días 26 y 27. Pero Dides ha jugado también sus cartas. Y de acusado ha pasado a acusador. Su golpe ha sido contundente y dirigido bien arriba. El día 29 pone en manos de un Tribunal Militar una prueba de que el jefe del contraespionaje, Wybot, pertenecía en 1952 a una «asociación de policías comunistas». Wybot hace protestas de inocencia e invoca en su descargo el testimonio del ex ministro del Interior, Charles Brenne. Los resultados de esta nueva investigación ya se irán sabiendo. Por ahora lo que sí se sabe son los términos en los que M. Legendre, diputado por

L'Oise, se ha dirigido al Gobierno, pidiendo cuentas:

1) Sobre las condiciones por las que se han comunicado a un partido vendido a una potencia extranjera documentos que interesan la Defensa Nacional.

2) Sobre las razones por las cuales la investigación parece más bien dirigida contra aquellos que han descubierto las «fugas» que contra los autores y beneficiarios de las mismas.

3) Sobre las medidas que serán necesarias para el porvenir:



Los agentes de la Policía francesa han sido dotados de máquinas fotográficas para que su tarea tenga valor documental en casos difíciles.

Para asegurar el secreto de las deliberaciones del Consejo de Defensa Nacional y de todos aquellos organismos de los que dependa nuestra seguridad.

Para poner fin a la intolerable guerra de policías y reprimir las agitaciones subversivas de un partido «nacionalista extranjero».

MAÑANA SERA OTRO DIA

NACIONES CON CABEZA Y SIN ELLA

EN aquellos tiempos, lector, en que uno era estudiante de Fisiología y andaba por esos laboratorios haciendo experimentos (¡oh, manes de don José Pedro Casado, el profesor de Granada!) conocí las maravillas de la rana descerebrada, del gato sin cabeza, de la lagartija, del ratón, de los bichos a quienes se les quitan los sesos para ver qué pasa.

Lo más bonito y fácil es decerebrar la rana. La cogen ustedes en el puño, y con el dedo pulgar le abren la boca, echando hacia atrás la cabeza, hacia adelante la mandíbula. Es la mano izquierda, claro, la que usan ustedes para sujetar al animal. Entonces, con la mano derecha empuñan las tijeras; pasan una rama por la boca abierta del bicho, y la otra rama por detrás de la nuca. Ya está el cráneo cogido entre las dos ramas de la tijera. Es ahora cuando inspiran cierta ternura los cuernos salientes del animalito saltimbanqui y los meneos de su cuerpo lubricado. No importa. Tijeretazo energético. La rana se queda viva, sin cerebro, con el arranque de la médula al aire. Si quieren desmedularla, no hay más que meter un alambre por el conducto raquídeo para destrozarse la médula. La rana sigue viva. Podéis hacer ya todos los experimentos que queráis con su corazón latiente, con sus riñones funcionando, con su peritoneo a través del cual corren los hematíes y los leucocitos, espectáculo que embriaga lo mismo a don Santiago Ramón y Cajal que a cualquier estudiante de Medicina. Mil cosas encantadoras siguen andando todavía cuando el animal no tiene ya sistema nervioso, unidad, ni propiamente vida. Es un cadáver cuyas partes se mueven lindamente y sin sentido, para deleite sólo del observador.

Mirando a ciertas naciones, uno se acuerda de la rana descerebrada. Igual que los hematíes por los vasos sanguíneos, van y vienen soldados y funcionarios entre la metrópoli y lo que fué Imperio; la Prensa se contrae y se agita como un músculo tocado; andan las gentes mecánicamente por los intestinos de la patria; los bienes económicos circulan, congestionándose aquí, anemiciándose allá, al azar de las fuerzas locales. Pero todo ello, ¿hacia qué?, ¿para qué? Sólo hacia lo que se mueven las partes en el animalillo deca-

pitado: a no morir todavía cada una de ellas, mientras la muerte del todo es ya un hecho.

Esta pobre rana ya no volverá a saltar en el universo poniendo oído atento a los rumores y gritos de la tarde, ni musleará en la delicia del agua, ni juntará su croar al de las compañeras en el concierto nocturno. Esa pobre nación ya no percibe a las otras ni a sí misma, ya no entiende al mundo ni habla en él, ya está reducida a unas picecitas de carne que se contraen como trozos de lombriz, sucios y asustados; hay escritores que sueñan libros, hay industriales que siguen produciendo máquinas; y, sin embargo, la nación va cesando lentamente; ahora se le desprende tal célula, ahora se le enfria tal grupo social, ahora se le asfixia tal estamento y ahora le fracasa tal tentativa.

La diferencia que hay para el animal entre vivir con cabeza y vivir sin cabeza es la que hay para la nación entre vivir con caudillo y vivir sin caudillo. «Caudillo» y «cabeza» tienen la misma raíz etimológica: la de «capitán»; «caudal» —águilas caudales, águilas reales—, «capitán». «Cap» en catalán, «cabdiell» en catalano antiguo y galaico.

Que se puede vivir sin cabeza, no hay duda. Veán ustedes en los laboratorios, vivos, al gato y al batracio, y al ratón, y a la paloma descerebrada, donde los delicados instrumentos registran los signos de la vida. Pero ¿qué vida es esa?

Para las naciones, ¿qué vida es esa? En ningún caso una vida con crecimiento, una vida energética, una vida con papel en el universo, una vida independiente y propia. No es ninguna casualidad que los pueblos que han surgido en los tiempos recientes para disputarse el dominio del planeta sean pueblos con cabeza, pueblos con caudillo, llámense abiertamente dictaduras, democracias o repúblicas presidencialistas. El entusiasmo de los norteamericanos por sus Lincoln, por sus Washington, por sus Roosevelt, por sus Eisenhower, se diferencia radicalmente del entusiasmo por César, por Mahoma, por el Cid, por Napoleón, etc., etc.?

Repasad esos nombres. No son caudillos por la sangre o la herencia. Lo son por su persona. Que es lo que importa.

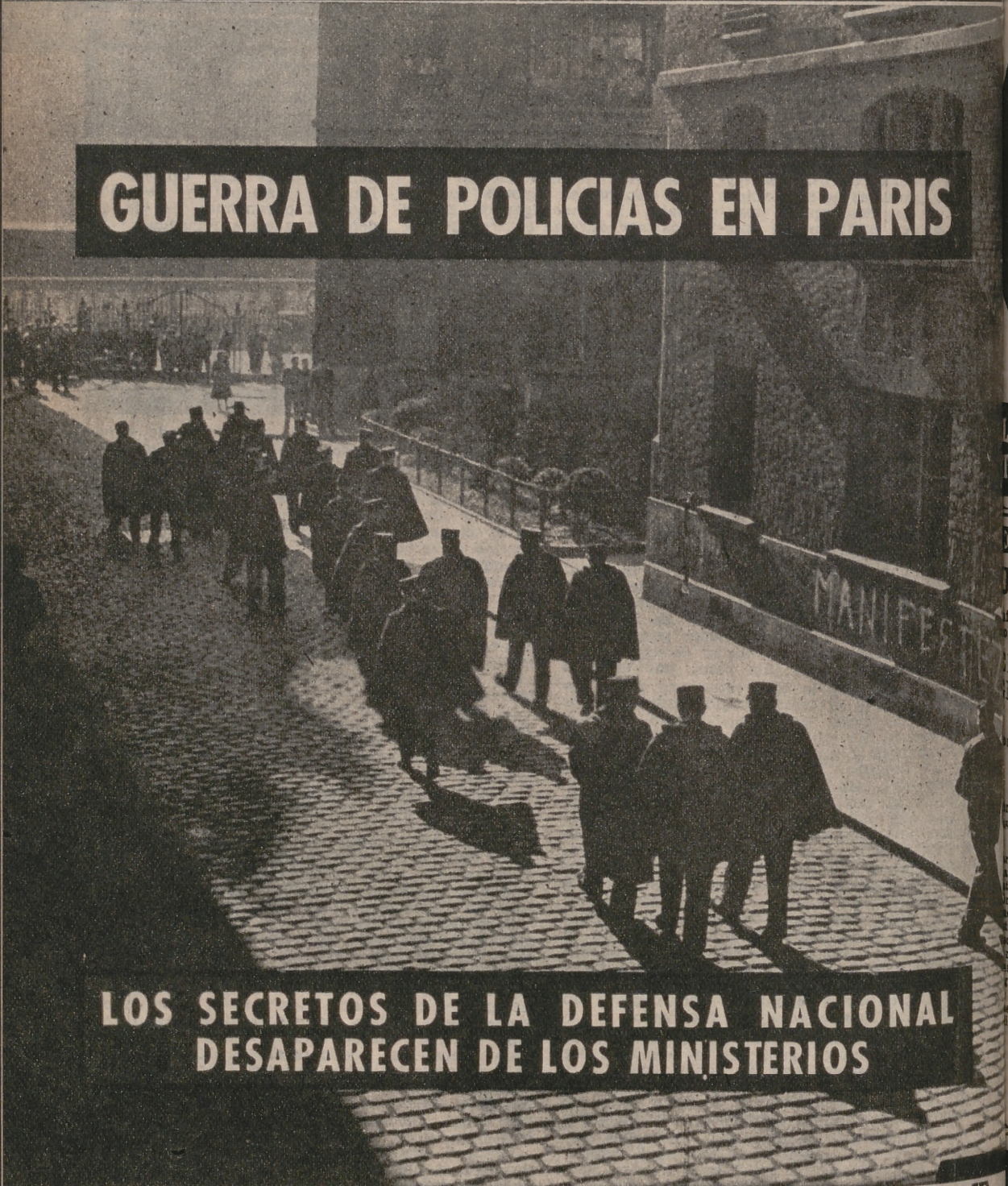
Luis PONCE DE LEON

EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar 2,50 ptas.-Suscripciones: Trimestre, 30 ptas.; semestre, 60; año, 120

GUERRA DE POLICIAS EN PARIS



LOS SECRETOS DE LA DEFENSA NACIONAL
DESAPARECEN DE LOS MINISTERIOS

EL COMISARIO DIDES, BAJO SOSPECHA DE ESPIONAJE

Encontrará esta interesante información en la página 59